

AYUNTAMIENTO DE MADRID

---

REVISTA  
DE LA BIBLIOTECA  
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VIII.—ENERO, 1931.—NÚMERO XXIX

DIRECTOR: MANUEL MACHADO

Redactor Jefe: A. MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO

Administrador: ANGEL ANDARIAS

## SUMARIO

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.—*De Birovesca a Suessatio.*

ANGEL VALBUENA Y PRAT.—*Un personaje prefreudiano de Lope de Vega.*

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO.—*La casa de la Real Academia de San Fernando.*

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.—*La condesa de Castellar, fundadora del convento «Las Carboneras».*

AURELIO BAIG BAÑOS.—*Descripción del catálogo bibliográfico de la sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional.*

COMANDANTE GARCÍA REY.—*Artistas madrileños al servicio del Arzobispado de Toledo.*

VARIEDADES: AGUSTÍN MILLARES CARLO: *Un dato para la historia del reinado de Enrique IV*—JOSÉ SUBIRÁ: *Dos tonadillas cortesanas*.—A. GARCÍA BELLIDO: *Sobre la estatua ecuestre de Felipe III: Una carta de Gómez de Mora al duque de Lerma.*

RESEÑAS: Escobar Francisco.—*Apuntes sobre Ginés Pérez de Hita, primer historiador de Lorca* (AGUSTÍN MILLARES CARLO).—García Bellido, Antonio.—*Estudios del barroco español. Avances para una monografía de los Churrigueras* (J. DOMÍNGUEZ BORDONA).—Santa Teresa de Jesús. *Obras completas* (S. DE R.).—García Villada, Zacarías, S. J.—*Historia eclesiástica de España* (RAFAEL MARTÍNEZ).—Hurtado J. de la Serna, Juan.—*Estudios latinos. Antología graduada y fácil de la traducción latina. Ejercicios elementales y trozos selectos de autores clásicos* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—Martorell Téllez-Girón, Ricardo.—*Aportaciones al estudio de la población de Madrid en el siglo XVII* (S. DE R.).—Cortina, Augusto.—*Rosalía Castro de Murguía* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—Cassau, Jean.—*La vida de Felipe II* (S. DE R.).—Pantorba, Bernardino de.—*Jiménez Aranda. Ensayo biográfico y crítico* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.)

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

## REVISTA

DE LA

## BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VIII

ENERO, 1931

NÚMERO 29

## DE BIROVESCA A SUESSATIO

Como antecedente obligado de la publicación de mi historia del reino de Asturias, vengo dando a la estampa diversos estudios sobre las crónicas que han de servir de base a aquel relato y sobre la geografía de la zona que constituyó el solar de aquella monarquía. Me mueve a ello el deseo de buscar sólidos cimientos al libro indicado, entregando a la discusión y a la crítica mis opiniones sobre cuestiones básicas para la referida historia. Aparecidos con tales intenciones mis trabajos, lejos de rechazar las objeciones y rectificaciones a los mismos las deseo, y en lugar de molestarme las agradezco. No tengo la pretensión de conocer sobre el terreno toda la extensa comarca por la que se extendió el reino de Asturias en su momento de expansión máxima, toda la faja norteña que va del Duero al Cantábrico y de las rías de Galicia a Navarra. He recorrido muchas tierras de las que integran esa zona; he procurado en el resto estudiar mapas y restos históricos y geográficos; pero aún así, los eruditos locales poseen sin duda elementos de juicio que pueden ser de gran valor para completar los míos. La agrafia congénita de los hispanos tiene apartados de la publicidad muchos de estos preciosos datos, y a sacarlos a la luz en réplica o comentario de mis trabajos van en parte dirigidos éstos. Sólo después de aclaradas cuestiones tan complejas me será posible discurrir en mi obra por sendas muy seguras.

Con esta declaración previa, que ya hice constar en uno de mis estudios, ¿podrá creérseme si digo ahora que estoy obligado a gratitud a cuantos han comentado mis trabajos o los comenten en adelante? Conste, pues, el testimonio de mi agradecimiento a los Sres. Hergueta (1) y Blázquez (2),

(1) *Antigua Geografía burgalesa: Observaciones a un trabajo del Sr. Sánchez-Albornoz. Boletín de la Comisión provincial de Monumentos de Burgos*, números 31 y 32, año IX.

(2) *Lucha por la verdad: Calzada romana de Astorga a Pamplona*. Coruña, 1930.

únicos que hasta hoy —a lo que creo— han discutido en parte, y en parte corroborado, mis afirmaciones. Me decide, sin embargo, a escribir estas líneas el deseo de descargarme de ciertas supuestas confusiones que me atribuye Blázquez con error evidente, y el propósito de lograr aún mayores esclarecimientos sobre determinados pormenores. No quiero por esto abarcar aquí todos los temas tratados por ambos autores, ya que Hergueta se ha referido a toda la provincia de Burgos y Blázquez a toda la vía 34 del Itinerario de Antonino. Por lo que hace al trozo de ésta comprendido entre Sasamón y Briviesca no he de entrar en polémica (3). Dejo a ambos buenos amigos míos que discutan entre sí si iba por Burgos o más al Norte, si Deobrigula estuvo en Tardajos o en el paso del Urbel. Me limitaré a decir que no sé si Blázquez conoce la existencia de restos muy claros de calzada romana por las Mijaradas, que todos han visto en Burgos, restos de camino que me inclinaron a aceptar el trazado de Hergueta al componer mi mapa, incluso después de impreso mi trabajo (4). Se encuentran en la prolongación de los que bajan de La Brújula y marcan a la vía una dirección incompatible con la ruta que Blázquez la atribuye.

Mientras Blázquez y Hergueta discuten este punto quiero ocuparme de la continuación de esa vía 34, desde Birovesca a Suessatio, y debatir amistosamente con ambos sobre ella. Se la han señalado rutas muy distintas a través de los tiempos, y el caso se explica sin esfuerzo teniendo en cuenta que la calzada referida ha de cruzar en ese trayecto una zona de configuración vertical muy complicada y atravesada por varios e importantes ríos. Se oponen primero a su paso los montes Obarenes y su prolongación los montes de Toloño; después el Ebro y sus afluentes: el Omecillo, el Bayas y el Zadorra, y por último las sierras de Badaya y de Vitoria. Desde hace siglos diversos autores han intentado fijar los lugares por donde salvaba dichas cumbres y cruzaba tales ríos la vía cuyo trazado nos

---

(3) Sólo me importa remitir al lector a los párrafos de Hergueta (*Boletín de la Comisión provincial de Monumentos de Burgos*, núm. 31, págs. 53-55), y a los de Blázquez (págs. 16-17), y él decidirá en seguida entre las noticias terminantes de restos de camino y de puentes en la ruta Sasamón, Lodosa del Urbel, Arroyal, Mijaradas y La Brújula, y los datos vacilantes de Blázquez, que ya hace coincidir Burgos con Deobrigula y Tricio con La Brújula, como sitúa Tricio en Tardajos y Deobrigula en La Brújula. Y el lector elegirá sin dificultad alguna entre la imprecisión de Blázquez y la exactitud con que se avienen los 22 kilómetros que median entre Sasamón y el cerro vecino de Lodosa del Urbel — abundante en restos romanos y donde Hergueta fija Deobrigula—, con las 15 millas que en el Itinerario apartaban de Segisamo la mansión inmediata, y los 32 kilómetros que separan de La Brújula la colina cercana al Urbel y frontera a Lodosa con las 21 millas que, también según el Itinerario, distanciaban Deobrigula de Tricio.

(4) En su *Lucha por la verdad*, Blázquez, al enumerar mis innumerables confusiones en la número dos, me hace cargos por no haberme decidido entre su reducción de Lacóbriga a San Mamés y la de Saavedra a Carrión. Ello podrá calificarse de prudente reserva ante lo que no se conoce bien; pero, ¿de confusión? En la número tres me reprocha el haber llevado la vía de Segisamo a Deobrigula por Manciles y Hornillos del Camino, y esta *supuesta confusión* no me abruma con su peso, pues el lector de mis *Divisiones tribales* (pág. 27) podrá comprobar que yo me he limitado a mencionar las hipótesis de Saavedra, Hergueta y Blázquez, sin adoptar partido por ninguna. Si mi gran amigo desea destacar alguna *confusión* mía del tipo de las señaladas, ésta podrá ser el haber seguido a Hergueta en mi mapa, pero no el haber opinado como Saavedra.

importa. Ya el padre Moret se ocupó de ella (5); pero fué D. Lorenzo Prestamero, miembro de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, quien a fines del siglo XVIII recorrió y estudió el terreno y presentó a la calzada Birovesca-Suessatio cruzando los montes Obarenes por Pancorbo, atravesando el Ebro por Puentelarrá, doblándose en seguida para continuar por la margen izquierda del río hasta Bayas, curvándose de nuevo a fin de proseguir con el Zadorra hasta Iruña, e inflexionándose otra vez para marchar hacia Alegría por las llanuras de Alava. Prestamero situó a Vindeleia a la vista de Santa Gadea del Cid, después de Pancorbo; Deóbriga, en Arce; Velegia, en Iruña, y Suessatio, en Armentia (6). Prestamero no se cuidó de los datos del Itinerario, que separan Birovesca de Vindeleia sólo 11 millas, y no tuvo reparo en distanciarlas casi el doble al identificar ésta como lo hizo; ni se detuvo a considerar tampoco la triple agudísima inflexión que hacía su trazado de la vía: Puentelarrá, Bayas e Iruña; pero su estudio *Camino romano* nos demuestra que por donde él indica había sin duda restos de calzada romana, fuera ésta o no la vía 34 del Itinerario.

Cortés (7) se entretuvo luego en imaginar una nueva ruta a este camino de Astorga a Burdeos en el trozo Birovesca-Suessatio. Abandonando el trazado de Prestamero fijó Vindeleia en Foncea, e hizo proseguir la calzada en estudio hacia Rioja, atravesar el Ebro en Briones o en San Vicente de la Sonsierra, salvar la sierra de Cantabria por cerca de Bernedo y continuar en busca de Saraso. Pero Cortés no alega un solo hallazgo de restos de camino romano en ese trazado que imagina. Le basta con la semejanza que su fantasía, ya tan poco acreditada, halla sin fundamento alguno entre Deóbriga y Briones, Velegia y Bernedo, Suessatio y Saraso. De que por Briones y San Vicente no pasaba ninguna vía romana puedo dar fe además personalmente.

A mediados del siglo XIX D. Angel Casimiro de Govantes (8) volvió a ocuparse de esta calzada, y cómo Cortés, sin realizar la despaciosa investigación de Prestamero, afirmó que la vía 34 iba de Briviesca a Foncea, y que después bordeaba los montes Obarenes, sin cruzarlos; atravesaba el Ebro en Briñas, cerca de Haro; salvaba la sierra de Tulonio; pasaba por Baroja y Sasaseta, y avanzaba hasta Alegría, cruzando los montes de Iturrieta. Pero Govantes no se apoyó como Prestamero en la exploración del terreno y en los hallazgos de restos de camino romano. Se basó para lanzar su nuevo trazado en la existencia de ruinas de población romana en Foncea, donde Cortés había ya fijado Vindeleia, y en las concordancias que a su

(5) *Investigaciones*, libro I, capítulo II, párrafo 13.

(6) El estudio de Prestamero puede ahora verse en la obra de Echávarri, *Alaveses ilustres*, tomo II. Vitoria, 1900.

(7) *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, tomo II. Madrid, 1836. (Véase el artículo dedicado a Deóbriga Autrigonum, pág. 407.)

(8) *Diccionario geográfico-histórico de España, por la Real Academia de la Historia, Sección segunda. Comprende la Rioja o toda la provincia de Logroño y algunos pueblos de la de Burgos*. Madrid, 1846. (Véanse los estudios relativos a Briñas, págs. 32-34, y a Foncea, págs. 70-76.)

vez creyó encontrar entre Velegia y Baroja y entre Sasaseta y Suessatio.. Mas no alegó la conservación de fragmentos de calzada entre estos puntos, ni la presencia de restos de puente en Briñas, sobre el Ebro. Únicamente alude a un viejo camino que de Briviesca iba a Foncea por Altable., mas sin dar noticia puntual de su carácter romano.

El año 1862, al leer Saavedra (9) su discurso de ingreso en la Academia de la Historia y trazar un mapa de conjunto de las vías romanas que comunicaban las diversas comarcas y ciudades de Hispania, aceptó para el trozo Birovesca-Suessatio de la vía 34 el trazado de Prestamero. No dió importancia alguna a los tres agudos ángulos que aquél formaba en Puente-larrá, Arce e Iruña; pero sí a la disconformidad entre los datos del Itinerario y las distancias a que Prestamero situaba las mansiones de la calzada, y para concórdarlos fijó a Vindeleia, en Rivarredonda, a Deóbriga frente a Puente-larrá, a Velegia frente a Quintanilla y a Suessatio en Iruña.

Desde 1916 D. Antonio Blázquez me asoció a sus estudios de vías romanas. Él realizaba las investigaciones preliminares en los mapas y en la bibliografía oportuna en cada caso, me informaba de ellas, acudía yo luego al terreno para realizar la exploración, y con mis noticias —muchas veces desgraciadamente negativas— escribía él luego las Memorias. que entregábamos a la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, y que aparecían después con nuestros nombres. Nunca discutí los resultados a que Blázquez llegaba en vista de mis datos; la superioridad de sus conocimientos y mi respeto afectuoso desde niño a D. Antonio me vedaban tal debate. En el verano de 1917 Blázquez me encomendó el reconocimiento de la vía 34, en el trozo que ahora nos importa. Visité los alrededores de Briviesca, de Calzada y de Pancorbo; exploré el triángulo Pancorbo-Puente-larrá-Miranda, y estuve varios días en ésta recorriendo sus inmediaciones. Blázquez se inclinaba antes de mi viaje a suponer que la vía marchaba de Briviesca a Pancorbo y de Pancorbo a Miranda, y con esta hipótesis previa hice yo mis estudios. En Briviesca y en Calzada pude, en efecto, comprobarla. Un trozo de camino ancho, duro y firme, en dirección a Pancorbo, se hallaba todavía en el pueblo a que la vía dió nombre. Pero después nada encontré en la ruta Pancorbo-Miranda, mientras hallé restos de calzada en el camino Pancorbo-Puente-larrá, en tres lugares diferentes: entre Pancorbo y Ameyugo, entre Ameyugo y Encío y entre Encío y Santa Gadea. No obstante estos hallazgos y mi fracaso en la dirección Pancorbo-Miranda, Blázquez no varió de opinión, y en 1917 se publicó nuestro estudio sobre el asunto (10), en el que hacíamos a la vía.

---

(9) *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de don Eduardo Saavedra*. Segunda edición. Madrid, 1914. (Véanse los párrafos dedicados a Vindeleia Deóbriga, Velegia y Suessatio.)

(10) *Vías romanas de Briviesca a Pamplona y de Briviesca a Zaragoza*. Madrid, 1917., páginas 6-13.

cruzar los Obarenes por Pancorbo y el Ebro por Miranda, para seguir después, por donde Prestamero señalaba, hacia Iruña. El trazado nuevo ponía a Blázquez frente a los datos del Itinerario, y nuestro amigo se vió forzado a suponer un yerro en éste y a separarse luego de las reducciones geográficas tradicionales. Como el Itinerario marcaba después de Vindeleia una mansión llamada Deóbriga, que sobraba en el cálculo y en la ruta de Blázquez, éste imaginó que los copistas del Itinerario habían realizado una transposición, llevando a este trozo la mansión de Dessóbriga, situada entre Lacóbriga y Segisamone, en la vía Astorga-Tarragona, de recorrido idéntico en parte a la calzada Astorga-Burdeos, y que faltaba en ésta. Y como situada Velegia en Bayas y Suessatio en Iruña, tampoco concordaban las distancias que el Itinerario señalaba entre Suessatio, Tullonio, Alba y Araceli con las que separan a Iruña de Alegría, Salvatierra y Araquil, sin tener en cuenta las noticias de Prestamero ni los hallazgos de inscripciones y restos romanos en esos lugares, situó las mansiones citadas al Sudeste de Vitoria, en Chinchetru y en Arruazu, donde llegaban en kilómetros las millas del Itinerario.

Después de un trabajo de Altadel (11), Acosta publicó un artículo sobre las vías romanas de Alava (12), en él admitió el trazado de Prestamero, y, sin aludir al de Blázquez, llevó la vía por la misma ruta que su coterráneo, ampliando las noticias de Prestamero con las de los nuevos hallazgos realizados en el terreno desde los días ya remotos del siglo XVIII. Ni las inflexiones extrañas del trazado, admitido también por Saavedra, le chocaron, ni advirtió la difícil concordancia entre los datos del Itinerario sobre las distancias entre Vindeleia, Deóbriga, Velegia y Suessatio con las que median entre Rivarredonda, Arce, Iruña y Armentia, donde él, siguiendo a su paisano, colocó aquellas mansiones.

En tal estado hallé el asunto cuando me propuse estudiar la geografía del solar del reino de Asturias en la época romana. No podía dudar de la existencia del camino romano a lo largo de la ruta de Prestamero, pero sí de que sus diversos trozos formasen parte de una misma vía, dada la triple y agudísima inflexión que realizaban aquéllos. Y a acrecentarme la sospecha de que la vía de Prestamero no era la 34 venía también la disconformidad de las distancias parciales de mansión a mansión en el terreno y en el Itinerario. Ni aun habida en cuenta la reforma de Saavedra me inclinaba a tomar el camino de Prestamero por idéntico a la vía mencionada, pues para concordar el país y el Itinerario aquél situaba Suessatio en Iruña, a unos ocho kilómetros de Zuazo, nombre que parecía la réplica moderna del viejo de la mansión romana, y con igual propósito fijaba Velegia muy lejos de donde algunas inscripciones aconsejaban suponerla.

---

(11) *De re geographica-historica: Vías y vestigios romanos en Navarra. Homenaje a don Carmelo Echegaray*, pág. 466.

(12) *Vías romanas en Alava: Euskaleria Renalde, o Revista de cultura vasca*, 1928, números 297 y 298, págs. 326 y sigtes.

No me satisfacían tampoco las opiniones de Cortés y de Govantes, porque su simple lectura dejaba la convicción de lo infundado de ambas. Ni la menor noticia existía de que un viejo camino uniese o hubiera unido Briñas, Baroja, Sasaseta y Alegría, ni tampoco Foncea, Briones, Bernedo y Saraso, como querían, respectivamente, Govantes y Cortés. No era asimismo razonable aceptar que tales nombres pudieran reducirse: Briñas o Briones a Deóbriga, Baroja o Bernedo a Velegia y Sasaseta o Saraso a Suessatio, como hacían separada y equivocadamente ambos autores. Las sierras de Cantabria, Tulonio e Iturrieta no pueden tampoco atravesarse fácilmente por donde hacían cruzar sus caminos los eruditos mencionados. Y por último, ni Foncea, Briñas, Baroja y Sasaseta en una ruta, ni Foncea, Briones, Bernedo y Saraso en la otra, se hallaban apartadas entre sí el número de millas que el Itinerario señala entre Vindelaia, Deóbriga, Velegia y Suessatio, sino otro muy distinto.

Rechazadas estas hipótesis me sentía inclinado a la de Blázquez, y la hubiera aceptado, si el examen de la geografía de los autrigones en los diversos autores clásicos no me hubiera suscitado dudas respecto a lo acertado de la supresión de Deóbriga, que Blázquez realizaba en el Itinerario, y si un estudio de éste y del terreno no me hubiese convencido de la imposibilidad del trastrueque que mi amigo proponía como base de su nuevo trazado. Consideré atentamente otra vez el problema, y llegué a la conclusión de que la calzada desarrollaba el recorrido en kilómetros que se le atribuía por tradición, conforme a los datos del Itinerario sin la mutilación o trastrueque de Blázquez, y de que era forzoso que la vía hubiera seguido una ruta más recta que la señalada por Prestamero. Así las cosas acudí a las crónicas cristianas medievales y a las historias árabes, para ver de hallar en los relatos de las campañas de los musulmanes en esa zona algún indicio que permitiese aclarar el enigma. Tenía la experiencia de que los islamitas habían seguido las más de las veces viejas calzadas romanas, experiencia adquirida por el hallazgo de restos de vías romanas en los pasos por donde constaba habían caminado y combatido las tropas de Córdoba. Trozos desconocidos de calzada había, en efecto, encontrado en la vía de Lutos (13), donde se peleó en Asturias en tiempos de Alfonso II; junto a la confluencia del Nahrón y del Curzul

---

(13) En una expedición realizada en agosto de 1928 en compañía de mi buen amigo D. Juan Uriá, excelente conocedor de Asturias, fotografié restos de una calzada que, partiendo del puerto de la Mesa, llega al corazón de Asturias, a Grado, por la cima de una serie de lomas y montañas, dominando el país a derecha e izquierda, en lugar de abismarse en los valles estrechos y en los escobios asturianos. Es siempre ancha, firme y despejada, como eran las vías romanas, y su trazado por las cumbres atestigüa su carácter militar y la coloca entre las construcciones indudables del pueblo romano. Sólo un imperio deseoso de asegurar el fácil acceso de sus tropas en la escabrosa tierra astur podía tener interés en labrar esa vía que permite llegar hasta la zona más abierta de Asturias, siempre señoreando el país circundante y en todo momento sin peligro ni amenaza posible. Documentos del siglo XI la llaman todavía *vía de illos Lutos*. Por ella entró Abdelmelik ben Mogueits en Asturias en su campaña de 794, y junto a ella fué vencido y muerto, según las crónicas de Albelda (*España Sagrada*, XIII, pág. 452) y de Alfonso III (edición G. Villada, pág. 121) y *El Kamil* de Abenalatir (traducción Fagnan, pág. 150).

en Galicia (14), también lugar de lucha entre el rey Casto y el general Abdelkerim ben Mogueits en 816, y en el puerto de Azáceta o Herrenchun (15) en las fuentes del Ega, por el que este mismo caudillo había penetrado en tierras de Alava en 823. Y asimismo, he podido comprobar que junto a vías romanas conocidas, pelearon las tropas sarracenas y cristianas en otras muchas ocasiones, que señalaré en su día al detalle, aunque cite aquí a modo de ejemplos las batallas de Polvoraria, del foso de Zamora y del Guadazaleta (16).

Mi fe en los textos árabes me hizo sospechar la existencia de una vía romana hacia Salinas de Añana, donde se alzaba la *Almeleha* de Abenadarí, y desde la que los musulmanes habían caminado hacia la Morcuera. En el mapa de Coello pude comprobar mi hipótesis, y del estudio de la configuración vertical y horizontal de aquella zona me fué posible deducir que un camino Briviesca-Puentelarrá-Salinas-Iruña llenaba los dos requisitos que conforme a mis conclusiones anteriores había de reunir la vía 34, y, en consecuencia, en el mapa que acompañó a mi estudio sobre las *Divisiones tribales* (17) tracé por Salinas la calzada romana.

Frente a mi hipótesis que llevaba la vía 34 de Briviesca a Pancorbo, de allí a Puentelarrá, y cruzado el Ebro la hacía buscar Salinas de Añana y proseguir por bajo de Sopena hasta Iruña, se han alzado en los últimos meses otras dos: una defendida por Hergueta y otra por Bláz-

---

(14) La fotografié en el mes de junio de 1929 en la expedición realizada con mis discípulos de la Universidad, expedición en que me acompañaron mi auxiliar la Srta. Muedra Benedito, Mlle. Berrogain y M. Lombard, miembros de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos de Madrid, y los Sres. Vázquez de Parga y Lacarra, de mi sección del Centro de Estudios Históricos. La calzada, todavía con restos de empedrado, es continuación de la que venía de Astorga a Lugo por el puerto de Piedraflita. Desciende al río muy derecha por las faldas septentrionales del cerro que limita el cauce del Curzul, y le atraviesa en el punto hasta donde lleva aún el nombre de Nahrón. El terreno y la denominación del río se avienen a maravilla con el relato que de la batalla de Nahrón hace Abenadarí en *Al-Bayano el Mogrib* (traducción Fagnan, pág. 121).

(15) Tuve la fortuna de encontrarla a fines de agosto de 1929 en una expedición llevada a cabo por las fuentes del Ega en unión de mi discípulo, hoy oficial del Archivo Histórico Nacional, D. José María Lacarra. La descripción de Abenadarí (traducción Fagnan, pág. 133) de la campaña de Abdelkerim en Alava en 823, y el estudio de la geografía alavesa y de otros relatos del *Bayano*, me hicieron pensar en la identificación del paso que los estudiosos leían Jernik con el puerto de Herrenchun; los arabistas me declararon posible la confusión de ambos nombres, y tuve el placer de comprobar mi hipótesis con el hallazgo de restos de puente romano en Arquijas, lo que atestiguaba la existencia de un camino romano a lo largo del Ega, y de una calzada, todavía bien conservada, que llevaba desde el puerto de Azáceta o Herrenchun, en las fuentes del Ega, hasta Alegría, donde se alzó Tullonio, mansión en la vía en estudio: de Briviesca a Pamplona. La conservación de restos de puente romano en Lodosa, sobre el Ebro; las noticias del mismo *Bayano* sobre las campañas de Abderramán III en Navarra; los indicios de camino romano en la dirección de Los Arcos y la fijación de Kurnonium cerca de este último lugar, unidos a esos hallazgos de Arquijas y de Azáceta, acreditan la existencia de una vía romana que enlazaba la de Astorga a Pamplona con la de Astorga a Zaragoza por la ruta indicada.

(16) De todas ellas, así como de las anteriores, me ocuparé con detención en mi *Historia del reino de Asturias*. De la jornada de Polvoraria en 877 lo he hecho ya en el primer Congreso Internacional de Historia de España, celebrado en Barcelona en noviembre de 1929.

(17) *Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana*. Aparte del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1929. (Véase Hergueta, págs. 41 y siguientes.)

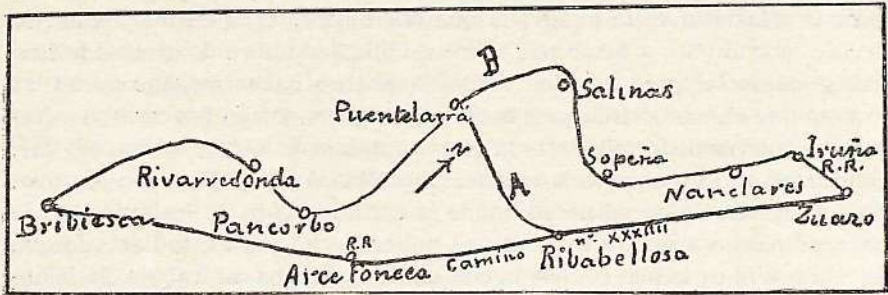
quez (18). El primero afirma que la vía comenzaba donde se separaba la que iba al Cerezo y a Tarragona, en el término de los Molinos, al Sur de Briviesca; rodeaba el cerro de San Juan, donde se alzaba la ciudad; cruzaba el Oca por el mismo puente que hoy la carretera de Francia; subía por las Lomas; por el camino de posta, pasaba al Sur y a la vista de Cameño, Grisaleña y Zuñeda; abandonaba allí el camino de posta que baja a los prados de Pancorbo; marchaba hacia el Este, y por los altos entre Altable y Valluércanes llegaba a Foncea, que Cortés identificó ya con Vindeleia. La calzada continuaba después faldeando los montes Obarenes hasta Atamuri, despoblado de Haro; seguía por la orilla izquierda del cauce del Arrauri y por la falda meridiana del cerro de Cores y del alto de Vicuana; descendía al término de Hondón por el poniente del Castillo de Guardias, y atravesaba el Ebro en Briñas, donde sitúa Deóbriga nuestro autor con Gevantes. La vía proseguía, por último, en dirección Noroeste; salvaba la cuesta de Tulonio por la garganta de Lobera, y por los montes de Salinillas, Zambrana y Condado de Treviño iba a dar en Velegia a las 14 millas. Hergueta, como puede advertir el lector, ha aceptado la primera parte del trazado de Govantes, pero después le ha abandonado por otro tan impreciso y vacilante como el primero.

Blázquez ha rectificado su vieja opinión, y, en lugar de llevar la vía de Briviesca a Pancorbo y a Miranda para seguir después la ruta de Prestamero, la conduce por Vallarta a Foncea, con Govantes; la hace en seguida cruzar los montes Obarenes por la hoz de Bugedo; la presenta después continuando a Orón y atravesando el Ebro por cerca de Miranda, y la conduce luego por donde Saavedra y el viejo erudito del siglo XVIII la trazaron. Salvados los montes de Vitoria, Blázquez, rectificando otra vez su hipótesis antigua, en lugar de establecer Suessatio en Iruña, Tullonio al Sudeste de Vitoria, Alba en Chinchetru y Araceli en Arruaza, fija Suessatio en Zuazo y acepta para las otras mansiones las reducciones clásicas de Alegria, Salvatierra y Araquil.

Hergueta expone su tesis sin combatirme; pero Blázquez, aunque trata de disimular amistosamente su mal humor por mi disconformidad con su antigua opinión, que él abandona también ahora, se deja al cabo arrastrar por aquél, y movido por tan mal consejero se permite algo más que impugnar mi teoría. El le lleva a presentar un dibujo, en el que al reproducir el trazado de Saavedra, el suyo y el mío, llega a desfigurar este último, haciéndole dar unas inflexiones que la simple observación del mapa de Coello, con mis palabras a la vista, obliga a rechazar. Ni la ruta que yo atribuyo a la vía es tan complicada como Blázquez afirma, ni la suya tan recta como él quiere (19). Esa molestia por mi crítica le mueve además a declarar

(18) *Antigua Geografía burgalesa. Boletín de la Comisión provincial de Monumentos de Burgos*. Año IX, núm. 31, pág. 55, y Blázquez, *Lucha por la verdad*, págs. 12-16.

(19) Sería disculpable que Blázquez hubiese tratado de impresionar a los lectores de su trabajo suavizando las curvas de su trazado y acentuando las del mío; pero no lo es que teniendo en la dirección de Salinas-Iruña el monte de Sopena, y habiendo escrito yo que la calzada iba «por bajo



Trazados de la vía, según Blázquez



Las tres rutas, según la realidad (\*)

que mi reconocimiento del terreno en 1917 fué deficiente, cuando, a pesar de mi buena voluntad, fué en realidad desafortunado, y esto admitiendo que él haya encontrado, en efecto, una calzada romana, lo que yo no me permitiría

de Sopena y por Nanclores», haya dibujado la ruta que propugno pasando por Caicedo-Sopena. Lamento tener que hacer notoria esta desfiguración de mi trazado, a todas luces incomprensible. Cualquier lector puede comprobar mi afirmación en el mapa de Coello de la provincia de Alava. A su juicio dejo el buscar las razones que han podido mover a Blázquez a llevar mi camino por donde lo hace. Compárese su dibujo y el mío, reflejo fiel de la verdad, y dígame si son justas las duras palabras con que rechaza la ruta elegida por mí. Claro que además, aunque yo hubiese llevado la vía 34 por Caicedo-Sopena — yo no he escrito ni por errata Sopena —, nunca hubiera hecho mi trazado la absurda inflexión que le atribuye.

(\*) La línea seguida marca mi trazado, los dos puntos y raya el de Blázquez, y los trozos de puntos marcan los trayectos en que la de Prestamero se separa de aquél y de éste.

afirmar a la vista de la fotografía que nos ofrece. Y aquel mal humor le decide, por último, a acumular sobre mí muchedumbre de cargos: por no haber citado la capital de los caristios, por no haber juzgado falsas las teseras que el mismo Blázquez había publicado y por no poseer una información completa de toda la zona Norte a que se extiende mi trabajo (20). Quiero reconocer todas mis culpas. En especial esta última me abruma. Sólo me consuela de su pesadumbre la consideración de lo imposible de conocer palmo a palmo esa zona, el haber hecho para estudiarla lo que me fué posible y la leal confesión con que encabezaba mi trabajo (21). Confieso también mi terrible ignorancia sobre la capital de los caristios, aunque en mi descargo deba manifestar que me acompañan en ella Estrabón, Plinio, Mela y Tolomeo, que nunca la mencionan. Blázquez nos haría una señalada merced si nos la descubriera (22). Y respecto a las teseras, no tengo empeño alguno en defenderlas; pero sí en hacer constar que Blázquez no ha probado su falsedad, pues los errores que señala en los datos que consignan aquéllas no son pruebas de falsificación, sino simplemente *verros*. Pudo ser equivocada la información del autor de las teseras y no

(20) No pueden causarme enojo tales cargos de mi amigo, más que amigo, maestro. Su autoridad y su afecto probado hacia mí le dan derecho a cometer conmigo estas pequeñas injusticias. No me hubiese decidido a replicarle a pesar de ellas si de la lectura de su estudio no pareciera desprenderse que yo había *inventado* una vía romana caprichosamente, víctima de una serie innumerable de confusiones y de errores. El deseo de volver por mi fama de hombre veraz me obliga muy a mi pesar a contestar a mi querido y respetado D. Antonio. Muy a mi pesar, porque como él ha desplegado una gran actividad en sus investigaciones y tocado problemas muy diversos de la historia de España, muchos relacionados con la vida del reino de Asturias, me he visto dolorosamente forzado en estos últimos tiempos a rebatir varios estudios de Blázquez. Ello me produce muy sincero dolor. Pero por grande que sea mi devoción hacia mi gran amigo, no puedo publicar mi obra en preparación sin discutir las afirmaciones de Blázquez, que no me parecen bases sólidas para elevar sobre ellas mis construcciones. Si su autor careciese además de autoridad y de prestigio, podría dejar a un lado sus trabajos sin discutirlos. Mas dado el renombre de Blázquez, aunque me ocasione disgusto profundo, no puedo pasarlos en silencio. Yo no tengo culpa alguna de que él haya tenido gusto en dispersar su ingenio en un área tan extensa de cuestiones. Y el lector perdonará estas largas líneas de excusa, si no olvida mi relación cordialísima con Blázquez, que, pese a todo, deseo conservar por agradecimiento y por afecto muy viejos y muy hondos.

(21) Aparte de las expediciones realizadas en los años 1915 a 1918, cuando colaboraba con Blázquez, en 1921 visité Covadonga y los Picos de Europa; en 1924, Anceo y el Umia, en Galicia, y Lutos, el puente del Narcea y los Picos de Europa otra vez en Asturias; en 1928, los puertos de Ventana y de la Mesa, los valles de Teverga y de Quirós, Lutos de nuevo, Brece, Gozón y Covadonga, en Asturias, y Albelda, el valle del Ireguas, Cellorigo y la hoz de la Morcuera, en Rioja, y en 1929, Zamora, Benavente, Astorga, el Nahrón, Ribadavia, Anceo, Quirós, Covadonga, los Picos de Europa, Castrojeriz, Amaya, Río Paraíso, los Barbadillos, Arlanza, Ubierna, Poza de la Sal, Oña, Briviesca, Pancorbo, Salinas de Añana, Mues, Herrenchu, Guereñu, Estella, Monjardín, Sublancia, Mansilla, Coyanca, Valdemora, Polvoraria y de nuevo Zamora... Muchas jornadas a caballo, muchas caminatas a pie, muchos soles y muchos aires por llanos y por montes no son, sin embargo, bastantes para conocer por entero, kilómetro a kilómetro, todo el Norte de España.

(22) Estrabón y Mela nada dicen de la capital de los caristios, porque ignoran hasta la existencia de este pueblo. Plinio (lib. III, cap. II) escribe sólo de los caristios lo que sigue: «In eundem conventum carietes et vennenses quinque civitatibus vadunt, quarum sunt vellenses», y Tolomeo en un pasaje les atribuye la desembocadura del Deva (II-VI-8) y en otro les otorga las ciudades de Suessatio, Tullica y Veleia (II-VI-64), y nadie habla de la capital de los caristios. Mal he podido yo adivinarla. ¿Quiere decirnos Blázquez cuál era? Decirlo y demostrarlo, que será lo difícil.

ser éstas apócrifas (23). Su autenticidad carece, de otra parte, de interés para mi estudio.

Yo no quiero imitar a mi viejo amigo, y deseo debatir con Hergueta y con él lleno del espíritu más alegre de que puedo disponer a este propósito. No he recorrido el terreno por donde Hergueta lleva la vía desde Briviesca, y no niego la posibilidad de que haya habido una calzada romana que siguiera la ruta trazada por él. Es indudable que hubo población romana en Foncea (24), y pudo ser ella la *Vindeleia* que otros sitúan en Santa María de Rivarredonda. Pero debo declarar: primero, que no coinciden las distancias en kilómetros que separan Briviesca de Foncea y Foncea de Briñas con el número de millas que marca el Itinerario de Birovesca a Vindeleia y a Deóbriga (25), y segundo, que no hay prueba, o que no la alega bastante para que sea forzoso admitir que tal vía cruzaba el Ebro por Briñas. Ya en la época del fuero de Miranda no había puente en el Ebro entre Logroño y aquella población (26), y aun mucho antes, el año 865, el relato de Abenadari sobre la batalla de la Morcuera, perdida por el conde Rodrigo de Castilla, atestigua que tampoco existía puente en Briñas, puesto que se ahogaron en el río las fugitivos del desastre al intentar cruzar el Ebro por tierras de Haro (27). La circunstancia de que los moradores de un lado y otro del río posean bienes en la orilla opuesta del mismo, que alega Hergueta como testimonio de la existencia de un puente en Briñas, carece, pues, de valor probatorio, toda vez que la repoblación de esa zona hubo de ser muy posterior al combate citado, fecha en que no había comunicación en aquellas tierras entre las dos márgenes del Ebro.

(23) Se refiere y me refiero a unas teseras publicadas por Blázquez (*Cuatro teseras militares. Boletín de la Academia de la Historia*, LXXVII-102), en que se da noticia de cuatro vías: 1.<sup>a</sup> De Legio VII ad Portum Blendium. 2.<sup>a</sup> Vía Luco Augusti ad Iria y Vía Luco Augusti a... 3.<sup>a</sup> Vía Asturica a Emerita Augusta. 4.<sup>a</sup> Vía Asturica-Bracara. Sé muy bien que las distancias que señalan las teseras entre las diferentes mansiones registradas en ellas difieren de las que figuran en el Itinerario, pero Blázquez no debía callar que al enumerar las mansiones coinciden aquéllas y éste. Y yo me he limitado a utilizar la serie y el orden de las mansiones de las teseras, nunca las cifras en millas que señalan, y ello sólo para la vía que llevo de Pisoraca a Portus Blendium. Como nada tiene ésta que ver con la vía 34 que Blázquez estudia, la cita de mi supuesto gravísimo yerro no puede tener otro propósito que el de probar a los lectores mi absurdo método de trabajo. Claro que se ha frustrado su intención, puesto que su concepto de la falsedad o autenticidad de las cosas es erróneo, y además yo no he aceptado en parte alguna como artículos de fe esas teseras, a las que Blázquez buscó una explicación que ahora, a lo que parece, rechaza.

(24) Es Govantes (*Diccionario Geográfico-histórico*, Rioja, págs. 73-76) quien da noticia más puntual de las antigüedades de Foncea, aunque antes ya se hubiese ocupado de ellas Cortés. (*Diccionario... de la España antigua*, III, pág. 481.)

(25) Véase más adelante pág. 18.

(26) En él se leen estos dos pasajes (Muñoz: *Colección de fueros municipales y cartas pueblas*. Madrid, 1847, pág. 352): «Et omnes homines de terra Lucronii, aut de Naxera, aut de Rioxa, qui voluerint transire mercaturas versus Alavam, aut de alia terra quacumque versus Lucronium, aut Naxeram, aut ad Rioxam, transeant per Mirandam, et non per alia loca, et si non, perdant mercaturas: *Et de Lucronio ad Mirandam non sit pons nec barca.*»

(27) He aquí las palabras de Abenadari, según la traducción de Fagnan (T. II, pág. 162), y habida en cuenta la corrección que propone Paul Schwarz en su reseña de aquélla en las *Bibliographische Anzeigen*, pág. 255: «Le reste s'enfuit sans s'arreter vers la region d'El-Ahroun (Haro) et dut se jeter dans l'Ebre sans pouvoir chercher un passage guéable, si bien qu'il s'en noya une quantité.»

Además, si el trazado de Saavedra: Pancorbo-Puentelarrá-Bayas-Iruña, parece equivocado a Hergueta por el rodeo que supone, la marcha de la calzada de Foncea a Briñas para seguir luego a Zambrana representa uno casi igual. Y por último, si hubiese existido un camino que cruzase los montes por Salinillas de Buradón, por allí hubiesen pasado a los llanos de Miranda las tropas musulmanas, y no por la hoz de la Morcuera o las fuentes del Ega, como nos manifiestan los autores árabes.

El trazado de Blázquez: Briviesca-Vallarta-Altale-Foncea-Bugedo-Miranda-Bayas, pudo ser sin duda el verdadero de una vía romana. La situación y las ruinas romanas de Foncea y las noticias de Hergueta sobre la existencia de camino hasta aquí, vienen en apoyo de la tesis de Blázquez. El dice haber hallado restos de calzada entre Bugedo y Miranda; y a reforzar su creencia de que una vía romana unía Foncea y Bugedo viene además la noticia de Abenadari, que hace cruzar dos veces a los ejércitos árabes por la hoz de la Morcuera, por la que se comunican, en efecto, ambos pueblos, que separan los montes Obarenes (28). No hay después huellas monumentales del puente sobre el Ebro en las cercanías de Miranda, por donde había de atravesar el río dicha vía; consta que el año 1099 no había puente antiguo en aquella zona, puesto que estaba construyéndose el de Miranda, según atestigua su fuero (29); pero no hay pruebas terminantemente negativas como en el caso de Briñas, y aunque los detalles apuntados den cabida a la duda, concedamos que la calzada atravesaba el Ebro por donde Blázquez quiere y que seguía la ruta que él señala. Concedamos que así ocurría, en efecto, aunque los datos alegados por el ilustre historiador no sean ni muy precisos ni muy convincentes.

¿Pero era esa calzada la vía 34 del Itinerario? Yo no me atrevo a afirmarlo, y me permito incluso poner en duda tal hipótesis. Si es posible que un camino romano siguiera el trazado que Blázquez señala, es indudable —y éste hubiese debido declararlo así, si no se lo hubiera estorbado su mal humor por mi crítica de nuestra vieja teoría—que otra calzada romana seguía la ruta señalada por mí. Ni Hergueta ni Blázquez podrán negar que una vía antiquísima unió Pancorbo y Briviesca. Lo está proclamando el nombre de Calzada que aún lleva un pueblo situado entre ambas poblaciones, pueblo en el que todavía, cuando yo lo visité en 1917, quedaban restos de camino ancho, duro y firme, como solían ser las vías

---

(28) Por la Morcuera, y no sin vencer antes al conde Rodrigo, cruzaron a tierras musulmanas el príncipe Abderramán ben Mohamed y el general Abdelmelik, después de una gran expedición por tierras cristianas en 865, y por la Morcuera penetró Abderramán III en tierras cristianas en la campaña de 924, en que castigó con saña a Ordoño de León y a Sancho de Navarra. (Abenadari, traducción Fagnan, T. II, págs. 160 y 309.) Adviertan el lector y Blázquez la imparcialidad con que me muevo al alegar pruebas desconocidas por éste en apoyo de su tesis. Por cima del mal humor de mi viejo amigo está la verdad.

(29) En el fuero se lee (Muñoz, *Colección*, etc., pág. 351): «Et omnium istorum homicidiorum et calumniarum, medietas sit remissa pro camara regis et alia medietas dividatur sic: ut alcaldes habeat novenam partem et de residuo habeat tertiam partem dominus qui mandaverit villam sub regia potestate, et aliam tertiam partem habeat qui injuriam aut damnum recepit, et aliam tertiam partem habeat populos pro opere ponte et muris villae.»

romanas. ¿Cuándo pudo ser labrada esta calzada y qué dirección podía ser la suya? Yo no vacilo en contestar que hubo de ser obra romana y que iba a Pancorbo. Me están garantizando la respuesta el ser Briviesca ciudad habitada durante la dominación de Roma, el nombre romano de Pancorbo—Ponscurbus—, el hallazgo de restos romanos en este lugar (30) y la existencia de una calzada romana que de Pancorbo iba a Puentelarrá. Si en los tiempos heroicos de la conquista de España por los romanos el desfiladero de Pancorbo difícilmente hubiese sido elegido por aquéllos para trazar un camino por su hondonada, llena de peligros y siempre amenazada, donde un puñado de indígenas podía deshacer a un ejército regular, cuando la paz reinó en Hispania el paso de Pancorbo ganó toda su importancia geográfica para la fácil comunicación entre dos comarcas, como lugar natural de enlace de los valles del Oca y del Ebro. Entonces sin duda se construyó el camino que pasando por Calzada iba a ese desfiladero, y entonces también el puente en curva, preciso para salvar el riachuelo que corre por el fondo, y la prolongación de la vía hasta Puentelarrá. Como hemos dicho arriba, de antiguo se ha tenido por romana la calzada que iba de Pancorbo al último pueblo mencionado (31), y yo mismo he podido comprobar en 1917 la existencia del viejo camino—ancho, con restos de firme y de empedrado—entre ambos puntos: un trozo entre Pancorbo y Ameyugo, otro entre Ameyugo y Encio y un tercero entre Encio y Santa Gadea. Blázquez y yo publicamos las fotografías de estos trozos en 1918 (32). Esta calzada forzosamente atravesaba el Ebro junto a Puentelarrá. Hoy no se advierten aquí restos de puente romano; pero hay un vestigio superior en importancia como prueba de la presencia allí de un puente antiguo: el nombre mismo del pueblo. Es sabida la edad remota de la toponimia en esa zona norteña de España (33), y el nombre de Puentelarrá nos está declarando la existencia de un paso antiquísimo sobre el Ebro; paso que, hallándose en función geográfica del camino romano que venía desde Briviesca por Pancorbo, podemos suponer una obra de fábrica del mismo. La circunstancia de que en toda una larga zona del Ebro sólo Puentelarrá muestre un nombre que ofrezca ese abolengo indudable, es de gran valor como indicio de que en toda aquella comarca era su puente el único que atravesaba el río.

¿Qué ruta emprendía después el camino romano? Aquí sí resulta du-

---

(30) Aparte del Itinerario de Antonino, hablan de la Briviesca romana Plinio (III, 3) y Tolomeo (II, 653). Por lo que hace a Pancorbo la antigüedad del nombre está atestiguada por la crónica de Albelda, escrita en 883, que refiere los ataques a *Ponte Corbo* en 882 y 883 por el príncipe Alμόndir y el general Hájim ben Abdeláziz (*España Sagrada*, XIII, 456 y 458), y por Abenalcutía, historiador árabe del siglo x, que habla de la intervención de Omar ben Hafsun en ese combate. (Traducción Ribera, pág. 77). En Pancorbo se hallaron además en el siglo XVIII inscripciones romanas y un hermoso edificio con suntuosos mosaicos romanos, según nos declara Prestamero. (*Camino romano*, pág. 285.)

(31) Véase Prestamero, *Camino romano*, págs. 285 y sigtes.

(32) *Vías romanas de Briviesca a Pamplona y de Briviesca a Zaragoza*, láminas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

(33) Véase Blázquez, *La persistencia de los nombres geográficos a través del tiempo: Homnaje a Menéndez Pidal*, tomo II, pág. 269.

dosa la respuesta. Por la margen izquierda del Ebro una calzada romana venía desde Miranda o, por mejor decir, desde las confluencias del Bayas y del Zadorra en el gran río hispano (34), y hay datos de que proseguía por el valle del Omecillo y por Valdegovia—donde se alzaba una vieja ciudad hispano-romana: Uxama Barca—para entrar en Vizcaya (35). No negaré la posibilidad de que el camino que venía de Briviesca y en Puentelarrá atravesaba el río, se enlazara con esa calzada que por la orilla opuesta ascendía hacia el Norte. No rechazaré tampoco la posibilidad de que existiendo en un principio una vía Briviesca-Pancorbo-Puentelarrá-Osma de Valdegovia, se construyera después un ramal de enlace entre este camino y el de Blázquez: Briviesca-Foncea-Miranda-Zuazo, ramal que fuese desde un puente a otro del Ebro, si es que lo hubo alguna vez en tiempos romanos en Miranda. Pero sí me atreveré a rechazar la suposición de Saavedra de que la vía hubiese hecho el ángulo absurdo Pancorbo-Puentelarrá-Miranda-Iruña, porque no había razón alguna para dar a la calzada que iba a Aquitania una inflexión tan aguda. Si no dispusiéramos de otros restos, yo me inclinaría, pues, a suponer el trozo Briviesca-Puentelarrá en funciones del camino a Osma de Valdegovia. Mas no ocurre así. En el mapa de Alava, de Coello, se señalan—y Blázquez ha podido y debido advertir el hecho para no afirmar rotundamente que nada autorizaba a llevar la vía por donde yo lo hice—, en el mapa de Coello, repito, se marcan dos trozos de camino romano: uno que desde la calzada de la margen izquierda del Ebro, Miranda-Puentelarrá, lleva a Salinas de Añana, y otro, que parece continuación del anterior, en la ruta Salinas-Iruña, entre Basquiñuelas y Poves, desde donde un camino real prosigue por bajo de Sopena en la dirección señalada hacia los llanos de Álava (36). Ahora bien: la existencia de esta vía, de que dió ya noticia Balparda (37), vía que se enlaza con la que desde Briviesca por Pancorbo iba a Puentelarrá, atestigua que desde *Birovesca* hasta el valle alto del Zadorra había una calzada romana precisamente por los lugares por donde yo llevaba la vía número 34 en el estudio sobre las *Divisiones tribales del solar del reino de Asturias*. Blázquez no podrá negar este hecho después de cuanto queda dicho, y si aún le parecieran insuficientes los datos alegados, convendría recordarle dos circunstancias, que vienen a asegurar la antigüedad de esa vía por Salinas de Añana: la importancia histórica de este pueblo, que está

---

(34) La describió Prestamero y la trazó en su mapa Coello. Atraviesa por los términos de Fontecha, Lecañana del Camino, Salcedo, Cabriana, Comunión, Arce y Mirapérez. A lo largo de todo el trayecto se han hallado y se siguen hallando inscripciones, aras, restos de esculturas y de edificios, mosaicos y monedas romanas. De ellas se ocupa José María Costa en su estudio *Vías romanas en Alava: Monumentos arqueológicos*, en *Enskalería Renalde*, 1928, núms. 297 y 298, págs. 329-332.

(35) Da noticias de esta vía, que servía de eje a otros varios ramales, Balparda, en su *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*, págs. 92-93.

(36) Con los mismos signos que emplea Coello en sus mapas para señalar los restos de vías romanas están marcadas estas calzadas, que me sirvieron para trazar la ruta que atribuí a la vía 34 desde Puentelarrá a Iruña.

(37) *Historia crítica de Vizcaya y sus fueros*, pág. 92.

estratégicamente situado en lo alto de un cerro muy fuerte y fué cabeza de un condado de Castilla en el siglo ix, según el testimonio del Bayano al Mogrib (38), y la marcha de los ejércitos árabes en su campaña de 856 desde Salinas hacia la Morcuera, siguiendo en buena parte el camino que nos importa ahora (39).

Pero supuesta la existencia de dos calzadas romanas desde Briviesca a la llanura de Álava, ¿cuál de las dos merece ser tenida por la vía 34 del Itinerario de Antonino? La calzada por Pancorbo, Puentelearrá y Salinas desarrolla un recorrido que coincide en kilómetros con el número de millas que concede el Itinerario a la vía 34 desde Birovesca a Suessatio. Blázquez tiene que suprimir una mansión de las señaladas por el Itinerario para concordar, no sin diferencias de kilómetros, la longitud de su trazo con el del trozo mencionado de la vía 34 (40). Yo no me atreveré a negar la posibilidad de que, como Blázquez quiere, los copistas del Itinerario traspusieran una mansión y colocaran entre Vindeleia y Velegia la de Deóbriga en lugar de Dessóbriga, de nombre parecido, que no figura en la vía 34, y que sin embargo aparece entre Lacóbriga y Segisamo en otro camino, de recorrido idéntico entre Astorga y Briviesca a este *Ab Asturica-Burdigalam*, que nos importa ahora. No desconozco la posibilidad de tal trastrueque, pero debo confesar que le encuentro inverosímil. Puede imaginarse que un copista distraído cambiase las cifras de las millas entre dos mansiones inmediatas, que alterase el orden de los nombres de dos ciudades próximas o que olvidase incluir una mansión; pero resulta incomprensible que en este último caso, reparado el yerro a destiempo, incluyera luego esa mansión caprichosamente seis puestos más allá, y más inexplicable todavía que al hacer tal adición alterase el nombre y copiase, en vez de Dessóbriga Deóbriga, y que colocara 15 millas en lugar de 14 (41). Repito que no son humanamente imposibles tales yerros, pero Blázquez me permitirá que no crea en ellos (42). Si además nunca se repitieran en la España romana las denominaciones de las ciudades, habría una leve razón para admitir el error que Blázquez defiende, dada la semejanza

(38) Traducción Fagnan, tomo II, pág. 161.

(39) Abenadari. Traducción Fagnan, tomo II, pág. 161.

(40) El Itinerario señala desde Birovesca a Suessatio 54 millas, distribuidas así: 12 a Vindeleia, 14 a Deóbriga, 15 a Velegia y 13 a Suessatio; total, unos 80 kilómetros. Ahora bien, de Briviesca al emplazamiento de Deóbriga, frente a Puentelearrá, median unos 39 kilómetros; de aquí a Salinas, por donde va la vía romana, unos 11; de Salinas a Iruña, por Poves y por bajo del monte de Sopena, unos 20, y de Iruña a Armentia, por la ruta de la calzada Margarita-Zuazo, unos 10; total, 41 kilómetros, que sumados a los 39 dan los 80 kilómetros equivalentes a las 54 millas.

(41) Al suprimir la mansión de Deóbriga y sus 14 millas, quedan de Birovesca a Suessatio 40 millas, equivalentes a unos 59 kilómetros, y la vía de Blázquez mide en el terreno, de Briviesca a Foncea, 25 kilómetros; de Foncea a Bayas, 16, y de Bayas a Zuazo, 25; total, 66 kilómetros. La supresión de Deobriga no resuelve, por tanto, el problema.

(42) Importa hacer constar que los errores del Itinerario no son ni tan numerosos ni tan complicados. Incluso Blázquez, que no es parco en admitirlos, no señala sino muy pocos. En la zona Norte de España que conozco no son notorios sino tres olvidos: Dessóbriga en la vía 34, una mansión entre Madrid y Segovia en la 24 y otra en tierra de Campos en la 27, y probables algún cambio de cifras en esta vía 34 y en la 20.

entre Dessóbriga y Deóbriga. Pero, como Blázquez mismo alega y es notorio (43), no sólo abundan las poblaciones de nombre semejante, sino incluso las de idéntico, y en una misma zona de Iberia hubo tres *Tricios*, dos *Uxamas*, cuatro *Segontias*, dos *Albas*, varias *Aquis*, tres *Aras*, dos *Augustóbrigas*, y así otras duplicaciones semejantes (44). Si pues numerosas poblaciones hispano-romanas llevaban igual nombre, no puede sorprender que en los vacceos se alzase una Dessóbriga y en los autrigones una Deóbriga, a más de la Deobrigula de los turmogos—que Blázquez no pretende suprimir—y que todas tres figurasen separadamente en el Itinerario de Antonino.

Para que fuera forzoso admitir el triple y extraño yerro del Itinerario, que mi gran amigo defiende a propósito de Deóbriga, sería necesario que fuese notoria su evidencia, o a lo menos tan probada que tuviéramos precisión de creer en la estupidez del supuesto copista. Blázquez defiende su hipótesis diciendo: La suma total de las distancias que el Itinerario señala entre Astorga y Aquitania es de 421 millas; sumadas las que otorga a cada mansión de las consignadas en el texto, arroja, en efecto, poco más o menos 421; es así que falta la mansión de Dessóbriga con sus 15 millas; luego, como no cabe suponer yerro en la copia de la suma, es indudable que se ha producido el cambio de lugar, el trueque de nombres. Pero una de las premisas del razonamiento de Blázquez es inexacta; ¿por qué han de ser artículos de fe las sumas totales de las vías en el Itinerario, tan lleno de errores según Blázquez? (45). Y que no lo son nos lo dice el Itinerario mismo en la vía 24, que iba de Mérida a Zamora, de aquí a Simancas por la orilla del Duero, de Simancas a Segovia, Madrid y Titulcia (Aranjuez), y de Titulcia, por Sigüenza, a Zaragoza. El Itinerario atribuye a esta vía un recorrido total de 632 millas, y sumadas las distancias parciales de mansión a mansión resultan, en efecto, con la mera adopción de algunas justas variantes de lectura, las 632 millas (46). Pero en esta vía los copistas olvidaron,

(43) Véase *Lucha por la verdad*, pág. 27. No se me alcanza con qué propósito acudió a este argumento, que se vuelve contra su teoría sin esfuerzo.

(44) Un Tricio se alzaba en La Brújula, otro en El Cerezo y un tercero en la boca del Deva. Una Uxama junto al Duero y otra junto al Omecillo. Una Segontia próxima a Zaragoza, otra en la Sigüenza de hoy, una tercera a orillas del Duero y una cuarta en las montañas de Burgos. Un Aquis en Caldas de Reyes, otro en la provincia de Orense, un tercero en la raya de Portugal y un cuarto en Caldas de Malabella, y así podríamos hacer casi interminable esta lista.

(45) El lector puede formar juicio leyendo y sumando por sí las distancias del Itinerario. Sirva de ejemplo la vía 27, entre Astorga y Zaragoza, por el Duero, a la que el Itinerario concede una distancia total de 301 millas, y en la cual la suma de las distancias parciales elegidas por Saavedra arroja 315 millas, mientras que desde Astorga a Zaragoza, por Osma y Clunia, cualquiera que sea la ruta que se adopte, hay mucho más de 301 o de 315 millas. Asimismo la vía 25, de Astorga a Zaragoza, por Zamora, Simancas, Segovia, Madrid, Aranjuez y Sigüenza, a la que se atribuye en el Itinerario una distancia total de 497 millas, mientras la adición de las parciales de mansión a mansión seleccionadas por Saavedra supone 485, y la vía desarrolla un recorrido superior a ambas cifras. ¿A qué proseguir citando ejemplos?

(46) Admitidas aquellas variantes de lectura a que obliga la repetición parcial de esta vía en la 26 del Itinerario. Las variantes adoptadas por Saavedra arrojan una suma total de 623 millas, y siempre faltan entre Segovia y Madrid más de esas 10 millas de diferencia, pues median entre ellas más de los 58 kilómetros a que equivalen las 39 millas que resultarían añadiendo a las 29 del Itinerario esas 10 millas, sobrantes de aceptar las lecturas de Saavedra.





a lo menos, una mansión situada entre Segovia y Madrid, porque entre ambas poblaciones hay mucho más de las 29 millas, equivalentes a 43 kilómetros, que señala el Itinerario entre ellas, y sin embargo, la suma total que da el Itinerario es la que corresponde a las distancias parciales consignadas, sin contar la excluida. Otro tanto ocurre en la vía 27, de Astorga a Zaragoza, por Benavente, Roa, Clunia, Numancia y Tarazona. El Itinerario la concede una distancia total de 301 millas, y la adición de las millas que apartaban cada mansión, habida en cuenta una rectificación de lectura, arroja 305 millas (47). Ahora bien, en esta vía faltan sin duda una o varias mansiones, porque desde Brigeo, que se alzaba donde hoy Benavente o en sus inmediaciones, hasta Rauda o Roa, hay *en línea recta* 150 kilómetros, mientras en el Itinerario, sumadas las distancias que marca entre las mansiones intermedias, se alcanza sólo la cifra exigua de 114 kilómetros. Son casos idénticos al de la vía 34; en ambas faltan mansiones, y no obstante las sumas totales no son el resultado de todas las cifras menores, incluidas las olvidadas, sino sólo de las que se registran. No hay, pues, precisión alguna de admitir el cambio de lugar de Dessóbriga y el trueque de palabras y de números que Blázquez hace para lograr ajustar la suma de distancias que el Itinerario señala entre Briviesca y Suessatio con los kilómetros que median entre ambos pueblos, siguiendo la ruta que nuestro amigo señala a la calzada que unía ambas mansiones.

A no admitir el triple yerro, que Blázquez supone en el Itinerario, me mueve además la circunstancia de que Tolomeo hable de una ciudad autrigona, Deóbriga, de nombre idéntico a la del Itinerario, que nuestro autor quiere hacer desaparecer por artes de magia, y cuya situación se aviene muy bien con la que le correspondería frente a Puentelearrá en mi trazado de la vía 34. Aparte de las noticias relativas a latitudes y longitudes, todas inaprovechables en Tolomeo (48), los errores indudables de éste se refieren a la atribución de algunas ciudades a tribus distintas de aquéllas a que pertenecían (49); pero la coincidencia de los datos del Itinerario con los de tal autor excluye en este caso la sospecha de yerro. Para admitir la teoría de Blázquez sería preciso suponer que junto al triple error del Itinerario

---

(47) La suma de las variantes adoptadas por Saavedra monta 315 millas; aunque las aceptemos como buenas, siempre resultará que no se habían tenido en cuenta las mansiones que faltan.

(48) Es inútil que Blázquez se esfuerce en demostrárnoslo. Nadie cree hoy en la escrupulosa exactitud de los datos de Tolomeo sobre latitudes y longitudes. No hay apenas, por lo que hace a España, uno que concuerde puntualmente con la realidad. Se han hecho muchos intentos para descubrir la clave del error. Todos en vano. A lo sumo, en términos generales, y siempre que haya otro elemento de juicio concordante, pueden aprovecharse para fijar la situación de algunas ciudades o regiones al Norte o al Sur, al Este o al Oeste de otras de localización indiscutible.

(49) Estas equivocaciones son, en cambio, muy escasas. Para la extensa zona a que abarcan mis estudios sólo he podido comprobar la de Noega, que atribuye a los cántabros, en cuya frontera se encontraba; y sólo me ha sido posible suponer la de Segontia Paramica, por la existencia hoy de un pueblo de igual nombre entre los autrigones, mientras Tolomeo la concedía a los várdulos. En el caso de Numancia, que creí atribuida por Tolomeo a los arévacos erróneamente, porque Plinio la otorgaba a los pelendones, vacilo hoy y debo declararlo, pues Appiano, la fuente más antigua y autorizada que poseemos para estudiar la guerra numantina, también concede Numancia a los arévacos.

Tolomeo había cometido uno doble escribiendo también, como el copista, Deóbriga en lugar de Dessóbriga, y llevando Deóbriga de tierras de vacceos, en un salto, por cima de los turmogos, a las de los autrigones. Yo no he de oponer ningún reparo a que mi buen amigo siga creyendo en el trastrueque y en los errores múltiples apuntados, pero espero que no llevará a mala parte si yo no le acompaño en su fe. Conforme he probado en otros estudios, Blázquez tiene para estos retoques, ayuntamientos y segregaciones una imaginación de que yo carezco.

Si en el recorrido total el trazado de Blázquez no coincide con el fijado para la vía 34 por el Itinerario, otro tanto ocurre en las distancias parciales que apartaban las mansiones situadas entre Birovesca y Suessatio. En efecto, de Briviesca a Foncea, donde Blázquez sitúa Vindeleia con Cortés y Govantes, median por Villarta de 24 a 25 kilómetros, y el Itinerario señala entre Birovesca y Vindeleia 12 millas, equivalentes a algo menos de 18 kilómetros. Después, entre Foncea y el paso del Bayas, donde Blázquez fija Velegia, aun admitiendo numerosas inflexiones en el trazado por Buggedo y Miranda, hay unos 16 kilómetros a lo sumo, y el Itinerario marca entre Vindeleia y Velegia, aun suprimida Deóbriga, 15 millas, que suponen alrededor de 22 kilómetros. Por último, entre el paso del Bayas y Zuazo, lugar de emplazamiento de Suessatio, según Blázquez, hay más de 25 kilómetros, y el Itinerario aparta Velegia de Suessatio 13 millas, que montan menos de 20 kilómetros (50). Ni uno solo de los lugares donde sitúa nuestro amigo las mansiones de la vía 34, después de haber mutilado la de Deóbriga, se halla, por tanto, a la distancia que el Itinerario de Antonino determina.

Aún se alzan otras dificultades para identificar la calzada de Blázquez con la vía que nos ocupa. Fija aquél Velegia cerca del Bayas, y a ello se oponen, como veremos luego, las noticias que sobre esta ciudad nos ofrece la *Notitia Dignitatum* y las inscripciones halladas junto a Iruña (51); y establece Suessatio en Zuazo, contra lo que pide la marcha del camino. Etimológicamente, la reducción de Suessatio a Zuazo es correcta, pero ella tropieza con dos obstáculos de monta. Mientras en el insignificante pueblo de tal nombre no se han hallado vestigios importantes de población romana, dos kilómetros al Sur se eleva Armentia, con restos históricos de consideración y con una tradición de ciudad antigua de importancia, y unos kilómetros al Norte se yerguen aún las ruinas de Iruña, con sus murallas

---

(50) Me asombra cómo Blázquez ha callado estas disconformidades entre las distancias que separan los puntos donde sitúa las mansiones de su trazado de la vía 34 y las que en realidad las apartaban según el Itinerario. ¿Será posible que él, tan gustoso medidor de mi ruta y tan habituado a estas comprobaciones, no haya juzgado preciso constatar la concordancia o disparidad de su trazado con las distancias del Itinerario? El lector podrá sobre un mapa advertir cómo son puntuales mis datos, puntuales, aunque no en absoluto exactos con la precisión matemática que la sola medición del camino permitiría establecer. El lector podrá comprobar, además, cómo en caso de duda he procurado aproximarme a las cifras que serían precisas para amoldar las distancias de Blázquez a las del Itinerario.

(51) Véanse más adelante las notas 57, 58 y 59.

rendidas a la pesadumbre de los siglos, rodeada de puentes de abolengo remoto y con un solar donde se encuentran sin esfuerzo lápidas, estatuas, inscripciones, fragmentos arquitectónicos y monedas romanas. Y en segundo término la vía descrita por Prestamero no va a Zuazo en derechura, como hubiese hecho, naturalmente, si allí se hubiera alzado Suessatio y no hubiese existido ninguna otra mansión antes de llegar hasta ella. En lugar de caminar en busca de Zuazo por la margen izquierda del Zadorra, la calzada hace un amplio rodeo por Tuyo y por Ollavarre para ganar Iruña; y desde Iruña tampoco marcha en dirección a la localidad donde Blázquez sitúa Suessatio, sino que describe una nueva y amplia curva por Margarita y Lermenda hasta llegar, después de largo andar—largo e incomprensible—, a Zuazo (52). ¿Cómo explicar el paso del Zadorra por Tuyo, la marcha por San Pedro de Ollavarre, la entrada en Iruña después de atravesar de nuevo el río y el rodeo por Margarita y por Lermenda? Si la vía hubiese buscado como primera mansión tras los montes el lugar de Zuazo, no hubiese descrito tal rodeo ni hubiera abandonado la margen izquierda del Zadorra.

Todas estas razones arguyen en contra de la identificación de la vía 34 del Itinerario con los trozos de la calzada que Blázquez confunde con aquélla. Si el trazado de mi admirado amigo desarrolla un recorrido inferior en muchos kilómetros al que determina en millas el Itinerario, será forzoso buscar otra ruta más larga a la vía 34. La de Prestamero y Saavedra se amolda mejor a las distancias de aquélla, pero realizando el zig-zag inexplicable Pancorbo-Puentelarrá-Miranda-Iruña. La mía recorre también un número de kilómetros equivalente al que en millas señala el Itinerario, y, en lugar de realizar tal inflexión, lleva la vía por valles en su casi totalidad despejados y abiertos, y la permite entrar en los llanos de Alava, evitando el cruce de las cumbres por el espacio que dejan libre las estribaciones de la sierra de Badaya y las prolongaciones de los montes de Vitoria, y sin necesidad de cruzar el Bayas una vez y tres el Zadorra, como la de Blázquez (53), ya que atraviesa este río por uno de los magníficos puentes antiquísimos de Iruña.

Si tampoco en las distancias parciales de mansión a mansión coincide la vía de Blázquez con la vía 34, según hemos probado, la concordancia de mi trazado con ésta es perfecta. Entre Birovesca y Santa María de Rivarredonda, donde sitúan muchos (54), y yo con ellos, Vindeleia, median, en

---

(52) Véase Prestamero, *Camino romano*; González Echávarri, *Alaveses ilustres*, I, páginas 324 y 357, y Costa, *Vías romanas de Alava* (*Euskaleria Renalde*, 1928, núms. 297 y 298, páginas 348 y 349). Aquél lleva la vía por la ermita de San Pedro de Ollavarre (Loc. cit., 347), y este último, que precisa aún más el camino desde Estabilló en adelante, le hace pasar por Tuyo y por Ollavarre. (Loc. cit., 335.)

(53) Blázquez no la hace cruzar el Zadorra sino una vez; pero él no la ha recorrido desde Miranda a Alava, y Prestamero y Costa, que la describen con más detalle y mejor conocimiento de causa, por haberla seguido paso a paso, al llevarla por Tuyo y Ollavarre la suponen atravesando el Zadorra, primero cerca del Ebro, después para cruzar a Tuyo y después para entrar en Iruña.

(54) Llorente y Saavedra, entre otros.

efecto, los 18 kilómetros equivalentes a las 12 millas que el Itinerario distanciaba Birovesca de Vindeleia. Después, entre Rivarredonda y las vecindades de Puentelearrá, en la margen derecha del Ebro, donde debió alzarse Deóbriga —hacia Santa Gadea quizá—, hay unos 21 kilómetros, que corresponden a las 14 millas que en el Itinerario separan Vindeleia de Deóbriga, quedando ésta en tierras de autrigones, como declara Tolomeo (55). Y siguen coincidiendo los 42 kilómetros existentes entre Puentelearrá y Armentia, donde debe buscarse Suessatio, con las 28 millas que el Itinerario fija entre Deóbriga y la última mansión citada. Ciertamente que las distancias parciales Deóbriga-Velegia y Velegia-Suessatio no corresponden a las que en efecto separan Puentelearrá de Iruña y ésta de Armentia; pero siendo exacta la total, es muy verosímil que los copistas realizaran algún yerro —uno solo y no cinco, como quiere Blázquez— en las cifras que componían los dos datos parciales. Y que así debió ocurrir en realidad parece confirmado por el hecho de que en uno de los códices donde se ha conservado el Itinerario Velegia y Suessatio aparecen separadas por siete millas (56), equivalentes a los 10 kilómetros que apartan, en efecto, en el terreno Iruña de Armentia.

Pero a más de esta concordancia casi absoluta de los datos que el Itinerario consigna en la vía 34 con los que el país ofrece en el camino de Briviesca a Armentia por Pancorbo, Puentelearrá, Salinas e Iruña —frente a las disconformidades señaladas entre la calzada de Blázquez y las noticias del Itinerario— mi trazado sitúa las dos mansiones de Velegia y Suessatio en dos poblaciones de abolengo, y la llegada de la vía a Iruña antes que a Zuazo explica los rodeos y las curvas, que no tenían fácil comprensión de haber sido Zuazo la primera y única mansión del Itinerario tras los montes. En efecto, en mi ruta *Velegia* coincide con Iruña y *Suessatio* con Armentia. Ya hemos hablado de la importancia arqueológica de la primera. Baraibar, en su trabajo acerca de Iruña (57), y José María Costa, en su estudio citado arriba, dan noticia de ellas (58). En Iruña se alzó una importantísima ciudad erguida sobre una peña, rodeada por el Zadorra por tres de sus lados, comunicada con el país circundante por tres hermosos puentes, coronada de estatuas, cubierta de inscripciones y sembrada de monedas. Su importancia, su fortaleza y sus ruinas se avienen muy bien con la grandeza que cabe sospechar en una población que sirvió de asiento al tri-

---

(55) En el fuero de Nave de Albura (Muñoz, *Colección de fueros*, pág. 58), se denomina a Santa Gadea: Santa Gadea de Término, palabra que indica la existencia allí de un viejo mojón terminal de las viejas divisiones tribales o administrativas hispanas. Su situación viene a confirmar las fronteras que he atribuido a los autrigones en mi estudio *Divisiones tribales*, y tal vez obligue a fijar allí el límite de la Tarraconense en la división de Diocleciano. Hasta allí podía llegar, pues, la tierra autrigona, y hasta en aquel lugar podía alzarse Deóbriga, ciudad enclavada dentro de ella. Y en efecto, en un paraje elevado, a la vista y a Poniente de Santa Gadea, se han hallado monedas, mosaicos y restos de edificios romanos.

(56) Véase Saavedra, *Discursos...*, pág. 81.

(57) *Discurso acerca de las antigüedades de Iruña*. Vitoria, 1883.

(58) *Vías romanas de Alava* (Euskaleria Renalde, 1928, núms. 297-98, págs. 336-347).

buno de la cohorte primera de Galia, según la *Notitia Dignitatum* (59). En todo el Norte de España sólo cita ésta a Velegia y a Julióbriga, morada del tribuno de la cohorte celtíbera, destacando así la importancia militar de ambas ciudades. ¿Cabe imaginar que una población de significación tan maña pudiera alzarse en el paso del río Bayas, en el cerro insignificante de Mira Pérez, donde la sitúa Blázquez? A responder negativamente por nosotros vienen además dos inscripciones halladas en las cercanías de Iruña, una dedicada a Licinio Cántabro, caballero de un ala de la caballería, y otra consagrada a Marco Octavio, hijo de Sabino, de la tribu quirina, galo de nación, como era la cohorte que tenía su asiento en *Velegia* (60).

Cierto que Zuazo puede ser la heredera en el nombre de Suessatio; pero, aparte de que no es imposible que allí se alzara tal mansión, pudo conservar ella el recuerdo del nombre de la vieja ciudad y no haberse levantado ésta en su término. Estos fenómenos son relativamente frecuentes en España. Es el caso de Uxama, cuyas ruinas se alzan a unos kilómetros de la Osma de Duero de nuestros días, y el de Leiba, que perpetúa el nombre de Libia, no obstante hallarse los vestigios de ésta también a unos kilómetros, cerca de Herramelluri. La perduración del nombre de Suessatio en Zuazo no es, pues, obstáculo para que aquélla se hallase a un par de kilómetros de donde hoy se eleva Armentia. El hallazgo de lápidas romanas en ésta y la importancia histórica y monumental de tal población alavesa, me inclinan a creerlo así en unión de Prestamero (61).

Si por esta serie de consideraciones nos parecen seguras las reducciones de *Velegia* y *Suessatio* que proponemos —mientras nada abona y todo contradice las de Blázquez—, tales identificaciones explican también el trazado de la vía romana que señalan Prestamero y Costa entre el Ebro y Armentia. Decía que no se comprendía por qué la calzada describía un amplio arco para ir por Tuyo, Ollavarre, Iruña, Margarita y Lermenda a Zuazo, en lugar de marchar a Zuazo en derechura, como hubiese hecho normalmente si tras los montes hubiera sido Zuazo la primera mansión de la vía. Si ésta venía de Salinas, atravesaba el Zadorra por uno de los puentes de Iruña y buscaba esta ciudad como fin primordial de su trazado, tal rodeo dejaba de serlo para trocarse en la ruta obligada de la calzada al asomar a los llanos de Alava (62).

Después de todo lo expuesto el lector podrá formar juicio y sentenciar el pleito que mantengo con Blázquez. De una parte —la mía—, concordancia en la distancia total y en las parciales entre mi ruta y la vía 34 del Itinerario; asiento de las dos mansiones primeras donde los textos clásicos aconsejan y de las dos últimas sobre ruinas, en el caso de Velegia, de

(59) Dice así: «In provincia Tarraconense: Tribunus cohortis primæ Gallicæ, Veleia.» (Edición Seeck, Berlín, 1876, pág. 228.)

(60) Hübner, C. I. L. II, *Ins. Hisp. Lat.*, 2.296 y 2.298. Prestamero leyó *Gallicus*.

(61) *Camino romano*, págs. 358 y sigtes. y 383 y sigtes., y Costa, *Vías romanas de Alava Euskaleria Renalde*, 1928, pág. 349.

(62) Compruébense estas afirmaciones en el mapa adjunto.

importancia pareja a la que la *Notitia Dignitatum* la concede, y por último, trazado geográficamente perfecto, evitando cumbres y pasos de ríos y siguiendo la marcha natural en cada caso. Y de otra —la de Blázquez—, discordancia en las distancias parciales de mansión a mansión entre el terreno y el Itinerario; disconformidad también en la distancia total, so pena de suprimir Deóbriga, admitiendo un triple y extrañísimo yerro en el Itinerario y uno doble en Tolomeo; después situación de Velegia lejos, a más de 24 kilómetros de donde las inscripciones sitúan los soldados de la cohorte que residía en ella, y por último, trazado inexplicable de la vía al entrar en las llanuras de Vitoria. Y por si tal parangón no fuese bastante, aún podrá el lector tener en cuenta otras razones. Si entre dos puntos geográficos hallamos dos caminos, uno más largo que otro, ¿no nos sentiremos inclinados a pensar en que el más dilatado es el más antiguo? Se comprende que trazada la vía Briviesca-Pancorvo-Puentelarrá-Salinas-Iruña-Armentia, al correr de los siglos se pensase en acortar las distancias que separaban Astorga de Burdeos por el camino viejo, y que a este propósito se construyese una nueva calzada que ahorrara muchas millas. Es la eterna historia de las comunicaciones en todos los países y en todas las épocas. El sistema inverso constituiría una extraña excepción. Para llevar la vía por Puentelarrá, Salinas e Iruña, había asimismo una razón de importancia: la existencia de una laguna en los llanos de Miranda, ya que Estrabón, citando a Posidonio, habla de que el Ebro la atravesaba (63), y el fuero de Nave de Albura, a principios del siglo XI, aún se refiere a las naves que había en su puerto, expresión que parece pedir algo más agua que la del río Ebro por aquellos contornos (64). Para salvar esa laguna se llevaría la vía por la ruta indicada, y sólo cuando se produjo la desecación de tal laguna se pensaría en abrir el otro camino que Blázquez nos describe.

El carácter moderno de éste, en su zona Bayas-Iruña-Armentia, resulta además del hecho mismo de marchar hasta Iruña para curvarse luego y seguir por Margarita y Zuazo. Si ésta hubiese sido la vía construida para unir Astorga y Aquitania, estas y otras curvas se hubieran evitado. Si las dió esta nueva calzada fué quizá porque terminaba en Iruña, y porque su fin era enlazar otras dos diferentes. Porque me permito imaginar que un camino romano arrancaba de la vía Briviesca-Zaragoza, acaso en Libia, para cruzar la tierra de berones, la Rioja de hoy, atravesar los

(63) Dice así Estrabón: «Pero Posidonio cuenta una novedad propia y peculiar del río Ebro: que, incluso sin que hubieran caído grandes lluvias ni precedido deshielo ni nieves, en algunos lugares inunda los campos cuando por muchos días han soplado los vientos del Norte, y atribuye este fenómeno a la laguna por donde pasa, que por la acción de aquellos vientos derrama sus aguas y éstas van a aumentar las del río.»

(64) He aquí la frase del fuero (Muñoz: *Colección...*, pág. 58): «ex quo fuit ædificata Nave de Albura non habuit foro de homicidio, nec de fornito, nec de sayone de rege ibi entrare: sibe qui occisi fuisent in molino, aut in navibus; quia in ipso portu vel in ipsa villa nunquam fuit foro de pectare homicidio». ¿Los nombres de Ribabellosa y Ribaaguda no conservarán también el recuerdo de las *ripas* o riberas de esa laguna?

montes Obarenes por el paso de la Morcuera, torcer hacia su izquierda para aprovechar el trozo Pancorbo-Puentelarrá, y proseguir, cruzado el Ebro, por el valle del Omecillo y por Valdegovia hacia Vizcaya. Y fundo mi hipótesis en que el paso de la Morcuera fué repetidamente utilizado por los ejércitos árabes que venían de tierras de Aragón para entrar en Castilla, y para salir de ella por las tropas de Córdoba al regresar a sus cuarteles (65). No es aventurado suponer que si ellos eligieron esta ruta fué porque la seguía una calzada antigua y despejada, y a apoyar esta hipótesis vienen varios datos históricos y arqueológicos: primero el relato de Abenadari, de que el conde Rodrigo de Castilla, en 824, *cortó el camino* que iba por la hoz de la Morcuera (66), y después la noticia de Blázquez, que dice haber hallado recuerdos de calzada romana de Foncea a Bugedo (67), unidos precisamente por ese paso de la Morcuera, y restos de calzada romana también de Bugedo a Ameyugo (68), calzada que sólo podía servir de enlace entre ésta de Foncea y la de Pancorbo a Puentelarrá, puesto que marcha en dirección opuesta a la que va a Miranda.

Existentes estas dos vías Briviesca-Puentelarrá-Iruña y Leiba-Foncea-Puentelarrá-Osma de Valdegovia, y desecada o reducida la laguna, es explicable que se construyeran los otros trozos, el de Foncea-Briviesca y el de Bugedo-Bayas-Iruña, para con estas breves calzadas acortar la distancia total de Birovesca-Suessatio-Pampelone en muchas millas. Como me inclino a creer que después de abierta al tráfico esta tercera vía se labró el trozo Bayas-Puentelarrá por la orilla izquierda del Ebro. Este trozo no pudo ser, como algunos quieren, continuación de una vía que viniera por dicha margen del Ebro desde Rioja y cruzase los montes por las Conchas de Haro para proseguir por Salinillas de Buradón. Y me permito creerlo así porque conozco un poco esa tierra de San Vicente de la Sonsierra, La Bastida y Avalos y no tengo noticia de restos de calzada, y porque de haber habido paso por las Conchas de Haro o las inmediaciones en función de un camino que viniera Ebro arriba, por él y no por la Morcuera hubiesen cruzado y vuelto a cruzar los musulmanes en sus campañas de los siglos ix y x.

Me atrevo a sospechar que la sucesiva construcción de esas calzadas pudo relacionarse quizá con las sucesivas divisiones y subdivisiones administrativas de la España romana, que fueron desplazando de unas ciudades a otras los centros políticos de que dependían Caristia y Vardulia. El orden en la apertura de esa serie de vías, que atravesaban la tierra de

(65) Véase la nota 28.

(66) Véase la traducción de Fernández y González de la página 191 de Abenadari.

(67) Blázquez, en su *Lucha por la verdad*, página 12, habla de que, con permiso de un alcalde, un contratista de carreteras utilizó los materiales de la calzada empedrada que cruzaba de Foncea a Bugedo. Así se explica que yo no hallase ningún resto de vía romana por la hoz de la Morcuera cuando en agosto de 1928 y acompañado de los religiosos del convento vecino la recorrí para estudiar la batalla del jueves 9 de agosto de 865.

(68) *Lucha por la verdad*, pág. 24.

Miranda, punto de enlace de los valles del Ebro y del Duero con la tierras de caristios, várdulos, vascones y autrigones, pudo ser consecuencia de los cambios de jurisdicción que experimentó esa zona al correr de los tiempos. Las primeras vías construídas, únicas que cita el Itinerario, serían sin duda las de mayor importancia política, por enlazar numerosas regiones hasta entonces faltas de comunicación, y las de trascendencia incluso interprovincial, por servir a la comunicación de España con las tierras vecinas de más allá de los montes Pirineos. A tales fines respondieron, en efecto, la de Tarragona a Astorga y la de Astorga a Burdeos; aquélla ponía en contacto una larga serie de comarcas del Norte de Iberia con la capital de la provincia y con Italia, y ésta unía por primera vez, mediante un camino militar y de tráfico, Hispania y Aquitania, y a la par enlazaba de paso con *Gallaecia* y *Asturia* las tierras de vacceos, turmogos, autrigones, caristios, várdulos y vascones. Después, al organizarse los conventos jurídicos e incorporarse Autrigonia, Caristia y Vardulia al de Clunia y abrirse la calzada que unía esta ciudad con la vía 34, se labraría el trozo Puente-larrá-Osma de Valdegovia-Vizcaya y otro de Salvatierra-San Adrián-Besaín (69), de que también tengo noticia gráfica, para comunicar con la capital del convento jurídico las costas de Caristia y de Vardulia. Por último, cuando desde Diocleciano estas últimas rompieron su dependencia de Clunia, que pasó a formar parte de la nueva provincia, cuya capital fué Cartagena, y quedaron ellas incluídas en la Tarraconense, se construiría el ramal Libia-Foncea-Bugedo, con dos fines: para enlazar directamente y sin rodeos las costas de Autrigonia y de Caristia con Tarragona mediante la explanación del trozo Bugedo-Ameyugo, que se unía con la vía Pancorbo-Puentelarrá-Osma de Valdegovia, y para llegar más rápidamente a los llanos de Alava desde la capital de la provincia, labrando también la calzada de Blázquez, Bugedo-Miranda-Iruña. ¿Puede mi gran amigo explicar a la inversa la apertura de todas estas vías?

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

*Academia de la Historia.*

---

(69) Debo las fotografías de esta calzada, de que habla ya Balparda, a mi discípula Asunción del Val. He de agradecerla también otras del puente romano de Lodosa y noticias sobre la vía en dirección a Los Arcos, de que he hablado en la nota 15.

## UN PERSONAJE PREFREUDIANO DE LOPE DE VEGA

Uno de los aspectos más atrayentes de nuestro teatro nacional es el de ofrecer siempre las más insospechadas sorpresas. Cuando se trata del caso de un mundo dramático tan extenso como el del genio de Lope, crece el número de posibilidades. Muchas de éstas se deben a la luz que se produce al aplicar la cultura moderna en todas sus adquisiciones a estas formas de arte del siglo XVII. Ocurre, por ejemplo, en nuestra relectura de *La fianza satisfecha*. La primera impresión que teníamos de esta comedia distaba mucho de ser satisfactoria. Lo monstruoso del asunto —considerado desde un punto de vista de biología normal— parecía sólo explicable mediante una concesión del improvisador Lope a una desbordada e irresponsable fantasía (1). Más tarde, algo que puede a primera vista parecer completamente extraño a la comprensión de un autor del siglo de oro, la lectura de las obras de Freud y el interés por todos los estudios sobre psicoanálisis, nos han revelado el enorme acierto de adivinación de esta comedia del fénix de los ingenios (2).

Desde luego, para comprender el carácter de Leonido, protagonista de *La fianza satisfecha*—desde el fondo del psicoanálisis—, hay que partir de un principio que explique la anormalidad, porque Leonido es esto: un anormal, un neurótico. Según lo cual, las mayores enormidades ante la ética corriente, el incesto, el parricidio, el sadismo en todas sus formas,

---

(1) En nuestra edición de *El esclavo del demonio*, de Mira de Amescua (*Clásicos Castellanos*, de *La Lectura*, tomo LXX), al aludir incidentalmente a *La fianza satisfecha* veíamos de esta manera—que hoy nos parece completamente injusta—a su protagonista: «Leonido es un esperpento, una exageración absurda del tipo de la maldad, parricida, incestuoso y anticristiano, que luego, al arrepentirse, muere en la cruz y repitiendo —¡vaya un parangón edificante!— las palabras del Redentor.» Teníamos en cuenta que el mismo Menéndez Pelayo, a pesar de alabar aspectos de la obra y la extraña energía del personaje principal, reconocía que la obra «toca muchas veces en la caricatura, porque sabido es que los lindes de lo terrorífico suelen confinar con los de lo grotesco, y tal es el mayor peligro de este género de representaciones» (*Obras de Lope*, edición de la Real Academia, tomo V, pág. 45).

(2) Schack, en su *Historia de la literatura y el arte dramático de España* (traducción en español, tomo III, pág. 170), elogia mucho a esta obra, pero como a efecto de fantasía desbordada, con aciertos y caídas; pero todo extraordinario, que deja impresión de «alegría dolorosa» —en lo referente a la conversión y martirio—. Klein, en cambio, censura duramente la obra, pero desde un punto de vista confesional y ético. Cañete (discurso «Sobre el drama religioso español antes y después de Lope de Vega», en la Real Academia Española) hace grandes elogios del drama, que compara con el teatro de Shakespeare. Menéndez Pelayo adopta una posición media en la valoración de la comedia, pues al lado de alabanzas, conceptúa sus «atrocidades enfáticas» (*Obras de Lope*, citadas, XLV).

acumulados en la comedia, no serán una exageración retórica, sino lo que permite el exacto diagnóstico de una clase de enfermos. El odio hacia su propio linaje, el deseo de afrentar su sangre, serán en Leonido una consecuencia de su constitución patológica. Y nos convenceremos de que Lope ha creado un tipo de una espantosa verdad. Examinemos las características de este personaje.

*El complejo de Edipo.*—Sabido es que Freud ha dado esta denominación, basada en la inmortal tragedia de Sófocles, a la forma de atracción sexual hacia la madre y odio al padre. No es éste lugar de referirnos a la interpretación del sexualismo infantil y al sentido que tiene aquel complejo en esta edad. Sólo señalaremos la importancia de la fijación, y no superación, del complejo de Edipo en los casos de neurosis. Pues bien, en *La fianza satisfecha* se define de un modo brutal —permítase la expresión— esta dualidad de incesto y parricidio en Leonido. Cuando Leonido describe su vida al rey moro Berlerbeyo indica cómo su nacimiento ocurrió entre señales de asombro de la naturaleza. Y Lope adivina la importancia de la etapa de la lactancia en la formación del complejo de Edipo, y el deleite infantil derivando conforme a las tendencias sádicas del individuo:

«Fuéme criando mi madre,  
y decía que los pechos  
mil veces la ensangrentaba  
en señal de aborrecerlos,  
y que mostraba más gusto,  
como voraz sanguijuelo,  
de beber aquella sangre  
más que por el alimento» (1).

---

(1) En nuestro teatro abundan los detalles referentes al período de la lactancia en relación con la condición futura de los personajes—de lo que podía ser el prototipo, la leyenda de la formación de la vía láctea por Hércules—. Así dice Eusebio en *La devoción de la cruz*, de Calderón:

«Tierno infante era en los brazos  
del ama, cuando mi fiera  
condición, bárbara en todo,  
dió de sus rigores muestra;  
pues con solas las encias,  
no sin diabólica fuerza,  
partí el pecho de quien tuve  
el dulce alimento, y ella,  
del dolor desesperada...»,<sup>1</sup>

siendo éste un rasgo que puede derivar de la comedia de Lope. Compárese igualmente: «Y como a mí me crió | con palmas y verdes ovas | y leche de mansas lobas, | soy melancólico yo» (Mira de Amescua, *La rueda de la fortuna*, Rivad., tomo XLV, pág. 14); o «leche de lobas, infante, | me alimentó allí en mi tierna | edad...» (Calderón, *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, jornada primera, escena primera). En cuanto a los presagios fatales que acompañan al nacimiento, se trata de un lugar común aún mucho más generalizado. Citemos, como el ejemplo más conocido, el referente a Segismundo en *La vida es sueño*.

Aparece bien claro el tema del incesto:

«Quise afrentar a mi madre  
con lascivos pensamientos,  
y porque se resistió  
mil heridas dí en su pecho.»

Esta crueldad es, pues, una consecuencia de este amor incestuoso. Igualmente, al final de la obra, confiesa que ha dado muerte a su propia madre en la circunstancia de un parto: «Al campo, estando preñada, | la saqué.» De manera que los celos del hijo en ese trance pueden interpretarse como la causa de ese asesinato que pudiera parecer absurdo. Al ver que ha dado a luz dos hijas, dice Leonido: «Tal mi enojo fué | que con la daga saqué | luego del mundo a mi madre.» Nótese además que éste es el único asesinato consumado por Leonido, pues su furor sádico le llevaba a complacerse en los dolores y afrentas continuadas de sus víctimas, que hubieran cesado con la muerte:

«Jamás dí la muerte a nadie,  
pero a infinitos afrento,  
que gusto verlos sin honra  
por ver que lo sienten ellos.»

Con el parricidio sublima criminalmente la pasión del incesto.

Igualmente aparece constantemente el odio mortal al padre —Gerardo—. Se niega a llamarle «padre», en una violenta ocasión, dándole el nombre despectivo de «viejo» (1). En la misma escena «Da un bofetón a su padre», ufanándose de tal indignidad. En el acto segundo, habiéndose hecho musulmán Leonido y estando en Africa, aparecen el padre y la hermana, de cautivos. Cuando los ve en su presencia, habla así Leonido a su progenitor:

«¿Vos a mis pies, viejo ingrato?  
A cólera me provoca;  
no merece vuestra boca  
ni llegar a mi zapato.

Levantad, que habéis mostrado,  
viejo, ser muy atrevido,  
pues valor habéis tenido  
de llegar do habéis llegado.

Ya que a mis pies os pusisteis,  
debajo dellos es justo  
que os veáis hoy por mi gusto,  
pues tan atrevido fuisteis.

---

(1) Gerardo comenta esto así: «¡Nombre de viejo me ofreces | cuando el de padre oscureces. | y es la causa que tu loca | vida es tal, que aun en tu boca | a tu padre no mereces.» Leonido, en el acto segundo, se indigna al ver que Gerardo le llama hijo: «Haré echarle una mordaza | si hijo me nombra su boca.»

Hoy vuestra arrogancia loca,  
viejo vil, castigaré,  
poniendo mi altivo pie  
sobre vuestra infame boca.»  
(*Pónele el pie en la boca. Dale con  
el pie.*)

Al llegar a este momento debemos referirnos a otro punto que hemos de desenvolver inmediatamente: el del incesto fraternal. A continuación de la escena copiada, Leonido desea gozar a su hermana delante de su propio padre, y como dijera ella: «Mira que te mira Dios, | y que tu padre te mira», contesta Leonido: «Podrá, Marcela, mi ira, | satisfacer a los dos: | a Dios, porque le ofendí, | me lo pida junto todo, | y a mi padre de este modo.» (*Saca la daga. Dale con la daga en los ojos, y llevará Gerardo un lienzo con sangre.*)

Este cúmulo de monstruosidades tiene una lógica dentro de su patología. Los celos del incestuoso Leonido llevan a este constante deseo de humillar y hacer sufrir a su padre. En cuanto a la crueldad final, recordaremos que Freud interpreta la ejecución de la ceguera como un símbolo de la castración. Así, Edipo se saca los ojos en castigo de su propio incesto. El acto feroz de Leonido con su padre es así explicable. Notemos que se trata de un momento de intento incestuoso con la hermana, que hacía vivir en el personaje el anterior amor a la madre.

*El amor a la hermana.*—El incesto entre hermanos es casi la base de toda la intriga—de la doble intriga—del drama. Ya hemos aludido al parto doble de la madre de Leonido. De las dos niñas nacidas, una se creía perdida. La otra, Marcela, se nos aparece desde el comienzo del drama como objeto de los salvajes deseos de su hermano Leonido. La obra se abre con este diálogo entre el protagonista y su criado Tizón:

«TIZÓN. Yo no sigo tu viaje.  
LEONIDO. La puerta me has de guardar,  
y la tengo de gozar  
por afrentar mi linaje.  
TIZÓN. ¡Considera que es tu hermana!  
LEONIDO. Acaba, llama, Tizón,  
porque esa misma razón  
hace su infamia más llana.  
Eso me da mayor brío  
para poderla gozar.  
¿No gozó Amón a Tamar  
siendo hermanos?» (1).

---

(1) Además de muchas alusiones rápidas al episodio bíblico del incesto de Amón con Tamar, se basan en él, como es sabido, las comedias *La venganza de Tamar*, de Tirso, y *Los cabellos de Absalón*, de Calderón. Sobre el sentido en que puede explicarse el plagio de este segundo autor puede verse un artículo mío, que aparecerá en breve, sobre *Los dramas juveniles de Calderón*.

En el intento de violencia a Marcela, ante la resistencia de ésta, Leonido la hiere el rostro con su espada, y en su complacencia sádica por el derramamiento de sangre, se contenta con esta crueldad (con haberle hecho «dos caras») y no la deshonra. A continuación da el bofetón a su padre y apalea a su cuñado (Dionisio). Cuando más adelante Leonido va a ser cautivado por los moros, vence valerosamente a todos, y como el rey árabe se le somete, intenta y realiza otra manera de afrentar a su sangre, y se torna moro, renegando de su fe y de su patria. Ya en Africa es cuando le ofrecen como cautivos a las personas de su propia familia, y tiene lugar la horrorosa escena citada en el apartado anterior, en que a su hermana Marcela hace elegir entre su deshonra y la muerte de su padre, en que deja ciego a éste.

Pero no es este motivo el único del incesto entre hermanos de la comedia. Lidora, la prometida del rey moro, se siente atraída apasionadamente por el valor y el garbo de Leonido. El acto segundo se abre con una escena en que Lidora manifiesta su amor a Leonido, y éste la rechaza. Ahora bien, Lidora es la otra hermana del protagonista que se consideraba perdida. Una oculta fatalidad atrae y aparta a su vez a los dos. Lidora, refiriéndose a Leonido, dice:

«Y es tan grande la afición  
que le tengo, que le diera,  
sólo porque me quisiera,  
la sangre del corazón.»

Pero antes Leonido ha advertido a su enamorada:

«Yo confieso que eres bella;  
de serlo puedes preciarte,  
pero yo, Lidora, amarte,  
no lo permite mi estrella.

.....  
Y aunque sé que no merezco  
los favores que me has hecho,  
*no sé qué miro en tu pecho*  
que de verdad te aborrezco» (1).

Por lo tanto, en Leonido la atracción por la hermana—Marcela—es más bien una delectación en asaltar lo vedado, un recrearse en la idea misma del crimen, que verdadero anhelo sexual, ciego, irreflexivo. Por esto es

---

(1) Nótese que Calderón, en *La devoción de la cruz*, tuvo en cuenta estas vacilaciones de atracción y repulsión del incesto fraternal en la pasión de Eusebio y Julia, que son hermanos. Él ve también *en el pecho de ella* algo que impide amarla; el signo de la cruz, en la escena del convento.

más el deseo de afrentar a su padre o de herir a la hermana que el de la consumación del incesto, no realizado. En cambio, a la otra hermana—Lidora— la rechaza notando que una «estrella» e impide este amor, señal de que no habiendo otros motivos no siente deseo sexual por la hermana. Esta, a primera vista, contradicción de la conducta de Leonido, creo que es perfectamente explicable, teniendo en cuenta que se trata de un caso de neurosis formado a base del complejo de Edipo. Ve en la hermana como un espejo de la madre, y siempre esas afrentas a su sangre recaen sobre el padre, al que golpea o hiere. Pero por otra parte Lidora, espontáneamente, al sentirse atraída por Leonido, obedece a una ley de incesto.

Otto Rank, en su extensa obra *Das Inzest-motiv in Dichtung und Sage* (1), estudia brevemente el caso Lope, a base de su obra, en el apartado que acogiendo como a símbolo (compárese con el nombre del «complejo de Edipo») a un tema bíblico, rotula: *El incesto de Amnón con Tamar*. En esa parte se alude a nuestra comedia, de la que se expone el argumento con arreglo a las indicaciones de Schaefer (*Geschichte d. Span. Nat-dramas*), con lo cual no saca el partido posible del conflicto dramático. Por la parte en que insistimos—el tema del amor a la hermana—Rank relaciona un grupo de obras: *La fianza*, *El vaquero de Moraña*, *Las almenas de Toro*, *La carbonera*, en que se insinúa el tema del incesto entre hermanos; otras, como *La niña de plata* y *El triunfo de la humildad y soberbia abatida*, de rivalidad y odios entre hermanos, y otra, como *El honrado hermano*, sobre el odio al amante de la hermana, con la vida misma de Lope, en la que se da la coincidencia de nombres entre su hermana Isabel y su primera esposa—Isabel de Urbina—, y la circunstancia de haber muerto un hermano en sus brazos.

Teniendo en cuenta la vida disoluta de Lope y su arrepentimiento tardío y mortificaciones, cree hallar en Leonido un posible retrato del autor—recuerda cómo Lope se azotaba los viernes en conmemoración de la Pasión de Cristo, hasta salpicar de sangre las paredes de su cuarto—en algunos rasgos esenciales. Es un problema muy difícil el de la identificación del autor con la obra, aunque ésta sirve para aclarar muchos puntos de los más olvidados repliegues psicológicos de aquél. Sólo un estudio científico completo de la vida de Lope en relación con todas las confidencias de sus cartas y con las posibles huellas autobiográficas de sus obras líricas, sobre todo, y de las demás, podría acercarnos a la solución del enigma. Consignando el mérito de la rápida indicación de Rank, que contrasta con el absoluto olvido de nuestros eruditos, médicos y psicoanalistas respecto a esta obra extraordinaria con relación a su «prefreudismo», no podemos tratar ahora el árduo problema del posible autobiografismo. Digamos sólo cómo se recrea a veces Lope en ese lindero esfumante entre el cariño fraternal y la pasión del enamorado, en detalles de alguna de las

(1) Segunda edición. Leipzig und Wien, 1926.

obras indicadas, *Las almenas de Toro* (1). El rey don Sancho ve a su hermana doña Elvira en lo alto de la muralla. La escena interpreta un bello romance, que se halla por ejemplo, en la *Rosa española*, de Timoneda, y que por encerrar ya el tema amoroso de los hermanos quita a Lope cierta responsabilidad de asunto, hecho no advertido por Rank:

- «SANCHO. Por las almenas de Toro  
se pasea una doncella,  
pero dijera mejor  
que el mismo sol se pasea.  
¡Lindo talle, airoso cuerpo!
- ANZURES. Ya se para a verte en ellas,  
en una almena la mano.
- SANCHO. Pondré el alma por almena.  
Desde el día que nací  
no he visto cosa más bella.
- ANZURES. Blanca es y colorada,  
que es de los amores reina.
- SANCHO. Si es hija de duque o conde  
yo me casaré con ella.  
Mas si por dicha, si ya,  
que esto puede ser que sea,  
es hija de labrador,  
tendréla por mi manceba.  
Si de ella tuviere hijos,  
haré que el mayor posea,  
como juro de heredad,  
a Carrión y Palencia.
- EL CID. Dejad, oh buen rey don Sancho,  
de hablar palabras como esas,  
que es vuestra hermana, señor,  
la que veis en las almenas.
- SANCHO. Pues si ella, Cid, es mi hermana,  
¡mal fuego se enciende en ella!  
Case mal con hombre indigno  
cuyo nacimiento venga  
desde el primero villano  
que puso arado en la tierra.  
¡Hola, ballesteros, hola!  
Apercibid las ballestas,  
poned al coral la mira,  
nadie goce su belleza.  
¡Tiradle mis monteros!»

Todo este pasaje es una fina oscilación entre el tema del incesto y el odio (mezclado con celos, de índole sensual) al motivo del amor

---

(1) Sigo la edición de la Real Academia Española.

perverso. Otros momentos de la misma comedia insisten sobre estos aspectos (1).

*Sadismo y masoquismo, crueldad y arrepentimiento de Leonido.*—Los motivos sádicos del neurótico Leonido de *La fianza* están ya indicados: la sangre, en la lactancia; la muerte dada a la madre; las heridas al cuñado y al padre. Lo que aquí nos importa es subrayar este placer del personaje en el dolor ajeno, para poder explicarnos el misterio de su conversión y de su martirio. En el acto tercero, cuando Leonido, en abierta pugna con el rey moro, abandonado de todos, huye, se encuentra a la orilla del mar con un «pastor, descalzo, ensangrentados los pies, con un zurrón», que va bus-

(1) «ANZURES. ¿Has visto a Elvira?

SANCHO. Jamás.

Digo jamás porque Elvira  
desde niña se ha criado  
donde seguía el estado  
que agora tanto le admira.  
Años ha que no la ví,  
pues cuando la ví en el muro  
no la conocí, y seguro  
suyo por entonces fui.  
Envidia tengo a dos cosas,  
Conde.

ANZURES. ¿Puédense contar?

SANCHO. Al hombre que ha de gozar  
partes tan bellas y hermosas  
como se ven en Elvira...»

Cuando Elvira insiste en que defenderá su ciudad, don Sancho exclama:

«Mira, hermana, que eres monstruo,  
porque con tanta hermosura  
tienes pensamientós locos.»

Nótese también la escena del rey don Sancho con Bellido Dolfes:

«BELLIDO. Envíala un recado  
de que te quieres casar  
con ella.

SANCHO. Debes de estar  
loco.

BELLIDO. ¿No se habrá casado  
con su hermana rey alguno?  
Demás que esto no ha de ser  
para hacerla tu mujer  
ni ser al papa importuno,  
sino para que entretanto  
que se trata, abra las puertas  
de Toro.

SANCHO. Tú desconciertas  
y de tu ingenio me espanto;  
que Elvira no ha de quererme  
para su marido a mí.

BELLIDO. Ya se canta por ahí  
y hasta en la cama se duerme  
el niño con las canciones  
que se han hecho a las almenas  
de Toro, y aún están llenas

cando a una oveja perdida (1). Después de una escena violenta, en que a las palabras mansas y llenas de misericordia del pastor, responde Leonido con sus mayores desprecios y arrogancias, comienza el momento de un simbolismo altamente interesante. Leonido quiere maniatar al pastor; pero éste «éntrase», dejando el zurrón en manos del pecador. Leonido encuentra dentro una corona, una túnica, unos azotes, una soga y una cruz (2). Cuando Leonido prorrumpe en amenazas, ve ante sí a la figura de Cristo crucificado, ante la que cae de rodillas. En las palabras de Cristo puede verse en qué forma se une la imagen de los pecados del protagonista a la de su sublimación en la figura y los padecimientos del Redentor:

«Mira estas manos, Leonido,  
con dos clavos taladradas,  
y mira luego las tuyas  
de tu buen padre en la cara.  
Mira mi pecho también  
pasado con una lanza,  
y mira el tuyo ocupado  
en deshonorar una hermana.»

Desde este momento el deseo desenfrenado de pecados se trueca en Leonido en sed de penitencias y martirios; quiere que las espinas de Cristo traspasen sus sienes y que la cruz esté continuamente unida a su pecho, y se entrega a los ministros del rey moro para que le lleven a los tormentos, clamando:

«Con vuestra cruz, mi Cristo, voy cargado;  
a imitar vuestros pasos hoy me animo.»

Visto el tema desde el punto de vista médico, la patología del tipo de Leonido sigue una trayectoria perfectamente lógica; el hastío de los place-

de tu historia mil naciones,  
y pues todos han sabido  
que te enamoraste della,  
no será imposible en ella  
que quieras ser su marido.»

Del mismo modo se comenta en una escena de soldados con guitarras junto al muro de Toro:

«FLORES. ¿No es mal hecho que persiga  
este rey don Sancho a un ángel?  
LAÍN. Dicen que es celosa envidia  
de que otro en el mundo goce  
mujer tan discreta y linda.»

(1) Compárese esta escena del pastor con las semejantes de *La buena guarda*, de Lope, y de *El condenado por desconfiado*, de Tirso.

(2) Un freudiano decidido encontraría símbolos eróticos en estos objetos, pero no hace falta llegar a exageraciones para diagnosticar el caso *Leonido*.

res violentos, las feroces realizaciones de sadismo, llevan al final de su vida al placer de atormentarse a sí mismo. La alegría con que se entrega a los verdugos, unida a una subconsciente delectación en sus crueldades pasadas en la escena en que refiere al padre su parricidio (1), es característica de este caso patológico. En la última escena de la comedia «descúbrese una aparición, donde está Leonido crucificado, ensangrentado y con corona de espinas». En este momento los padecimientos del Redentor parecen caer sobre la cabeza del pecador monstruoso; la escena nos ofrece no un martirio cualquiera, sino una representación de la crucifixión de Cristo—Leonido muere en cruz, coronado de espinas—, y en cierta manera el pecador parece haberse convertido en víctima propiciatoria. Parece como si Lope, que lo adivinaba todo, se hubiese anticipado a la concepción wagneriana de *Parsifal*, en que el héroe del Graal se transforma en un nuevo Cristo idea que más que cristiana es la del budismo, admitiendo nuevos y posibles bodisatvas, que por la penitencia y la renuncia llegan a ser verdaderos Budas. Leonido, en el suplicio, se complace en sus torturas, creyendo con ellas lograr la gloria de los cielos:

«Yo te agradezco y estimo,  
famoso rey Belerbeyo,  
que me pagues como rey...»

Lidora, que ha descubierto su verdadero origen, revela a la víctima que es su hermana, y entonces exclama Leonido (sin olvidar subconscientemente, su actitud amorosa):

«Ahora muero contento,  
pues tal ventura he tenido.»

Y después de dar gracias al verdugo, y de saludar a todos (2), Leonido, identificándose con Cristo, muere clamando (comp. Evangelio de San Lucas):

«Señor, en tus manos  
mi espíritu os encomiendo.»

Si se considerase esta comedia desde el punto de vista teológico, veríamos que rayaba en extraña irreverencia. Aunque podría servir para mostrar la inmensidad de la misericordia divina, siempre dispuesta a perdonar al pecador; y por tratarse de un arrepentimiento, en el que las penitencias y buenas obras preparan el santo fin del personaje, siempre sería de mal efecto para el auditorio de la comedia el contraste violento entre las accio-

(1) Edición de la Real Academia Española, cap. V, pág. 391.

(2) Obsérvese que el padre de Leonido recobra la vista milagrosamente en esta escena.

nes más reprobables de Leonido, descritas tan al desnudo, y su muerte edificante, coincidente en la forma con la de Jesús. La obra debió producir extrañeza, pues no se recogió, que se sepa, en ninguna edición del siglo xvii, y sólo ha llegado su texto a nosotros en una mala edición suelta del siglo xviii. Pero todo lo que puede parecer extraño en una «obra piadosa», se convierte en interesantísima materia de laboratorio estudiando el personaje como caso clínico.

La sublimación de los temas eróticos en el dolor se da en la misma vida y en gran cantidad de obras de Lope; su deseo de identificarse con Cristo, de ser clavado en la cruz con él para que se borren sus culpas, aparece igualmente en las poesías del Fénix (1); en esta parte de la conversión es donde puede rastrearse más la emoción de lo vivido de lo casi autobiográfico.

Lope de Vega ha realizado, pues, en *La fianza satisfecha* una prodigiosa adivinación, y es de esperar que la ciencia española no olvide este caso prodigioso y terriblemente verdadero, que pudiera clasificarse como arquetipo de un posible «complejo de Leonido».

ANGEL VALBUENA PRAT.

---

(1) Por ejemplo:

«Clavadme Vos a Vos en vuestro leño  
y tendréisme seguro con tres clavos.»

(Soneto de *La buena guarda* y *Rimas sacras*).

«Poned, alma, el corazón,  
si llegar a Cristo os dejan,  
entre la cruz y la mano  
porque os la claven con ella.»

(Romance de los *Soliloquios*; el error sintáctico de «la claven» por «lo claven», se debe sin duda a que la intuición de Lope le llevaba a la idea de poner la mano en vez del simbólico corazón).

# LA CASA DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO

La fantasía popular, rica y fecunda forjando leyendas nacidas de un suceso baladí o del comento de un dicho cualquiera, llega a veces a tomar casi estado oficial cuando un escritor deseoso de singularizarse las fija por la imprenta. Es el águila, que volando perdida entre nubes desciende para posarse sobre el remate de una torre, donde su silueta ya no es borrosa, pues se destaca precisa sobre el fondo del cielo.

En varias ocasiones se nos ha referido que las ventanas pequeñas de la Academia de San Fernando inmediatas al Ministerio de Hacienda, con una puerta a la calle perpendicularmente debajo de ellas, hace ya años cerrada, correspondían a la casa de un zapatero, que al construirse la Academia no quiso venderla. A eso añadían que en no sé qué época acostumbraba a asomarse a esas ventanas la nodriza de un monarca, amiga del modesto propietario, cuando en días señalados desfilaban por la calle de Alcalá tropas, procesiones o comitivas de diversa índole.

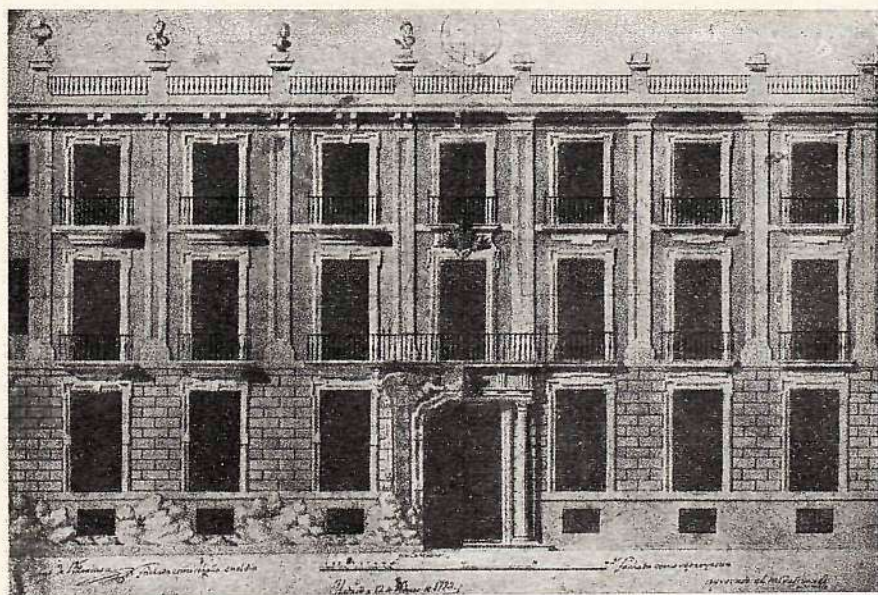
La rareza de esa fachada asimétrica en sitio tan principal de la corte llegó a interesar mi curiosidad hasta el punto de pedir en el Archivo de la docta Corporación el expediente de compra del inmueble, pues sabía no había sido hecho de nueva planta para tal fin, el que os referiré ligeramente, omitiendo el enfadoso fárrago de detalles con que se eternizan esas escrituras notariales, haciéndonos saber, desde el siglo xvi, una por una cuantas personas fueron propietarias de las fincas adquiridas para la construcción del mismo, las que las tuvieron a censo o las redimieron, llegando a causar tanta confusión que son precisas varias lecturas para sacar algo en claro.

Siendo ministro el marqués de Grimaldi dispuso Carlos III en Aranjuez, el 9 de mayo de 1773, se adquiriese, para instalar la Academia de San Fernando y el Gabinete de Historia Natural, la casa donde estuvieron las oficinas de las Rentas reales, perteneciente al mayorazgo fundado por D. Juan de Goyeneche, entonces propiedad de su nieto D. Juan Javier, marqués de Velzunze, conde de Saceda, desde 1762.

Fueron autorizados para representar a la Academia en esta compra los diputados comisarios D. Andrés Gómez de la Vega, el conde de Pernia y el consiliario y secretario de la misma D. Ignacio de Hermosilla, los que la realizaron a censo por el capital de 2.300.000 reales, con réditos de dos y medio por ciento, ofreciendo por hipotecas, mientras la Academia encontraba fondos para redimir el capital, la misma casa, las rentas de la Cor-

poración, importantes 12.500 pesos, el producto de la *Gaceta y Mercurio* y la renta de Correos. Los réditos anuales del censo ascendían, por consiguiente, a 57.500 reales.

D. Juan de Goyeneche había sido un acaudalado industrial navarro, que en 1720 obtuvo privilegios que le eximían del pago de derechos de ciertas primeras materias para la fabricación de cristales y espejos, fundando en las cercanías del pueblo de Pezuela de las Torres, no lejos de



Proyecto de reforma de la fachada de la casa de Goyeneche, obra de Churriguera (a la izquierda), y su modificación por Villanueva (a la derecha) para Academia de San Fernando.

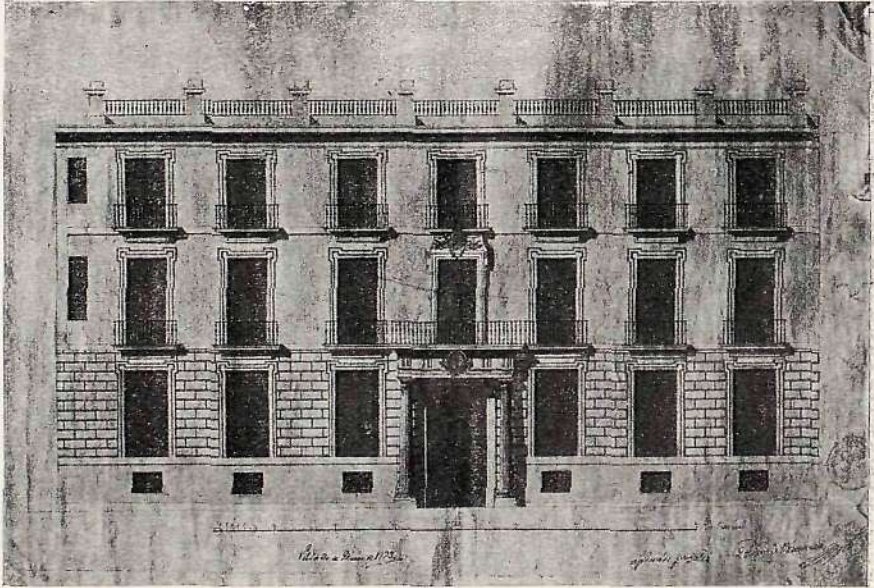
Alcalá de Henares, un centro productor de ellos y de vidrios finos, al que denominó Nuevo Baztán en recuerdo de su país, y allí reunió familias nacionales y extranjeras con personal práctico, por proceder de otras empresas de igual índole fracasadas, bajo la dirección de D. Tomás del Burgo y D. Juan Bautista Pomeraye (1). En ese Nuevo Baztán, a más de la fábrica y dependencias, hízose construir Goyeneche por D. José Churriguera un hermoso palacio para su residencia, que aún hoy se conserva en toda su integridad.

Poco antes, y por el mismo arquitecto, había levantado en Madrid la magnífica casa de la calle de Alcalá, donde vivió, la que durante algún

(1) Véase el artículo «La fabricación de vidrios en el Nuevo Baztán», por D. Pedro M. de Artiñano, publicado en la *Revista de Arte Español*, primer trimestre de 1929.

tiempo, en competencia comercial, sirvió de depósito de sus vidrios. Las fincas adquiridas en distintas fechas para edificarla fueron seis, tres en la calle de Alcalá y tres en la Angosta de San Bernardo, hoy día de la Aduana.

Primera casa de la calle de Alcalá. En 1692 era conocida por el nombre del Mesón de la Miel. Se vendió en 1724. Lindaba por mano derecha con casas del convento de Nuestra Señora de la Victoria, de la Orden de



Fachada de la Academia de San Fernando después de la reforma de Villanueva.

Mínimos de San Francisco de Paula, y *por otra parte* con casas y sitios que en lo antiguo habían sido caballerizas del infante cardenal y de los hijos y herederos de D. Francisco Fernández Jibaja.

Segunda casa de la calle de Alcalá, con salida a la Angosta de San Bernardo. Estaba edificada en las comúnmente llamadas caballerizas del infante cardenal Alberto, electo arzobispo de Toledo. Fué vendida en 21 de enero de 1713.

Tercera casa de la calle de Alcalá, lindante en época anterior con la casa-mesón denominado de la Luna, con la de los herederos de doña Isabel de Jibaja, y por las espaldas, con las tres de la calle Angosta de San Bernardo.

Y por último, las tres casas acabadas de mencionar, que se hallaban incorporadas en las principales, donde estuvo el Real Estanco del Tabaco y otras oficinas.

Según se dice taxativamente en la escritura, D. Juan de Goyeneche hizo demoler estas seis casas y en sus *sitios y suelos, desde sus cimientos*, fabricó la casa de la calle de Alcalá, concediéndole Felipe V exención de aposento, sin más carga que la de cien ducados cada año. Necesitando agua de pie solicitó un cuartillo del viaje alto del Abroñigal, a lo que accedió la Junta de fuentes en 18 de septiembre de 1731.

D. Juan de Goyeneche tuvo tres hijos, e instituyó un mayorazgo para cada uno. Al primogénito, D. Francisco Javier, caballero de Santiago y marqués de Velzunze, se le adjudicó la casa de la calle de Alcalá, tasada en 4.000.530 reales vellón el año 1740 por el arquitecto Pedro de Torres. Los otros dos hijos fueron D. Francisco Miguel y doña Juana María, casada con D. Joaquín de Sobremonte, conde de Villafranca.

Esa valoración de más de cuatro millones en 1740 contrasta enormemente con la de 2.300.000 en que se vendió la finca a la Academia en 1773, cuando en vez de perder era lógico ganasen los terrenos, por resultar cada vez de mayor proximidad al centro, ya entonces bien marcado, de la Puerta del Sol. Indudablemente fué un acierto la adquisición verificada por orden de Carlos III.

Existe un dibujo en la Academia de San Fernando, aquí reproducido, aunque lo ha sido ya en otra ocasión por lo menos, representando la fachada del edificio, en la que la mitad izquierda se encuentra como la trazara D. José Churriguera y la mitad derecha con la reforma proyectada por Diego de Villanueva y aprobada por el marqués de Grimaldi, como puede observarse, pues con las ideas neoclasicistas, entonces dominantes, no podía tolerarse en la futura casa solariega de las Bellas Artes nada barroco, ni aun siendo en grado tan discreto y elegante como aquél, sin las extravagancias de otros arquitectos, entre ellos de D. Pedro Ribera, con que desprestigiaron el estilo. En ese año de 1773 el hermano mayor y compañero de profesión del reputado D. Juan de Villanueva, D. Diego, que de 1752 a 72 desempeñó el cargo de director de Arquitectura de la Real Academia, pasó a serlo de Perspectiva, lo cual no fué obstáculo para encargarse de redimir la fachada del pecado de su nacimiento, no siendo probable la viera purificada totalmente, por cuanto falleció tan acreditado profesor en 1774.

En ese proyecto de restauración se ven las ventanas origen de la leyenda en igual forma que existen en la actualidad.

En apoyo de la misma leyenda se ha hecho notar también se encuentra aún una escalera estrecha de piedra en forma de caracol que da acceso a las dos habitaciones en cada piso constitutivas de la casa llamada del zapatero. Su empleo está bien justificado en la escritura de compra al describirse el inmueble; dice así: «Dos cuartos bajos de entresuelo, dos principales y en el medio su oratorio con media naranja y adornos correspondientes. Dos escaleras grandes de piedra de sillería hasta el piso de los cuartos principales. Escaleras *secretas* para la comunicación desde las habitaciones a las bóvedas, de caracol, de piedra de sillería.»

Es decir, escaleras de servicio de la casa hechas desde el principio y

por donde rápidamente podía bajarse y salir a la calle por la puertecita citada anteriormente, hoy día desaparecida.

Por lo expuesto no hay duda de que D. Juan de Goyeneche edificó su magnífica casa donde había antes seis que mandó demoler completamente, dotándola de una escalera principal, amplia y bien trazada, y de otras de servicio, y que las ventanitas inmediatas al Ministerio de Hacienda son obra de Churiguera para dar luz y ventilación al aposento donde se abren, así como a una de esas escaleras.

La imaginación, gala y recreo del espíritu, al ocuparse de relatos literarios, pierde prestigio al tratar con igual criterio temas históricos o informativos, pues conduce a un falso conocimiento que sobre extraviar la opinión tarde o temprano se descubre.

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO.

*(Real Academia de Bellas Artes.)*

# LA CONDESA DE CASTELLAR, FUNDADORA DEL CONVENTO «LAS CARBONERAS»

## I

### UN RINCÓN ROMÁNTICO DE MADRID

Existen aún en Madrid varios escondidos rincones impregnados de un ambiente tan personal, de un estatismo tan incommovible, de una tan singular fisonomía, que el ánimo más predispuesto al progresivo, natural deseo de la monumentalidad urbana, se sobrecoge y disfruta con el encanto del silencio que brota de los contados modestos edificios que forman y cierran el breve espacio oculto a las miradas de las multitudes que forman el clamor de las grandes poblaciones, su sonora respiración...

Existen aún en la villa y corte varios rincones escondidos en donde las vetustas casas que los forman parecen estar envueltas en polvo de oro viejo desprendido de las miniaturas de los libros de horas, de los miniados de flora y fauna de maravilla que orlan los alineados renglones de letras góticas, relatando servicios y concediendo honores.

Y porque así se sospecha, la mirada se aguza queriendo penetrar en los más recónditos lugares de aquellas casas que parecen dormidas, y el oído se regodea con el inmaterial goce de aquellos silencios respetuosos, con un pasado que someña, tal vez agrandado por la distancia, como se agrandan los círculos en el lago cuanto más se apartan del punto del primero que se trazó en la superficie. Y el pensamiento se reconcentra, se aísla, y mirando a su interior siente admiraciones, tal vez sin forma, posiblemente inconscientes, pero de hecho reales, y seguramente impregnadas de reconocimiento..., porque aquello, restos más o menos desconchados, representa generaciones que fueron cumpliendo una misión, la misión que los tiempos les señalaron, empujando la historia de su pueblo, en la que dejaban todos sus talentos artísticos y literarios, sus concepciones jurídicas, todo el haber de sus múltiples personalidades que procuraron mejorar y embellecer dejándolo todo a los que habríamos de sucederles sin otro encargo que el de que disfrutáramos del fruto de sus variadísimas empresas... Trabajaron, lucharon, sufrieron en bien de nosotros y sin que nosotros, los que les sucedimos, hiciéramos otra cosa que disfrutarlo... ¿No estará ahí el germen de nuestros sentimientos admirativos por el pasado?

No son esas casas vetustas cáscos vacíos de emoción. Como la luz encerrada en globo de ágata que sale al exterior con resplandores opalinos, así por los ojos de los grandes balcones y las amplias puertas de ingreso se advierte la pretérita febril existencia familiar agitada por emociones intensas, cuyas directrices plasmaron en nombres que la historia eternizó, explicándose así el ensimismamiento que despiertan esos restos de un pasado que bañaron de luz los soles de varios siglos.

Amplias, desalojadas casas, en las que no faltaban el zaguán para apearse los caballeros, salas para recibir, cuadra para comer, retretes para dormir, recámaras para guardar y galería en que pasear y tomar el sol en invierno...

Los más curiosos de esos rincones que aún se conservan en Madrid están en los vertientes barrancales, en cuya sima se desliza y vive secular la calle de Segovia, que desemboca en el Manzanares.

Allá arriba, sobre la barranca derecha del río petrificado, al que vierten su vida cortesana los meandros de estrechas callejas, está, entre otras, la plaza del Conde de Miranda, la señoril plaza del Conde de Miranda.

Para llegar a esta plaza desde la Puerta del Sol hay que recorrer parte no escasa de la calle Mayor.

En los tiempos a que nos vamos a referir, en los que se desarrollaron los sucesos que habremos de relatar y vivieron las personas que daremos a conocer, la calle Mayor se dividía, por decirlo así, en varias zonas dentro del común denominador.

Llamábase propiamente calle Mayor desde la iglesia de San Felipe, hoy Bazar de la Unión, y el palacio, también derruido, en la acera derecha, de Oñate, hasta la calle de San Felipe Neri. Desde esta calle decía Puerta de Guadalajara, que caía frente a la calle Nueva, hoy de Ciudad Rodrigo; a continuación se decía Platería, por las muchas en tal zona establecidas, zona que terminaba en la plaza de la Villa, antes del Salvador, comenzando en la de Herradores, y por la acera de enfrente desde la calle de San Miguel. Era esta zona la más brillante y lucida de la vía principal de Madrid.

En sus platerías lucíanse riquísimas y ostentosas piezas de oro y plata que se reflejaban en espejos, los más de acero, en los que se detenían los lechuguinos de entonces para componerse el cuello, ver si resultaba «la nueva manera de polvos para azulalle» y si era eficaz la goma que rizaba el bigote y el copete.

Pasada la plaza de la Villa, llamábase nuevamente calle Mayor, y en algún tiempo, de la Almudena.

Para vernos en la plaza del Conde de Miranda hay que retroceder hasta Platerías, para entrar en la calle de San Miguel, hoy calle del Conde de Miranda, en donde, en siglos ya olvidados, se levantaban los muros y el foso de Madrid.

La iglesia de San Miguel, en la que fué enterrado el famoso poeta Juan Pérez de Guzmán, y en cuyo altar mayor fulguraba el rico tabernáculo de



¿Y quién se acuerda ya, al entrarse por este ensanche de la calle Mayor, de la Puerta del Sol? El estruendo fuéese poco a poco apagando; el panorama adviértese más personal, y el ánimo se recoge en pensamientos concentrados, singularizándose, formando un ambiente más localista, más personal, el acomodamiento espiritual que rima con la decoración, en la que se entreveran trazos de épocas diversas, ninguna próxima, y no pocos de bien marcado sabor de tiempos viejos, que tanto atrae a la condición humana, afanosa de adivinar el pasado, que siempre aromatiza la imaginación con presumibles acaecimientos novelescos.

¡Y cuántos sucesos de esta índole podrían referirnos todas estas casas que a nuestra vista se muestran, amén de las que no ha mucho fueron derruidas!

Porque este escondido rincón en que de lleno vamos a entrar está formado por «las casas» que fueron un día mayorazgos de los Zapatas, Cárdenas y Mendozas.

El apellido Cárdenas procede de la villa de Cárdenas, de Rioja, fundándose el mayorazgo de Cárdenas y Zapata por virtud de testamento otorgado por doña Constancia de Aponte, mujer de Ruy Sánchez Zapata, señor de Barajas, el 16 de octubre de 1469, a favor de su hijo D. Juan Zapata y Cárdenas, primer conde de Barajas, que construyó la casa de los Salvajes, denominada así por los dos peludos Hércules que, en piedra, claro está, guardaban el balcón principal del más importante edificio civil de la calle del Conde de Miranda.

En esta misma casa vivió el señor de la villa de Loeches, D. Íñigo de Cárdenas y Zapata, mayordomo de la reina, esposo de doña Mencía de Cárdenas, que al morir sin herederos legítimos, como sucedió a su hermano D. Rodrigo, jefe de la casa, dió lugar a que el mayorazgo pasara a doña Juana de Castilla, hija de D. Francisco de Rojas, de sobrenombre «El Gato», y doña Juana de Cárdenas, todos los cuales vivieron en la citada casa de los Salvajes.

D. Íñigo de Cárdenas y Zapata fué aquel famoso embajador de España en Venecia, y después en Francia, cuya vida corrió peligro por circunstancias bien singulares.

Entraba María de Médicis en París con inusitado fausto, pues iba a casarse con Enrique IV. Era el 13 de mayo de 1610 cuando, por motivos de etiqueta, nuestro D. Íñigo dió de bofetadas al embajador de Venecia. El escándalo formó época. Mas coincidió este suceso con la muerte de aquel monarca víctima del asesino Reaveillac, ocurrida al siguiente día, y atribuyéndose en los primeros momentos de estupor a D. Íñigo de Cárdenas y Zapata el asesinato del monarca francés, un gran tumulto de gentes rodeó la casa de Barajas, hasta que se hizo pública su inocencia.

D. Íñigo hubo de venir a Madrid con motivo de tan singulares sucesos, y aquí vivió hasta su muerte, ocurrida en 1617 en esta casa de los Salvajes.

También vivió en esta casa de los Salvajes D. Manuel Fernández Va-

rela, espléndido protector de las artes, al que se debe el primer monumento erigido en Madrid a Cervantes.

El duque de la Victoria, al regresar triunfante en 1854 de la revolución de julio, instalóse asimismo en la casa de los Salvajes, mansión que, como tantas otras de Madrid, tenía a sus espaldas un jardín, con sus dependencias, guardadoría, una de ellas, de monstruosas tinajas que, a modo de cisternas, conservaban abundante agua para los servicios de la amplia residencia.

En la que, instalada más tarde la Escuela Superior de Guerra, se desarrolló espantosa tragedia.

Aún hemos podido ver, presenciando su derribo, la doble pared, entre las que fueron un día arrojados los huesos de la víctima, y la estancia, forrada con floreado papel, en que una mujer entretenía a un hombre mientras el asesino, padre de aquélla, y por la espalda, arrancaba la vida al embaucado anciano.

Como en estas casas vivieron y hasta nacieron las principales figuras que van a ocupar nuestra atención en esta labor de resucitar páginas de interés muy vario, reflejo todas de costumbres y psicología nacionales de una época merecedora de ser conocida en sus contemporáneos sobresalientes, a esas casas y moradores dedicaremos algún espacio, que no juzgamos baldío.

En el siglo xv era la familia de los Zapata, emparentados con los Cárdenas y los Mendoza, dueña de esta agrupación de casas.

La principal, de los condes de Barajas, era la que hoy sirve de Vicaría y antes de Comisaría General de la Cruzada, en la calle llamada hoy de la Pasa.

A continuación estaba, y existe aún, otra gran casa, incluida asimismo en el mayorazgo de Cárdenas, casa-palacio ésta, que comunicaba por un pasadizo con la citada casa de los Salvajes, y cuya extensa fachada mira a la plaza cuya historia intentamos.

Cuando se celebraron corridas reales en la Plaza Mayor, el 21 de agosto



Casa de los Salvajes (Fot. C. de Polentinos)

de 1623, en obsequio del príncipe de Gales, Felipe III con sus hijos, el príncipe y el infante, se vistieron en esta casa de la condesa de Miranda, pues el rey presidía la última cuadrilla de las diez, que de a ocho caballeros cada una, tomaron parte en el festival.

A la sazón no vivía la condesa de Miranda en estas sus casas, sino en otra de la calle de Relatores, yendo el rey a-visitarla por hallarse enferma, lo que demuestra la estimación singular que la corte tuvo siempre a esta ilustre familia.

Esta casa pasó a ser propiedad del conde de Miranda, título éste de

Miranda de Castañar que otorgó, en 9 de febrero de 1437, Enrique IV a D. Diego López de Zúñiga o Estúñiga, su consejero, casado con doña Aldonza de Avellaneda.

Este matrimonio fundó, a favor de su primogénito D. Pedro, yerno del condestable D. Pedro de Velasco, un mayorazgo sobre sus dos apellidos Zúñiga y Avellaneda.

Mas fueron los ter-

ceros condes de Miranda, D. Francisco de Zúñiga, conde de Peñaranda, y doña María Enrique de Cárdenas, quienes fundaron el mayorazgo de Cárdenas para los segundos de su casa (1533).

Peñaranda murió tres años después, sucediéndole aquel D. Juan de Zúñiga, tan querido de Felipe II, consejero del de Italia.

Este palacio, que, como se lleva dicho, fué del conde de Miranda, pertenece hoy a la viuda de aquel prócer tan popular en Madrid, el duque de Tamames, por haber salido de la casa de Alba el marquesado de la Bañeza que al conde de Miranda otorgara Felipe II el 31 de agosto de 1565, al casarse la actual poseedora, en 1873, con el dicho duque de Tamames.

Fué muy sonado el robo cometido en este palacio en la noche del 7 de marzo de 1807. Lleváronse los asaltantes, entre otros ricos objetos, una magnífica rosa de diamantes antiguos, no faltando, en cambio, ninguno de los hermosos cuadros de la rica colección que adornaba la casa, y de la que formaban parte lienzos de Bassano, Alonso Sánchez, Guido Reni, Murillo, Jerónimo Cerdán y otros.

De esa fecha datan las macizas rejas, que aún se conservan, que cubren las ventanas de la fachada posterior del edificio, abiertas al jardín.

Al morir, el 15 de marzo de 1839, D. Cipriano Portocarrero y Palafox,



Rejas de las casas del conde de Miranda

conde de Montijo (2) y de Miranda, bajo testamento, otorgado el 15 de julio de 1834, se dividieron entre sus hijas doña María Francisca de Salas y doña María Eugenia Palafox y Kirkpatrick, la emperatriz Eugenia, los bienes de los estados de Huétor Tajar, Cárdenas y Zapata, Salamanca y Miranda de Castañar y Béjar.

A la emperatriz le correspondió el estado de Huétor Tajar, y a la condesa viuda de Montijo los estados de Cárdenas y Zapata, Salamanca y Miranda.

El estado de Béjar quedó *pro indiviso*.

Las casas de la plaza del Conde de Miranda, números 1 y 3, valoradas, respectivamente, en 375.000 y 125.000 reales, se adjudicaron por partes iguales a los hijos de la condesa de Montijo, que lo eran el duque de Alba y la duquesa de Galisteo, doña María de la Asunción Stuart y Portocarrero, a la que vendió en 1918 la otra mitad de la propiedad de dichas fincas doña Eugenia María Sol Stuart y Falcó, duquesa de Santoña, por haberse ésta casado con el poseedor de este título, quedando, por tanto, la propiedad de las repetidas fincas de la duquesa de Galisteo, viuda hoy del duque de Tamames, como queda consignado.

Tales fueron los últimos propietarios de la casa de los Salvajes y de la que hoy hace martillo con la que sustituyó a este desaparecido típico palacio, que antes de estar ocupado por la Escuela Superior de Guerra fueron oficinas de la condesa de Teba.

Frente a la casa de la duquesa de Galisteo levántase otra, que si no hace pareja, parece desearlo.

Ha ocurrido con esta casa como con esas personas que viven entre otras de avanzada edad, que adquieren de ellas, con el pasar de los tiempos, gestos y ademanes, posturas y estribillos, afeites y lenguaje, penetración espiritual y física que, sin darse cuenta, las va igualando, sintiéndose en ocasiones hasta más vieja la que menos años cuenta, en el afán imitativo que en el humano mimetismo siempre se traduce en exageración del modelo. El caso es que frente a la casa de los Miranda existe otra de aspecto tan vetusto y antañón, y de no menos antiguo e ilustre historial, que las anteriormente recordadas.

Fué el año de 1571, y a 28 de mayo, cuando, en una escritura particional, D. Francisco de Sotomayor, vecino de Trujillo, y como albacea de D. Juan Zapata de Villafuerte y doña Juana de Sotomayor, adjudicó a D. Jerónimo de Villafuerte y Zapata, gentilhomme de S. M. y su guardajoyas, unas casas principales en la parroquia de San Miguel, fronteras de la misma iglesia, que da por linderos, de la una parte, con casas de don Juan Rodríguez de Villafuerte, y de la otra, con las de D. Juan Fernández de Castilla. Estas casas de D. Jerónimo de Villafuerte formaron en su tiempo parte de la manzana de la actual calle del Conde de Miranda o plaza de

---

(2) El condado de Montijo le concedió Felipe III a D. Juan Portocarrero el 13 de diciembre de 1599, uniéndole la grandeza Carlos III, en 1697, a D. Cristóbal Portocarrero Guzmán.

San Miguel, la manzana que corre desde la calle Mayor a la plaza de las Carbóneras.

A continuación de estas casas, y entrándó ya en aquella plaza, se hallaba la de D. Juan Rodríguez de Villafranca, caballero de Santiago y comendador de Carrizosa.

Frente a esta manzana, formando parte de esta calle, estaba la iglesia de San Miguel.

D. Juan Rodríguez de Villafranca, y con licencia de Felipe II, obtenida en 1589, constituyó en su hijo D. Juan de Villafuerte, habido de doña María de Ayala, un mayorazgo del que formaban parte unas casas principales «que yo tengo en esta Villa, en la parroquia de San Miguel, y frontera de esta iglesia, que linda con casas principales que fueron de D. Juan Zapata de Villafuerte, ya difunto, y con plazuelas y calles públicas».

Testó D. Juan Rodríguez de Villafuerte en 31 de julio de 1601, y como no tenía descendencia legítima, designó a diversos menores en el mayorazgo, por el orden siguiente: su hermana, doña Ana de Cárdenas; su hijo natural, D. Jerónimo Rodríguez Zapata de Villafuerte, y a los descendientes de éste, y en su defecto a D. Íñigo de Cárdenas, y sucesivamente, a D. Gómez Zapata, hermano del conde de Barajas; a D. Baltasar Ramírez, hijo de D. Fernando Saavedra y de doña Beatriz de Mendoza, condesa de Castellar, objeto y mira principal del presente trabajo.

Pasaron los años, más de un siglo, pues fué en 1715 cuando se descubrió que cierta capellanía no era servida conforme a lo dispuesto en la fundación comprendida en el mayorazgo que nos ocupa, hubo quejas y reclamaciones, y al fin se dispuso, por Ambrosio Bernal y Vallejo, el siguiente mandamiento de posesión:

«Alguaciles de esta Corte: Qualquier de vos dad a D. Juan Antonio de Molina, vecino de Murcia, como padre y legítimo administrador de la persona y bienes de doña Leonor María de Molina y Castañeda, su hija, y de doña Ana María de Castañeda Villafuerte y Zapata, su muger, difunta, o a quien su poder hubiera, la posesión real actual, civil y natural, corporal *vel quasi*, y en forma de todos los bienes, casas, juros, tierras y demás hacienda expresados en la fundación del Mayorazgo que hizo y fundó Juan Rodríguez de Villafuerte, por testamento que otorgó en 9 de septiembre de 1589, etc., etc.»

En efecto, a media mañana del 13 de agosto del propio año de 1715, el alguacil Próspero de Anguita, estando en unas casas principales, junto a la parroquia de San Miguel de esta corte, «que están en la calle que sigue, desde la puerta de los pies de dicha iglesia a la plazuela que llaman de la «Carbonera», a mano derecha, pertenecientes al mayorazgo que fundó D. Juan Rodríguez de Villafranca, dió posesión a D. Carlos G. Villapadier-na, en nombre de doña Leonor María de Castañeda Villafuerte Zapata».

Más detalladamente nos sitúa esta casa un documento extendido el 13 de mayo de 1750, a los efectos de la carga del real de aposentamiento de corte.

En ese escrito, en el que se tasa la renta de la casa en 20.000 reales de alquiler anual, y se la «carga con 2.000 de la propia moneda de tercia al año», se dice: «casa sita en la calle que de la Platería baja a la Puerta Cerrada, frontera a la puerta de los pies de la iglesia parroquial de San Miguel de esta Villa, y dando vuelta a la plazuela de la «Carbonera», que llaman del Conde de Miranda.»

A la sazón eran dueños de esta casa D. Joaquín Pascual Pérez de Sarrió y su esposa doña Leonor María Molina Castañeda Villafuerte y Zapata, arriba citada.

Aunque adelantemos los acontecimientos, pues aún nada hemos hablado del convento fundado por la condesa de Castellar, para terminar la historia que nos interesa de esta casa, que forma uno de los lados de la decoración que deseamos revivir, diremos que la tal finca fué adquirida por las propias monjitas de tal convento.

La casa estaba muy deteriorada, más aún, arrinconada en parte, no teniendo habitable más que una cochera, no produciendo, por tanto, ni para satisfacer siquiera la carga de aposento.

Coincidió tal situación con la de hallarse las monjas recoletas, llamadas las «Carboneras», con un convento estrecho e incómodo por no haber podido comprar ninguna casa contigua, por lo que las monjitas adquirieron la de que nos venimos ocupando, propiedad del marqués de Peñaranda, D. Antonio Villafuerte y Zapata.

La escritura de compraventa se otorgó el 25 de diciembre de 1764, y en ella se nos dice que el frente, que miraba a la plaza de San Miguel, medía 99 pies, y 67 la que daba a la plaza del Conde de Miranda; que el solar comprendía 13.066 pies cuadrados; que la casa tenía tres pisos; que sólo rentaba 1.100 reales, y que se vendía a las Carboneras en 170.566.

Cuatro años más tarde, en 1768, Carlos III libera esta casa, «que llega hasta la calle del Codo».

Y así se dice en el decreto de exención: «... de manera que la referida casa y lo que en ella se edificase, aumentase y labrase, sea todo perpetuamente libre, franco, exempto y reservado de los expresados huéspedes de aposento y de otra cualquiera carga y obligación excepto la de los dos mil reales de redención, relevándole al convento de esta cantidad solamente por este presente año de 1768.»

Pero esta casa, ruinosa a la sazón, como se lleva dicho, sólo tenía cargas y goteras por lo que sus dueñas, las monjitas, decidieron derribarla y construir una nueva en su lugar.

Dirigió las obras del nuevo edificio el arquitecto D. Pablo Ramírez de Arellano, tardando en su construcción treinta y dos meses, y dió fe de haberse ajustado Arellano a lo concertado el arquitecto maestro mayor de la villa de Madrid y sus fuentes, director de la Real Academia de San Fernando y académico de la insigne de San Lucas de Roma, en fin, el ilustre arquitecto D. Ventura Rodríguez.

La priora del convento de recoletas descalzas de la orden de San Jeró-

nimo, sor Melchora María de Jesús, satisfizo a D. Pablo Ramírez de Arellano por sus derechos 6.483 reales de vellón en 1772.

Como se ha podido apreciar, la hoy plaza del Conde de Miranda estaba formada por casas propiedad de varios ilustres personajes, emparentados todos.

El primitivo convento que cierra la placeta se construyó sobre tres *sitios* o fincas de la familia de los Ramírez, apellido de la fundadora, como luego veremos, de la familia de los Zapata.

Estas casas avanzaban gran espacio por la plaza, teniendo en su fachada grandes arcos y amplias portaladas cocheras.

Y así siguió la casa convento hasta el año de 1768 en que su priora, sor Teresa de Jesús, se dirigió, en instancia firmada a 15 de abril, al Ayuntamiento de Madrid pidiendo permiso para reedificar una casa en el propio lugar en que se hallaba el convento.

Con este motivo, la comunidad cedió a la villa y corte un gran trecho en su fachada, que dejó la plaza tal como hoy está, así como parte del terreno en que actualmente se desarrolla la calle del Codo, antes de la Flor, esto es, hasta las casas de D. Fernando de Luxán, la histórica prisión de Francisco I de Francia, poniendo en comunicación la plaza de Miranda con la entonces llamada de San Salvador por la iglesia parroquial de este titular existente a la sazón, sobre cuyo pórtico estaba el salón en donde se reunía el Concejo a toque de campana.

En su *Historia de Madrid* nos dice el curioso Quintana que por esta época, siglo XVII, había en la plaza de San Salvador una carnicería para los hidalgos, en la cual se pesaba sin sisa, y en el centro una fuente de alabastro, jasje y bronce que vertía el agua por 16 caños.

La iglesia de San Salvador tenía una fachada por la calle de su nombre, hoy de los Señores de Luzón, ocupando actualmente el lugar de aquel en 1840 derruido templo, la casa número 74 de la calle Mayor.

Próximo a esta plaza estaba también el palacio del conde de los Arcos, adonde fueron a vivir doña Juana de Sandoval, hija del duque de Lerma, y el octavo duque de Medina Sidonia.

Según nos cuenta Céspedes, Felipe III acompañó a caballo al estribo del coche en que aquellos novios iban el día de la boda, retornando de la iglesia a las casas en que iban a vivir, que eran las dichas del conde de los Arcos, casas que dieron nombre a la vía (3).

Para completar las fechas de las construcciones de las casas que forman la plaza del conde de Miranda habremos de decir que el año de 1657 la villa de Madrid hizo gracia a D. Francisco Zapata, del Consejo de S. M., de un sitio «rinconado», en la dicha plaza, para que pudiera edificar una casa, que fué la llamada de los «Salvajes», de la que ya nos hemos ocupado, y la que con ésta formaba ángulo recto, unidas hasta hace poco por el piso principal, merced a un pasadizo que formaba arco sobre la calle de la

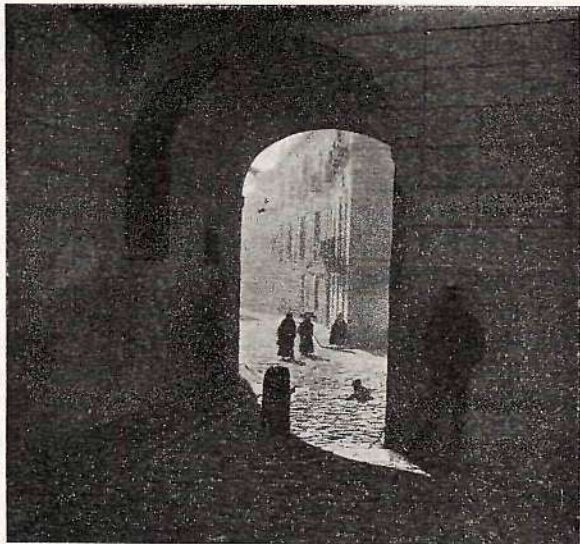
(3) *Historia peregrina*, por D. Gonzalo de Céspedes. Madrid, 1733.

Pasa, llegando hasta la calle de Puñonrostro, llamada antes de los Azotados y más antes de la Flor, en cuya rua vivió, en casa propia, Fernando del Pulgar, el famoso cronista de los Reyes Católicos.

Más tarde, el conde de Miranda, duque de Peñaranda, pidió licencia —24 de marzo de 1726— para «levantar cuarto segundo en la casa llamada de los Salvajes, la cual se comunica —decíase en la instancia—, a la que en el presente vive, contigua a la parroquia de San Justo, por un pasadizo que atraviesa una calle angosta que baja de la Platería a la plazuela de Barajas.»

Esta calle angosta es la arriba nombrada de la Pasa.

Este pasadizo —según nos informa cierto expediente municipal, dándonos con ello algunas noticias curiosas—, ampliósse por virtud de licencia otorgada en 31 de marzo de 1744 por el regidor perpetuo D. Francisco de Robles, habida cuenta a que no estorbaba ni quitaba luces a los vecinos conde de



Arco de la calle de la Pasa. (Fot. C. Polentinos)

Fuensalida y D. José de Escalera, que vivían en la plaza del conde de Barajas, casas inmediatas al pasadizo; a que no embarazaba el paso de los coches galeras ni el de las procesiones, y, en fin, a que embellecía la plaza, por formar escuadra ambas casas.

Como se ve, esta casa de los Salvajes confinaba con la del conde de Fuensalida, de historia tan accidentada.

Y nos hallamos en la plaza del conde de Miranda, la llamada un día plaza de los Salvajes, y más antes de la Carbonera, en pleno siglo XVII, que es, y no otro, el que se respira en aquel recogido recinto, que hoy está presidido por el convento del Corpus Christi, a dos pasos del cual se halló un día San Justo, y a sus pies la parroquia de San Miguel, pudiendo llegar a tan apartado sitio, en tiempos que fueron, el tañido de las campanas de otros tres o cuatro templos vecinos, ya que, como dice Liñán y Verdugo, en su *Gula y avisos de forasteros*: «en la corte hay pocas calles que merezcan este nombre en que no haya Iglesia, Monasterio, Parroquia u Hospital» (4).

(4) «D. Antonio dijo a D. Diego que «pocas calles hay ya que merezcan este nombre que no

Y no había de ser menos ésta, que, más que plaza, tiene el sosiego de un espacioso patio en cuyo centro pudiera una sencilla fuente de mármol reflejar en el disco de sus aguas tranquilas las copas de un coro de sóforas o catalpas que la rodearan, y beber sorbitos los pájaros que anidaran en los árboles, para mejor cantar después las bellezas del cielo azul madrileño, que como estirado lienzo cubre aquel recogido rincón cortesano.

No semeja un patio plebeyo de alborotadas disputas, que la tragedia agriase insólita e inesperadamente; es un patio renacentista, de empaque señorial, en cuyos balcones encajan los reposteros empalidecidos por el transcurso de los tiempos, y en cuyo paño la heráldica colocó, simétricos, los blasones bajo una corona rematada con hojas de limoncillo y trebolado acanto; patio por entre cuyas pedrezuelas asoman yerbezuelas, y por el que, allá en tiempos, desfilaron literas rodeadas de hacheros y de bravos y en días solemnes pesadas carrozas, tiradas por corceles casi cubiertos por recargados atalajes de cuero, con bordados de seda y adornos de bronce, estremeciendo, al pasar, los cristales emplomados de las casas vecinas que limitan la placeta.

Alegra este patio público dos veces al día tal cual grupo de chiquillos que retornan del colegio a sus hogares. Su fresca y cascabelera alegría, sus gritos y risas, de tonos infantiles y sanos, pasa por la plaza como risa de campanillas.

Como los niños de hoy, tal vez hace cuatro siglos pasara por el propio lugar otro retozón grupo de muchachos de vuelta del estudio de López de Hoyos, y entre ellos uno, asaz despierto y dicharachero, que hacía versos para las tumbas reales y que, andando el tiempo, hizo hervir la risa a los pobladores de veinte pueblos con las donosas aventuras de un Don Quijote de la Mancha.

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.

(Continuará.)

hay Iglesia, Monasterio, Parroquia u Hospital». Hace una división de Madrid para contar las que existían, y al llegar a «nuestros barrios», el que ahora nos ocupa, dice:

«Si entráis por la parte de Poniente, en el mismo Real Palacio está la capilla de su Majestad; cerca de allí el Real Monasterio de la Encarnación, que es de monjas agustinas recoletas, San Gil, que es Monasterio de religiosos descalzos; del glorioso Padre San Francisco, la Parroquia de San Lázaro, la de Santa María, el Monasterio de monjas bernardas descalzas, la Capilla del Obispo, la Parroquia de San Andrés, *Corpus Christi*, que es Monasterio de monjas jerónimas descalzas; la Parroquia de San Miguel, la de San Nicolás, las monjas de Nuestra Señora de Constantinopla, que son de la Orden de San Francisco; el Monasterio de Santa Clara, que también son monjas franciscas; la Parroquia de Santiago, la del Salvador, la de San Pedro y la de Santiuste.» (*Guía y avisos de forasteros*, por el Licenciado D. Antonio Liñán y Verdugo. Valencia, 1635, pág. 147.)

## DESCRIPCIÓN DEL CATÁLOGO BIBLIOGRÁFICO DE LA SECCIÓN DE CERVANTES <sup>(1)</sup> DE LA BIBLIOTECA NACIONAL <sup>(2)</sup>

En vida del sabio polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo dió a la estampa la Biblioteca Nacional de Madrid su primer Catálogo cervantino (3). En vida del actual director se publicó el segundo. Del uno al otro hay una gran diferencia. El autor del último, D. Gabriel Martín del Río y Rico, meritísimo archivero, que también intervino en la confección del anterior *Catálogo* a las órdenes de su jefe, Sr. Hinojosa, quien a su vez lo estaba a las del Sr. Menéndez Pelayo (4), puede mostrarse ufano de su trabajo.

El actual *Catálogo bibliográfico de la sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional* ofrece un extenso contingente de obras de Cervantes, entre ellas todas las ediciones príncipes, que ninguna Biblioteca del mundo posee (5), y un rico caudal en *Miscelánea cervantina*, sección de que el anterior *Catálogo* careció.

De modo que este repertorio cervantino del Sr. del Río no tan sólo llena para su redacción y desempeño todos los requisitos prevenidos por las *Instrucciones* del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (6), sino que se ajusta en un todo a las exigencias y reparos de la crítica moderna, dictando, con lenguaje pulcro y mesurado, leyes inapelables de buen gusto y discernimiento.

Vamos a recoger, pues, todo lo que concierna a la obra de nuestro cultísimo amigo. Lo que sí hemos de apartar a un lado es cualquiera consideración que no sea genuinamente cervantista. ¿Qué importan al lector trece años de tardanza en publicarse una obra... premiada en público cer-

(1) Mas que descripción es una concisa referencia.

(2) El autor es D. Gabriel Martín del Río y Rico, jefe que fué de dicha Sección e individuo por oposición del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Obra premiada en el concurso público de 1916 e impresa a expensas del Estado. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Olózaga, 1, 1930. Volumen de XVIII más 915 págs., una en blanco, colofón y tres páginas en blanco. Tamaño del volumen: 28 X 20,2 centímetros.

(3) Por ser muy conocido no damos su título.

(4) Pág. 436. El jefe de la Sección de Cervantes era D. Ricardo Torres y Valle; el secretario de la Biblioteca, el Sr. Hinojosa.

(5) Pág. ix.

(6) Pág. xv.

tamen? ¿Qué reparo ha de ofrecernos si existen algunas omisiones en la obra indicada si son inherentes a todo repertorio bibliográfico? ¿Hemos de hacer expresión de que el Sr. del Río, por su gran competencia como bibliógrafo y extraordinaria ciencia como miembro del cervantismo, pudo hacer por sí mismo, al serle familiares todos los idiomas a que se vertieron las producciones del inmortal complutense, cuantas referencias le haya suministrado D. Lorenzo Santamaría y Puerta (7), jefe del departamento de catalogación de la misma Biblioteca Nacional de Madrid? ¿Habría de exigírsele al autor del supradicho *Catálogo* el que su jefe, el excelentísimo Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, no hubiera leído casi todas las cuartillas de aquel trabajo «antes de enviarlo a la imprenta», ni corrigiera «una de las pruebas», ni diera su conformidad y asentimiento a la clasificación correspondiente a los impresos que figuran en tal repertorio? (8). Y, finalmente, ¿cabe regatearle méritos relevantes al Sr. del Río porque no concurriesen al certamen de 1916 otros bibliógrafos cervantinos y porque haya ampliado su trabajo hasta el momento presente?

Sólo ideas de muy bajo linaje pueden inspirar malicias, resquemores, ironías o sarcasmos. Aquí tenemos el abultado volumen del Sr. del Río para probarles a los incrédulos de que, aun existiendo repertorios excelentes, la *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes* (9), el *Catàleg de la col·lecció cervàntica formada per D. Isidro Bonsoms i Sicart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya, redactat per Joà Gfvanet i Más* (10), y la *Colección cervantina de la Sociedad Hispánica de América (The Hispanic Society of America): Ediciones de Don Quijote, con introducción, descripción de nuevas ediciones, anotaciones y nuevos datos bibliográficos, por Homero Serís, miembro correspondiente de The Hispanic Society of América* (11), aventaja a los dos últimos y puede servir de continuación al primero.

D. Gabriel M. del Río ha consultado aquellas obras y otras más de bibliografía cervantina, como igualmente los catálogos más selectos de anónimos y seudónimos, así nacionales como extranjeros (12). Aun cuando haya sido redactado en las postrimerías, el 23 de abril de 1929, coincidiendo con el CCCXIII aniversario de la muerte de Cervantes hizo el prólogo (13) de su obra, en el que se narra cómo se creó la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional de Madrid, cómo se engrandeció y enriqueció hasta convertirse «en una de las más valiosas del mundo», cuál es la historia de la bibliografía cervantina dentro y fuera de España, cuáles han sido los principales catálogos, cuál es el método del actual, qué razo-

(7) Pág. XVIII.

(8) Pág. XIV.

(9) Págs. XI y 736 a 739.

(10) Págs. XI y 591 a 593.

(11) Págs. XI y 776 a 778.

(12) Pág. VII.

(13) Págs. IX a XVIII.

nes influyen por el alfabético, cómo ha descrito las *Obras de Cervantes*, cómo ha particularizado la *Miscelánea cervantina*, de qué forma se han incluido las ediciones del falso *Quijote*, cómo las abreviaciones de la novela cervantina, cómo se han repudiado libros, folletos y artículos de periódicos cuando no eran cervantinos en su totalidad y cómo se han comprendido en el índice alfabético anotadores, biógrafos, escritores citados, impresores, libreros, editores, dibujantes, grabadores y mecenas. Como dijimos más arriba, también menciona a quienes le han favorecido con su aquiescencia, consejos y colaboración. Asimismo cita los donativos de libros e impresos recibidos en la *Sala de Cervantes* por parte de S. A. R. la infanta doña Paz de Borbón y de los Sres. Cebrián (D. Juan C.) y Molera.

Es curioso mencionar que el Sr. del Río ha descrito en la primera parte de su *Catálogo bibliográfico* 19 *Galateas* hispanas, dos inglesas y una alemana; en el primer *Apéndice*, una en castellano, y en el *Apéndice general*, otra en el mismo idioma. En total, 24 *Galateas* (14).

*Quijotes* ha descrito 258 hispanos, tres catalanes, un mallorquín, un vascongado, seis portugueses, un políglota, uno en latín macarrónico (del archivero D. Ignacio Calvo), 131 franceses, 19 italianos, uno rumano, 115 ingleses, 22 holandeses, 49 alemanes, tres daneses, 10 suecos, dos griegos, 10 rusos, seis polacos, dos serbios, un búlgaro, un filandés, cinco húngaros, un bohemio, un croata, tres japoneses, un hebreo y un indostánico, 'en la primera parte del *Catálogo*'); 16 en castellano (el último es la segunda edición de algunos capítulos en latín macarrónico del Sr. Calvo), cuatro franceses, un italiano, tres ingleses, cinco alemanes y un noruego) en la segunda parte); 10 en castellano, uno en francés, dos en italiano, dos en inglés, dos en holandés y cuatro en alemán, (en la tercera parte). Total: 703 *Quijotes* (15).

*Novelas ejemplares*: En castellano, todas, 12; de algunas, 12; de las sueltas, auténticas y atribuidas, 25; en portugués una, en francés 17, en italiano dos, en inglés 10, en alemán cinco, en sueco una, en polaco una y en bohemio una (en la primera parte); en castellano, ediciones completas, cuatro; de algunas sueltas, tres; de las sueltas, auténticas y atribuidas, cinco; en latín una, en inglés una y en holandés una (en la segunda parte); en castellano, ediciones completas y de los cuentos episódicos del *Quijote*, una francesa y tres alemanas (en la tercera parte). Total: 106 (16).

*Viajes del Parnaso*: 17 en castellano, una en francés, dos en inglés y una en alemán (en la primera parte); dos en castellano (en la segunda parte), y una en castellano (en la tercera parte). Total: 24 (17).

*Teatro cervantino*: 17 castellanos, uno francés, uno inglés y dos alema-

(14) Págs. 1 a 11, 371 y 815.

(15) Págs. 12 a 278, 372 a 388 y 815 a 832.

(16) Págs. 279 a 328, 389 a 397 y 833 a 835.

(17) Págs. 329 a 336 y 398.

nes (en la primera parte), y uno italiano (en la segunda parte). Total: 22 obras (18).

*Poestas sueltas*: Tres colecciones en castellano (en la primera parte); otras tres en castellano, tres con trozos seleccionados, dos castellanas y una inglesa, (en la segunda parte). Total: 6 y 3 (19).

*Persiles y Segismunda*: 33 en castellano, dos ingleses y tres alemanes (en la primera parte), y un castellano (en la segunda parte). Total: 39 (20).

*Colecciones de las obras de Cervantes*: Ocho castellanas, una inglesa y cuatro alemanas (en la primera parte), y dos en castellano (en la segunda parte). Total: 15 (21).

*Colección de escritos atribuidos a Cervantes*: Uno en castellano (en la primera parte) (22).

*Escritos atribuidos a Cervantes*: una *Tia Fingida* castellana (en la segunda parte), y otra en alemán (en la tercera parte). Total: 2 (23).

*Miscelánea cervantina*: 736 números, desde el 960 hasta el 1.695 (en la segunda parte); 45 números, desde el 1.730 hasta el 1.774 (en la tercera parte), y cuatro números, desde el 1.775 hasta el 1.778 (en una nota final). Suman 785 números (24).

\* \* \*

¿Es fácil, instructivo, aleccionador y de interés el manejo y consulta del *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional de Madrid*? A todas luces aparecen su facilidad, instrucción, doctrina e interés.

Aunque sea innegable y todo ello salte a la vista del más lego en la materia, razonemos los alegatos que en su favor deben formularse. A pesar de que los dos apéndices, el primero (25) y el general (26), han embarullado algo el método alfabético perseguido por el autor, quien, sobrado de cuartillas y falto de tiempo a última hora, no pudo subsanar lo ya impreso, reimprimirlo a sus anchas e interpolar como era necesario el contingente de donaciones imprevistas, y entre otras obras las tiradas aparte de dos capítulos de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, anotado poco ha por el Sr. Rodríguez Marín, y varios apéndices del tomo VII de

(18) Págs. 337 a 347 y 399 a 403.

(19) Págs. 348 a 351 y 404 a 406.

(20) Págs. 364 a 552.

(21) Págs. 365 a 370 y 407 y 408.

(22) Pág. 371.

(23) Págs. 409 a 410 y 835.

(24) Págs. 411 a 814 y 836 a 855.

(25) Págs. 371 a 410.

(26) Págs. 815 a 836.

esta misma obra (27). Si bien no hayan quedado las *Obras de Cervantes y Miscelánea cervantina* por completo alfabetizadas, el lector corrige acto seguido esta ligera omisión.

Es axiomático que lo más rápido y fácil es el procedimiento alfabético. Según el autor, conocido el apellido del publicista, en seguida encontramos todo su bagaje crítico, literario y documental, pudiendo llenar las lagunas irremediables en toda obra de bibliografía con otra bibliografía más reciente o más completa, o con las ilustraciones del propio interesado. Esto contribuye de modo eficaz a la semblanza de cualquier exégeta o intérprete de las obras cervantinas y de los críticos de aquellas monografías, porque analizando el índice alfabético de autores, dentro de las obras relacionadas con otros autores y con otros trabajos de investigación, podemos cerciorarnos prontamente de su trascendencia cervantina. Conveniente sería, no obstante, completar con un índice de obras el de autores, para el caso probable, pero no seguro, que conociéramos el título de la obra y no el nombre del autor. Y el *desiderátum* sería agregar también un índice de materias. El cronológico lo puede formar por sí propio el lector en posesión de los anteriores, puesto que para fechas de controversias, réplicas y obras raras y curiosas es menos acuciador, con serlo mucho, que los índices anteriores.

En el caso presente ved cómo instruye, alecciona e interesa el *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional*. Por él corroboramos los que fueron los principales definidores de las obras de Cervantes. «El inglés John Bowle—nos dice en la página 41 el autor—ha sido el primer comentador del *Quijote*, y con decir que desde el año en que aparecieron sus comentarios, hasta hoy, los han tenido muy en cuenta la mayoría de los cervantistas para hacer sus nuevas anotaciones, creemos haber hecho su mejor elogio.»

Vemos que Juan Sommer, en Leipzig, año 1807, fué el primero que hizo un extracto de las anotaciones del doctor Juan Bowle (pág. 46); que anteriormente, e *in partibus*, en Berlín, año 1804, lo propio había hecho juntamente con las de Pellicer y las de la Real Academia Española Enrique Frölich (pág. 48); que D. Francisco Rodríguez Marín, patriarca de los cervantistas actuales, *ha estudiado concienzudamente* los trabajos de todos sus antecesores, entre ellos Bowle (pág. 115); que Motteux también copió las notas de éste, insertas por John G. Lockhart en su edición del *Quijote*, Edimburgo, 1822, cinco volúmenes (pág. 208); que Alexander James Duffield hizo lo mismo en Londres, 1881 (pág. 221), y que a John Ormsby, con su edición del *Quijote*, en Glasgow, 1901, acreditó no le eran «desconocidos, ni en sus más mínimos pormenores, los estudios acerca de Cervantes del primer comentarista y anotador del *Quijote*, y tal vez el más ilustre de los cervantistas ingleses, John Bowle, ni las profundas lucubraciones críticas de James Duffield y John G. Lockhart, ni las notables

(27) Págs. 850 a 852.

traducciones, acompañadas por sus autores de notas y eruditos trabajos sobre Cervantes, sus obras y la época literaria en que vivió éste, de miss Mary Smirke, John Ormsby y Henry Edward Watts, por no citar más que a los que nos parecen más originales» (pág. 229).

Dentro de la *Miscelánea cervantina* observamos cómo ataca y combate a Bowle el autor de *Tolondron-Speeches to John Bowle about his edition of Don Quixote; together with Some Account of Spanish Literature*. Y nos dice D. Gabriel M. del Río: «Contiene esta obra [de Joseph Baretti] una serie de discursos dirigidos a John Bowle criticando su edición del *Quijote*, juntamente con una calurosa defensa de la literatura española y de España» (pág. 447).

Todavía nos ilustra más el Sr. del Río: «Motivó la publicación de esta obra el folleto de Bowle titulado *Remarks on the extraordinary conducts of the Knight of the ten Stars, and his italian Squire, to the editor of Don Quixote. In a letter to the Rev. J. S. D. D. London, 1785*, en el cual se defendía de la crítica hecha a su edición castellana del *Quijote* por el capitán Crookshanks y el doctor Baretti. Ofendido éste escribió, con el título de *Tolondrón*, esta obra que, como hemos dicho, es una continuada invectiva contra la labor del insigne cervantista inglés.»

Dicho esto, el crítico interviene en esta forma para aleccionarnos: «El trabajo de Baretti no puede tomarse como sólida base para hacer una crítica razonada de la obra de Bowle, porque está planeado y escrito bajo la acción del odio. Para él la obra de su contendiente es un conjunto de errores, tanto por lo que hace a los comentarios como por lo que dice acerca de la literatura española, la cual —afirma Baretti— demuestra no conocer, y tampoco nuestro idioma, como lo prueba el sin número de equivocaciones gramaticales, que se entretiene en poner de manifiesto» (página 447).

Bien merecía Bowle por su trabajo de benedictino, al que consagró diez años de continuas vigiliias, como nos dijo D. Leopoldo Ríos y Llosetas, estotro descargo por parte de D. Gabriel M. del Río: «Con todo, como siempre sucede en casos análogos, el nombre del envidioso cayó en el olvido y el del envidiado triunfó de la muerte. ¿Quién se acuerda hoy del tal Baretti? Y Bowle pasa y pasará siempre por el glorioso decano de los comentadores de Cervantes» (pág. 447).

La génesis de las anotaciones de Bowle figura en esta obra suya: *A Letter to the Reverend Dr. Percy, concerning a new and classical edition of Historia del valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha. To be illustrated by Annotations; and Extracts from the Historians, Poets, and Romances of Spain and Italy, and other Writers Ancient and Modern; with a Glossary and Indexes. In which are occasionally interspersed Some Reflections on the Learning and Genius of the Author. With a Map of Spain, adapted to the History, and to every Translation of it* (London, MDCCLXXVII). D. Gabriel M. del Río declara que «el doctor Bowle da cuenta en esta carta al Sr. Percy de su proyecto, en vías de realización,

de publicar una edición del *Quijote*, ilustrada con anotaciones y extractos de historiadores, poetas y novelistas de España e Italia y otros escritores antiguos y modernos. Sigue a la carta un interesante *post-scriptum*, en el cual hace el insigne anotador inglés un paralelo entre San Ignacio de Loyola y Don Quijote —paralelo seguido en nuestros días por D. Miguel de Unamuno— para indicar la probabilidad de que Cervantes pensó en el fundador de la Compañía de Jesús al imaginar al héroe de su novela, y termina el libro con un índice de nombres propios, otro geográfico de los lugares citados en la fábula, otro de los personajes que figuran en ella y una lista de los libros de caballerías mencionados por su inmortal autor» (pág. 465).

Con algo de perspicacia derivamos estas consideraciones hasta entrecruzar con la aparición del *Quijote* impreso en Salisbury el año 1781, los libros ingleses que ha tratado de la ruta del *Quijote* (28) y los articulistas españoles, algunos de los cuales, *Azorín* (29) y Angel Dotor (30), han coleccionado en un volumen sus impresiones, sin contar con quienes han tratado de los conocimientos geográficos de Cervantes y de sus anacronismos (31). Así como a Clemencín se le puede observar que se inspiró en las dos modalidades, filología y estudio de los libros de caballerías, de Bowle, procurando sobrepujarle a éste con un análisis más científico (32). Y sin parar mientes en que D. Emilio Castelar se enamorara del *paralelo* de Bowle y disertara mucho antes que Unamuno sobre aquel tema en su recepción académica (33), lo cierto es que Bowle, con sus índices, dejó abierto el camino para los futuros bibliógrafos. Por algo el Sr. Rodríguez Marín, en sus postreras anotaciones, sobre calificarle como es debido, ha puesto en su obra índices ilustradores, uno de éstos omitido en los anteriores comentarios.

Pero para que se percaten nuestros lectores de las extensas y sorprendentes ramificaciones del cervantismo, hemos de transcribir algunas referencias más derivadas de Bowle. Ya sabemos que Duffield le siguió los pasos con esta obra: *Don Quixote his critics and commentators with a brief account of the minor works of Miguel de Cervantes Saavedra and a statement of the aim and end of the greatest of them all. A handy book for general readers. By A. J. Duffield, Author of a new translation of «The Ingenious Hidalgo Don Quixote de la Mancha»* (London, 1881). Para Duffield fué Bowle el primer comentador, y si sus paisanos no le hicieron justicia, los cervantistas españoles demostráronle gratitud. En cambio Duffield hubo de ser anatematizado por ingleses y españoles. Vino a Es-

(28) Págs. 626 y 627.

(29) Págs. 651 y 652.

(30) El libro del Sr. Dotor, *Don Quijote y el Cid* (Madrid, 1929), para el criterio del señor del Río, no es esencialmente cervantino.

(31) Págs. 457, 516, 837, 473, 479, 560, 577, 719, 720, 733, 762, 768 y 42.

(32) Págs. 59 y 60.

(33) El tema la *Poesía del siglo XIX* no es cervantino.

pañá. Le perfeccionaron en nuestro idioma. Se relacionó con los más prestigiosos cervantistas. Se aleccionó en frases y modismos que no entendía. Visitó los lugares citados en la novela inmortal. Un crítico inglés, en el número de *St. James's Gazette*, correspondiente al día 19 de julio del año 1881, despotricó contra su obra. Le increpó también por no citar a Fernández Navarrete, aunque muchos de los juicios de éste se los aprovechaba. Tal crítico juzgó a Duffield «incapaz de traducir el *Quijote* y más incapaz aún de criticarle, por su completa ignorancia de la historia y de la literatura española». En España trataron de librarle de ese sambenito sus amigos cervantistas. Estos, y la defensa que Asensio hizo de su trabajo, «dieron lugar a una polémica entre éste y Sbarbi, que se entabló en la *Crónica de los Cervantistas*». El último «demostró que el *Quijote* era intraducible, por lo que nada tienen de particular las censuras del crítico inglés» (págs. 540 a 542).

Si devanáramos más *la madeja del cervantismo* solamente estudiando a Bowle, *un cabo* sería la cuna de Cervantes y las vivas polémicas llegadas hasta nuestros días (34); *otro cabo* la pobreza del ingenio complutense, a que se refirió Luis Ricardo Fors en la primera edición sudamericana del *Quijote* (35); *otro cabo* la efigie o efigies cervantinas, en cuyas controversias han intervenido plumas aceradas (36); *otro cabo* el *Buscapié* famoso (37); *otro cabo* las supercherías y errores cervantinos; *otro cabo* si es o no es de Cervantes *La Tía Fingida* (38), y el *cabo final* sería el litigio acerca del autor del *Quijote tarraconense* (39), por no citar otros casos de interpretación o exégesis cervantinas.

\* \* \*

El mismo análisis que con el manejo y consulta del *Catálogo bibliográfico* hemos hecho respecto a Bowle, podríamos realizarlo con cualquier otro anotador. Obtendríamos la misma superabundancia de enseñanzas y deducciones cervantistas. Más a la ligera expongamos la que nos brinda el Sr. del Río con el autor de la *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*. Dejémosle la palabra: «D. Leopoldo Ríos y Llosellas es el primer bibliógrafo cervantino, y su obra, que acabamos de describir con toda clase de detalles bibliográficos, uno de los monumentos de más valía que se han erigido a la memoria del *manco sano y famoso todo*» (40).

(34) Págs. 479, 633, 766, 422 y 520.

(35) Pág. 101.

(36) Págs. 430 a 432, 447, 443, 574, 575, 725, 756, 774 y 775.

(37) Págs. 102, 447, 449, 537, 481 a 484 y 581.

(38) Págs. 461, 580, 562 y 614.

(39) Más adelante haremos varias citas.

(40) Pág. 738.

Después dice de aquel repertorio bibliográfico: «es un guía u orientador certero, por cuidado que hayamos puesto los que hemos tratado de ampliarle». Conviene en que tuvo Ríos ligeros deslices, incompletas o equivocadas descripciones e inclusión de obras no del todo cervantinas, sin que todo ello constituyera motivo «para criticar seriamente al insigne cervantista». Ríos conocía el francés y el inglés a la perfección. El Sr. Del Río ha comprobado en más de cien traducciones la exactitud de los juicios de aquel bibliógrafo. Además nos manifiesta: «cuando tras prolijo estudio logramos rectificarle, contadas veces consignamos su nombre como tributo de admiración y respeto a su obra» (41).

En efecto, D. Gabriel M. del Río nombra al autor de la *Bibliografía crítica* unas setenta y cinco veces. En la página 1 se hace constar que D. Leopoldo Ríos «hace una minuciosa reseña de la edición [de *La Galatea*] impresa en Lisboa en 1590, que no posee la Biblioteca Nacional»; que respecto a las diferencias que ofrece la edición príncipe del *Quijote* con las otras seis impresas en el mismo año de 1605, al Sr. Ríos le resulta difícil de explicar y muy fácil al Sr. Rodríguez Marín (pág. 12); que antes que ningún otro notó Ríos en la edición del *Quijote* de Bruselas por Roger Velpius, 1607, las variaciones que tenía con la segunda de Cuesta, tomada por modelo (pág. 16); que la edición de Barcelona, 1617, en casa de Sebastián Matevat, primera edición de las dos partes juntas, fueron en realidad tres: la que describe Ríos *A costa de Raphael Viues*; la del Bristish Museum *A costa de Miguel Gracián*, y la del Sr. Del Río *A costa de Ioan Simon* (pág. 19); que la edición de Barcelona por Juan Jolís, impresor, copia exacta de la del año 1755, por llevar las *eses* largas y no cortas como esta última, juzga Ríos «que fuera impresa hacia el año 1762» (pág. 35); que aun siendo la edición de Madrid, en la oficina de Manuel Martín, 1765, «la primera en que la palabra *Quijote* se estampa con *jota*», no cabe extrañarse de que Ríos, desconocedor de ésta y poseedor de otra de la misma población, impresor y año, «asentase la afirmación de que la primera en que se introdujo aquel cambio fué la de 1777» (pág. 37); que las láminas de la edición de Barcelona, imprenta de A. Bergnes y Compañía, 1832, de que está falto el ejemplar de la Biblioteca Nacional, según Ríos «están delicadamente grabadas por P. Alabern sobre los dibujos de la impresa por la Imprenta Real en 1797» (pág. 58); que también está falto de las láminas descritas por Ríos el ejemplar de las *Nuevas anotaciones...* de Bastús y Carrera, Barcelona, 1834 (pág. 59); que la edición con el elogio de Cervantes por D. José Mor de Fuentes, de París, librería europea de Baudry, 1835, se diferencia «del descrito por Ríos en que no está falto de la dedicatoria al Duque de Béjar, del prólogo de Cervantes ni de los versos que van en los preliminares de la primera parte» (pág. 60); que los dos tomos del *Quijote*, 1857, imprenta de Luis Tasso, en Barcelona, según Ríos se vendieron a cinco reales cada uno (pág. 70); que aun sin tener fecha la edición corrigi-

(41) Pág. 739.

da y anotada por Ochoa, París, librería de A. Fouraut, el Sr. Del Río se atiene a la opinión de Ríos de que fuera la del año 1860 (pág. 72), y también se atiene al parecer de Ríos de que fuera de Payro el retrato de Cervantes que figura en el tomo I de la edición de Valencia, librería de Pascual Aguilar, 1872 (pág. 78).

D. Feliciano Ortego, con sus *Pruebas de la restauración de la primera edición del Quijote de 1605*, incurrió en «un mayúsculo error», como confirma el Sr. del Río. «Es muy interesante lo que dice [Ríos] en el tomo II [de su *Bibliografía*], por insertar en él una carta de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en la que el insigne polígrafo da su opinión después de haber visto la edición de Ortego» (pág. 86).

Ríos señala las variantes del *Quijote* de Zaragoza, 1884-1885, tomadas de las ediciones de la Real Academia, y D. Gabriel M. del Río las aprohija (pág. 87). A la de 1819 va ajustado el texto de la del editor Felipe González Rojas, Madrid, 1887, a juicio de Ríos (pág. 89). Este sostiene que se imprimió en 1894 la de Barcelona, tipolitografía de Luis Tasso, sin año (página 94). También afirma Ríos que la primera traducción portuguesa del *Quijote* es traducción literal de la segunda edición de Cuesta, «pero es de notar que en ella se han dejado en su idioma original las poesías intercaladas en la obra y suprimido prólogo, dedicatoria y versos preliminares» (pág. 125). La cuarta edición francesa del *Quijote*, de la primera parte, impresa por Jean Mestais, París, 1625, que no tiene la Biblioteca Nacional, aunque sí posee la tercera edición de la segunda parte, del mismo año e impresor, la describe Ríos (pág. 129). Acerca de la edición francesa de 1704, de cinco tomos, con la continuación por Saint-Martin, copia de la de 1700, aunque la portada indica lo contrario, «es lo cierto, como dice el Sr. Ríos, que la única mejora fué modernizar la ortografía». Y según el mismo bibliógrafo, «hay ediciones de este año que tienen agregado el tomo VI que da fin a la continuación de Saint-Martin, y que fué reimpresso en 1715» (pág. 133).

Asegura Ríos que la edición francesa de París a expensas de las librerías asociadas, 1752, fué traducida por Themiseus de S. Hyacente (a) *Dr. Mathanasius* (pág. 140). Para la edición de Amsterdam y Leipzig, 1768, también afirma Ríos que sirvió de modelo la de 1741. «Tanto por su parte tipográfica, honra de las prensas francesas del siglo XVIII, como por lo depurado y corregido de su texto», aquélla es para el cervantista catalán una hermosa edición (pág. 142).

La traducción del *Quijote* en italiano, en 1622, primera edición, hecha por Franciosini tomando por modelo la edición en castellano de Bruselas de 1607, es indagación de Ríos (pág. 175). La de Venecia, 1738, está ajustada, según el mismo bibliógrafo, «a la de Venecia, 1722, que no posee la Biblioteca Nacional, por lo cual [dice el Sr. del Río] no podemos hacer la comprobación, aunque la damos por hecha, pues rara vez se equivocó en este punto aquel insigne bibliógrafo cervantino» (pág. 177) 43 láminas, como especificó Ríos, y no 33, como tiene el ejemplar de la Biblioteca Nacional,

tiene la obra *Le lumineuse geste di Don Chisciotte disegnate ed incise da Francesco Novelli* (pág. 178). Otra edición inglesa, falta de los cuatro dibujos de Hayman, es la que, según el Sr. Ríus, adornan la edición de Glasgow, 1771 (pág. 194). La de Londres, traducida por Charles Henry Wilmot, sin año, a Ríus no le ofrece duda que esté impresa en 1774 (pág. 195). En 1799, la edición traducida al inglés por el Dr. Smollet e impresa en Londres por C. Cooke (pág. 200).

La hermosa edición, «muy bien impresa en excelente papel», de Londres, 1820, traducción de Charles Jarvis, según D. Leopoldo Ríus, «tomó por modelo la de 1811, y está adornada con láminas grabadas en acero por Ch. Heath, sobre los dibujos de Westall» (pág. 206). «Reimpresión estereotípica, como dice el Sr. Ríus, de la publicada por la misma casa editorial en el año 1865», en forma más económica, es la de Boston, Littel, Brown and Company, 1870, traducida por John G. Lockhart (pág. 218).

Fué el traductor de la primera edición holandesa del *Quijote*, 1657, Lamberto van der Bos, cuyas iniciales van en la portada. Como dice Ríus, tomó por modelo la segunda edición de Cuesta (pág. 234).

La traducción alemana por F. J. Bertuch, Leipzig, 1780-1781, «suele estar adornada, según dice el Sr. Ríus, con 15 láminas y nueve viñetas del notable artista alemán Chodowiechi, grabadas por Berger, y un retrato de Cervantes, de las que carece el ejemplar de la Biblioteca Nacional» (página 243).

La edición madrileña de 1622, *A costa de Domingo Gonçalves, mercader de libros*, expresó Ríus que tomó por modelo la impresa en Madrid por Juan de la Cuesta en 1617 (pág. 282).

La edición de las *Novelas ejemplares* de La Haya, 1739, como afirma el Sr. Ríus y se deduce de la aprobación y licencia, copiósse el texto de la de Barcelona, 1631 (pág. 285). El propio Ríus describe otra edición francesa del mismo año 1633, *Chez Nicolas & Jean de la Coste*, en vez de *Chez Cardin Besogne*, que es la que hay en la Biblioteca Nacional (pág. 313, columna 1.<sup>a</sup>). Otro caso análogo: la edición de Amsterdam, *Chez Marc Antoine*, 1707, en poder de la misma Biblioteca Nacional, que coincide con la que Ríus describe en el mismo número de hojas, las mismas signaturas y el mismo año, «pero con este pie de imprenta: A Paris. | Chez Michel Clousier, Quay | Malaquais, a la Charité | MDCCVII» (pág. 313, colum. 2.<sup>a</sup>). «Otra reproducción de la publicada por el mismo impresor en 1705, que no posee la Biblioteca Nacional, pero que describe el Sr. Ríus», es la de Amsterdam, *Chez Marc Antoine*, 1707 (pág. 313, colum. 1.<sup>a</sup>).

Para una edición inglesa (procedente de D. Pascual de Gayangos y falta de la portada) de las *Novelas ejemplares*, traducidas por Thomas Shelton y publicadas en Londres [1742], D. Gabriel M. del Río ha utilizado la descripción de Ríus (pág. 321).

En cambio el autor de la *Bibliografía crítica* «menciona sucintamente una edición de *La Numancia*», Bielefeld, librería de Velhagen y Klasing, 1846 (pág. 342).

Llegamos por fin a un disentimiento del Sr. del Río. Como sucedió con el *Quijote* ocurrió con *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia septentrional*. Hay tres impresas en Barcelona el año 1617: una, *a costa de Raphael Viues, mercader de libros*, que está en la Biblioteca Nacional; otra, *a costa de Juan Simón*, que está en el Museo Británico, y la última, *a costa de Miguel Gracián*, siendo de todas el mismo editor Bautista Sorita. Esta fué de Rius, después de Bonsoms y ahora del *Centre d'Estudis Catalans*. Sin ánimo de criticar a Rius, nos dice el autor del *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional*: «Hemos de advertir también que el Sr. Rius describe tan mal la portada del ejemplar que poseía o le proporcionaron que a primera vista parece una edición ignorada para los cervantistas, cuando es la misma que hemos reseñado, según nos asegura quien la examinó por encargo nuestro.» Por consiguiente no hay otra diferencia entre los dos ejemplares, el de Rius y el de la Nacional, que la indicada por el Sr. del Río (pág. 353). «Dice el Sr. Rius que para la edición del *Persiles*, de Pamplona, 1617, sirvió de modelo la impresa en Valencia en el mismo año por Pedro Patricio Mey, quien a su vez tomó para la suya el texto de la príncipe». Y nos comunica el Sr. Del Río: «Como la Biblioteca Nacional no posee ejemplar de aquella edición no podemos comprobar la afirmación del culto bibliógrafo, que damos desde luego por exacta» (pág. 354).

Indudablemente la edición príncipe del *Persiles* sirvió de modelo para la de Bruselas, 1617 (pág. 355), según Rius. Como para el mismo es reimpresión exacta la de Barcelona, 1734, de la de Madrid por Pedro José Alonso de Padilla, 1728 (pág. 356).

Según el Sr. del Río no describe Rius la edición francesa del *Quijote* de París, Chez Couturier Fils, libraire, 1777 (pág. 382). Las láminas del *Quijote* traducido por T. Smollett, Glasgow, 1803, firmadas por Carnicero, «están inspiradas por Coppel, como dice el Sr. Rius» (pág. 385). La de Berlín-Buenos Aires, 1730, ya adornada con doce láminas que en la edición francesa de Lausanne & a Genève, Chez Marc. Mic. Bousquet & Comp., 1744, citada por Rius, y en la de 1759, de los mismos impresores, aparece (página 391). Dice Rius que D. Marcelino Menéndez y Pelayo, al darle noticia del descubrimiento de la traducción latina de *El licenciado Vidriera* por parte de Gaspar Ens en Colonia, 1631, le indicó que el primero que se fijó en ella fué el profesor holandés De Haan. «Así, en efecto—dicen el Sr. del Río— se lo oímos afirmar más de una vez al insigne y glorioso polígrafo» (pág. 395). También nos dice de que D. José Toribio Medina, con la edición del *Viaje del Parnaso*, Santiago de Chile, 1925, ha completado las referencias bibliográficas de Rius, «que sólo alcanzó [alcanzaban] hasta el año de 1895» (pág. 835).

Esto, por lo que se refiere a las obras de Cervantes, pone a las claras el trabajo enorme de compulsa del Sr. del Río y su persuasión de ser el mejor mentor la *Bibliografía crítica...*, de D. Leopoldo Rius.

En la *Miscelánea cervantina* el autor del *Catálogo bibliográfico de la*

*Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional* describe una obra nuestra en que figura una *Relación cronológica de los documentos concernientes a la vida de Cervantes*, en la que se aportan todos los que acarreará Rius de los documentadores por él conocidos y los que después de su muerte apreciaron (pág. 443).

El original de *El cachetero del buscapié*, de D. Cayetano Alberto de la Barrera, fué regalado en 1869 por su autor al entusiasta cervantista sevillano D. José María Asensio y Toledo; más tarde lo poseyó D. Francisco Asenjo y Barbieri, en cuyo poder lo vió y consultó D. Leopoldo Rius para mencionarlo en su *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*, y por muerte de Barbieri pasó a ser de propiedad de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en cuya Biblioteca de Santander se custodia. A la inteligente iniciativa del jefe de ésta, D. Miguel Artigas y Ferrando, se debe la primera impresión. Así se expresa el Sr. del Río (pág. 449).

Al tratar de la obra *Estudio acerca de Cervantes y el Quijote por Eduardo Benot*, sapientísimo filólogo, enumera cuanto contiene en la segunda edición de 1905, finalizando con la «valiosa opinión acerca de la *Bibliografía crítica* de D. Leopoldo Rius y Llorellas» (pág. 454).

Obra que gozó de gran predicamento en su tiempo fué el *Hudibras*, del inglés Samuel Butler, que, «según el Sr. Rius, la parte primera apareció en 1663; la segunda en 1664 y la tercera, en 1668, y la obra entera ha sido traducida al alemán y al francés» (pág. 470, colum. 1.<sup>a</sup>). Otra edición de Londres, 1726, y la traducción francesa por el inglés Mr. John Towneley, de Londres, 1757, no las hemos visto citadas por Rius (pág. 470, columnas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>).

Rius cita otra edición del *Don Quichotte-Poème héroï-comique en six chants suivi de poésies diverses*, de Lazare Nicolas, Marguerite Carnot, París, A. L. Guyot, editeur, «la de París (Brockhaus, in Leip. 2), en 1821» (página 474).

Rius fué colaborador de las revistas *Cervantes* y *Crónica de los Cervantistas*, la una dirigida por D. José María Casenave, y más tarde por D. Manuel Tello Amondarayn, y la otra por D. Ramón León Máinez. ¡Lástima que la Biblioteca Nacional no tenga completa la primera colección! En estas colecciones figuran trabajos críticos y bibliográficos de don Leopoldo Rius (págs. 496, 521 y 522), y se puede apreciar su futura talla gigantesca con el caudal bibliográfico de que ya disponía.

Rius manifiesta en su obra citada «que D. Isidro Bonsoms poseía el manuscrito original rubricado por el autor», D. Rafael José de Crespo, de *Don Papis de Bobadilla*, «y firmado por el censor Laredo, para darlo a la estampa» (pág. 515). Esta obra, francamente, la rechazamos, pues aunque hace intervenir el autor a Vives, Quevedo y Cervantes, su defensa del cristianismo, crítica de la seudofilosofía, escenas insulsas, parlamentos y digresiones sin interés, aconsejan que sea separada de las imitaciones del *Quijote*.

Según Rius, la primera edición de *Or the Proverbialist*, de John William

Cuninghan, que también separaríamos de las citadas imitaciones, «apareció el año de 1816 y la segunda el de 1817, en el cual está impresa la que acabamos de describir» (pág. 527).

La sexta edición del *Quijote* apócrifo fué anotada y precedida de una introducción por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, e impresa en Barcelona el año 1905. Además lleva una carta dirigida a M. Alfred Morel-Fatio por J. E. Serrano y Morales. La introducción es una carta de D. Marcelino y «por él dirigida, en 15 de febrero de 1899, a D. Leopoldo Ríos, y que éste incluyó en su *Bibliografía crítica*, a la cual añadió una postdata» (página 556). «El Sr. Ríos —nos dice el autor del *Catálogo bibliográfico*—, en el número 473 del tomo II de su *Bibliografía*, rebate una por una cuantas censuras dirigió A. Germond de Lavigne, traductor del falso *Quijote* en 1853, a la novela de Cervantes» (pág. 557).

Ríos citó, valiéndose de la *Droapiana del año 1869*, del famoso *Doctor Thebussem*, «una zarzuela que se representó en Madrid, en el mes de julio de aquel año, con el nombre de *Don Quijote en las bodas de Camacho*, con música de Mercadante, zarzuela que cree ser este mismo melodrama jocoso [*Don Chisciotte alle nozze di Gamaccio*], representado en Cádiz en el año de 1830» (pág. 568).

«Según el Sr. Ríos —sigue diciendo D. Gabriel M. del Río—, pues no hemos comprobado la cita, Ticknor dice que este folleto [el de D. Valentín de Foronda, autor de las *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quixote*], fué impreso en Filadelfia» (pág. 577).

La obra titulada *Instrucciones económicas y políticas. | Dadas por el famoso Sancho Panza, | Gobernador de la Insula Barataria, a un | hijo suyo, apoyándolas con refranes cas- | tellanos en que le prescribe el método | de gobernarse en todas las edades | y empleos, |* y que lleva el criptónimo *D. A. A. P. y G.*, el Sr. Ríos la describe entre los trabajos cervantinos de Pedro Gatell, por cuya razón así la encabeza el Sr. Del Río, «pero advirtiendo que tanto Sbarbi en el tomo indicado [el V] de su *Refranero*, como Cotarelo en sus *Imitaciones* [el discurso de su recepción en la Real Academia Española], la consideran como anónima, y que asimismo, del criptónimo que figura en la portada, tampoco se desprende ese nombre» (pág. 584).

Al describir el Sr. del Río la *Colección cervantina* del *Centre d'Estudis Catalans* que ha catalogado e impreso D. Juan Givanel, historia cómo fué donada por D. Isidro Bonsoms, quien a la suya unió la de Ríos a la muerte de éste, cuya colección excedía mucho a aquélla. También da noticias de que D. Juan Givanel «tenía reunidas numerosas papeletas para publicar dos libros con los títulos de *Omisiones y correcciones a la Bibliografía de Don Leopoldo Ríos* y *Mil numeros cervantinos para añadir a la Bibliografía de Ríos*» (pág. 592).

Una obra, la primera en que fué extractado el *Quijote*, la menciona, pero no la describe Ríos. La tenía Ticknor en su colección con una nota manuscrita suya, «para uso de los franceses que aprendan español». Esto

se proponía el *Homicidio de la fidelidad. | Y la defensa | del | honor. | La Meurtre de la fidelité, | et | la defense de l'honneur. | Où est racontée la triste, & pitoyable aventure du Berger Philidon, & les raisons de la belle & chaste Marie | celle accusée de sa mort. | De l'excellence des Armes sur | les Lettres.* — A París, | par Jean Richer | 1609 (pág. 611).

Para D. Gabriel M. del Río los dos monumentos erigidos a la memoria del príncipe de los ingenios españoles son la *Iconografía*, de los señores Henrich y Comp.<sup>a</sup>, Barcelona, 1905, y la *Bibliografía* de Ríos (pág. 620).

La Biblioteca Nacional de Madrid no tiene esta obra, *The female Quixote; or the Adventures of Arabella*. London, 1752, de Charlotte Lennox. No tiene más que una traducción española, *Don Quijote con faldas | o | perjuicios morales | de las disparatadas novelas*. «El Sr. Ríos cita otra edición [en inglés], impresa por Cooke en Londres en 1799, en dos tomos, adornada con hermosa lámina», cuyos títulos menciona (pág. 636).

Además de la edición madrileña, de 1728, de la obra *Querrela, | que Don Quijote | de la Mancha, | da en el Tribunal de la | Muerte, | contra D. Francisco de Quevedo, | sobre la primera, y segunda parte | de las visiones, y visitas | de D. Diego de Torres. | Escrita | por Don Nicolás de Molani Nogvi | Interiano* (Madrid, 1728), de que es poseedora la Biblioteca Nacional; «Ríos cita una edición de Sevilla», cuyo pie de imprenta se detalla (pág. 666).

Supone D. Gabriel M. del Río que Ríos describió mal el *Napoleón, | o | El Verdadero D. Quijote | de la Europa, | o sean | Comentarios crítico-patriótico-burlescos | a varios decretos de Napoleón y su | hermano José, distribuidos en dos partes y cincuenta capítulos, y escritos | por un español amante de su patria y | rey desde primero de febrero de 1809 | hasta fines del mismo año* (Madrid, 1813), porque «indudablemente manejó un ejemplar incompleto» (pág. 680).

El Doctor Thebussem, autor del *Programa de las fiestas que en el aniversario del nacimiento del señor Don Quijote de la Mancha, y en honor de Miguel de Cervantes Saavedra, han de celebrarse el día 31 de septiembre de 1876 por los discretos moradores de la Casa del Nuncio de la imperial ciudad de Toledo* (Gibraltar, 1876), «según el Sr. Ríos, en tono que quiere ser humorístico y es satírico, con el pretexto de ridiculizar muchas de las composiciones que suelen hacerse en las fiestas literarias que se celebran en honor de Cervantes en el aniversario de su muerte, en el de su nacimiento o en el de la publicación de alguna de sus obras, fustiga con gracia, en los títulos de los temas que atribuye a los más conocidos cervantistas de la época, en la primera parte de la fingida función, la monomanía de éstos, que aún perdura en los tiempos actuales [y en los nuestros], de ver en las obras del príncipe de nuestros ingenios especiales conocimientos en materias determinadas del saber humano que jamás tuvo la pretensión de poner de manifiesto, ciertos ideales políticos o religiosos de los que no se encuentra el menor atisbo, pensando cuerdamente, en la producción literaria que de él ha llegado hasta nos-

otros y las extravagantes averiguaciones a que han llegado algunos» (páginas 698 y 699).

Sobre otra imitación del *Quijote*, *Historia fabulosa | del distinguido caballero | Don Pelayo Infanzón | de la Vega, | Quijote de la Cantabria, | por Don Alonso Bernardo | Ribero y Larrea*, nos dice el Sr. del Río: «Ríos cita un artículo crítico sobre esta obra, escrito por D. Antonio Balbín de Unquera e inserto bajo el epígrafe de *Bibliografía bable* en el *Almanaque* asturiano de *El Carbayón* para 1884, y una carta de D. Gaspar Melchor de Jovellanos dirigida al autor Sr. Ribero, que existe manuscrita en el archivo Jovellanos en el Instituto de Gijón, y ha sido publicada en los *Datos para la biografía de Jovellanos*, reunidos por D. Julio Somoza. Habana, Madrid, 1885» (pág. 735).

Anteriormente a las conferencias de D. Francisco Rodríguez Marín *El Quijote y Don Quijote en América*, leídas en el Centro de Cultura Hispanoamericana los días 10 y 17 de marzo de 1911, los eruditos habían creído que en virtud del sinnúmero de reales cédulas prohibitorias «nuestros antiguos libros de caballerías, y en general los de materias profanas y fabulosas e historias fingidas, el *Quijote* entre ellos, no fueron llevados a las Indias durante todo el siglo xvi y gran parte del xvii, salvo alguno que otro ejemplar que llevase escondido algún viajero». Por esta razón «nadie podía explicarse cómo es tan reducido el número de ejemplares de la edición príncipe». Ríos, según ya vimos al hablar de esta edición príncipe, lo achacaba a «que por la falta de explicación del robo del rucio, Cervantes o el librero procurarían retirar los ejemplares de la primera, activando solamente la venta de la segunda impresión en Madrid». El Sr. Rodríguez Marín descubrió en el Archivo general de Indias, en los llamados *registros de idas de naos*, «que las reiteradas prohibiciones de que hemos hecho mención no se cumplían». Así como por la segunda conferencia, para probar la popularidad del *Quijote* en España, describió «las cinco fiestas mencionadas por Ríos y celebradas entre los años de 1614 y 1618, en las cuales salieron mascaradas alusivas a la novela» (págs. 745 y 746).

El Sr. del Río, al describir con todo detalle la *Colección cervantina de la Sociedad Hispánica de América*, por el excelente bibliógrafo y amigo nuestro D. Homero Serís, nos dice: «En la introducción el autor da cuenta del origen del fondo cervantino de la Sociedad Hispánica de América, de la idea que le impulsó a realizar este trabajo, de la forma en que lo ha llevado a cabo y del fin que con él se ha propuesto, el cual no es otro que llenar los vacíos y los yerros que cree haber notado en las descripciones hechas por D. Leopoldo Ríos en su *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*, señalando con este motivo las variantes que advierte entre las ediciones descritas por este insigne bibliógrafo cervantino y las que él hace ahora, de las cuales aquél no tuvo noticia, los errores en que entendié incurrir y, finalmente, las [ediciones] de que carece la colección Bonsoms.»

El autor del *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la*

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

*Biblioteca Nacional* nos sigue diciendo: «Distribuye las ediciones por siglos, desde el xvii hasta el xx, ambos inclusive, y dentro de ellos hace una descripción bibliográfica completa de las correspondientes al siglo xvii, y de las restantes centurias cuando el ejemplar es desconocido o presenta alguna variante con su similar descrito por Ríos, y finalmente de las que aparecieron con posterioridad al año de 1895, fecha en que terminó su repertorio este bibliógrafo cervantino. De las ediciones que no se encuentran incluidas en estas condiciones sólo da una lista con la indicación del pie de imprenta respectivo, el número de sus volúmenes y su tamaño.»

Prosigue su descripción el Sr. del Río: «Compréndese en este catálogo (el de D. Homero Serís) un total de 191 ediciones castellanas del *Quijote*, de las cuales corresponden al siglo xvii, 26; al xviii, 35; al xix, 131, y al xx, nueve.»

Después el Sr. del Río enumera lo que «en los seis apéndices se contiene: Primero, 90 números de obras y artículos sobre bibliografía de Cervantes que ha tenido en cuenta el autor para hacer su trabajo. Segundo, 19 ediciones de *Don Quijote* que no cita Ríos. Tercero, 14 ediciones de la colección cervantina de la Hispanic Society, que difieren, dice, de las descritas por Ríos. Cuarto, 19 ediciones castellanas de *Don Quijote* que afirma no posee la colección Bosonms. Quinto, señala en él algunos errores de la *Bibliografía* de Ríos, ocho en el tomo primero y tres en el segundo. Sexto, indica las erratas no salvadas en la repetida *Bibliografía* de Ríos, que son diez y seis».

«Ilustran este catálogo —nos dice además D. Gabriel M. del Río— tres láminas dobles, que son otras tantas fotografías de tres vitrinas en que se hallan las ediciones de los siglos xvii, xviii y xix, y los facsímiles de las ediciones siguientes: edición príncipe, o primera de Cuesta, de 1605; edición también de Cuesta, *desconocida*, de 1605; segunda edición de Cuesta, de 1605; primera edición de Cuesta de la segunda parte, de 1615; edición de Madrid, de Pedro del Castillo, de 1723; edición de Sevilla, de 1731; edición de Lisboa, 1775, y edición de Salisbury, de 1781.»

La opinión que emite sobre la *Nueva impresión de la edición príncipe*, razonada por extenso, es por completo desfavorable, «sin dejar de enaltecer y de aplaudir el trabajo del Sr. Serís y la sinceridad con que él mismo proporciona todos los datos para que la crítica pueda formular su juicio sobre el particular» (págs. 776 a 778).

Mr. Robinson Smith se inspiró, como nos relata el Sr. del Río, para *The Life of Cervantes* en las obras de Navarrete, Clemencín, Gallardo, Ríos y Pérez, pese a errores que documentos recientes han puesto de manifiesto, pese a conjeturas y suposiciones faltas de pruebas documentales (pág. 785).

La comedia famosa *La Gitanilla de Madrid*, de D. Antonio de Solís, «aunque inspirada en el famoso cuento cervantino», es más bien «una refundición o arreglo, como dice el Sr. Ríos, de la obra del mismo título del doctor Juan Pérez de Montalván» (pág. 786).

Es la última referencia concerniente a Ríos la de que D. Juan Suñé Benages, uno de los continuadores del *Quijote* anotado por el Sr. Cortejón, introdujo en su *Bibliografía crítica de ediciones del Quijote impresas desde 1605 hasta 1917, recopiladas y escritas*, una reproducción, «por lo que a la parte crítica se refiere», de la del primer bibliógrafo cervantino don Leopoldo Ríos, «cosa que nada de particular tiene, porque rara vez se equivocó aquel preclaro cervantista al señalar los modelos que escogieron para sus textos editores y traductores [al ponderar] el mérito literario del trabajo de estos últimos y [al describir] el valor artístico y tipográfico de las ediciones por él vistas y relacionadas en su monumental *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*» (págs. 789 y 790).

En resumen: si Bowle, como anotador primero del *Quijote*, difundió la espiritualidad del cervantismo hasta la más alta estirpe literaria, Ríos, por su parte, como bibliógrafo le aventajó en clarividencia, estudio y persuasión para legar a las generaciones venideras el oro cervantino, bien de obras propias, bien de obras ajenas, cribado de toda impureza. En el *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional* cuantas referencias a aquellos cervantistas se refieren pueden servirles de semblanza perenne, puesto que todos los que estudian el cervantismo, al profundizar en todos los temas que abarcan, corrigiéndoles y enmendándoles en sus errores, destacarán con mayor claridad y deslumbramiento el genio de Cervantes.

\* \* \*

¿Hay extralimitaciones en la obra de D. Gabriel M. del Río? ¿Debe considerarse limpia de todo desliz, error u omisión?

Aparte de encontrar en ella muy depurada técnica para compendiar, concretemos.

Sólo hemos conseguido que se inspiren allende los mares en nuestro *Quién fué el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*. En Santiago de Chile, tres años después, en 1918, publicó D. José Toribio Medina *El disfrazado autor del Quijote impreso en Tarragona fué fray Alonso Fernández*, general de los dominicos, a quien nosotros atribuimos y seguimos atribuyendo la paternidad. El Sr. del Río, al describir en la página 442 nuestra obra, manifiesta que el Sr. Medina profesa «la misma opinión del señor Baig Baños; sostiene la tesis que éste había expuesto, aunque llevándola por otros carriles». Más tarde, en la página 552, al enumerar a cada uno de los patrocinadores de los candidatos a aquella paternidad, sostuvo el señor del Río que nuestra opinión la «adoptó más tarde como suya, sin mencionar para nada al Sr. Baig, D. José Toribio Medina».

Unas y otras locuciones caen de lleno en el lenguaje urbano del eufemismo. No las censuramos y las agradecemos, porque revelan cariño y

ecuanimidad. Tampoco nos parece mal que su ejercicio crítico lo supedite al *Magister dixit*. Con carta al frente de nuestra obra, D. Francisco Rodríguez Marín nos aplicó gentil y cordial espaldarazo. Todos los que han leído nuestra obra paran la atención en que el pleito sigue sin ventilarse, y no se resolverá hasta que se encuentre el documento justificante. A esta norma se adhiere el Sr. del Río en la página 553, transcribiendo frases de *El apócrifo secreto de Cervantes*.

Ahora bien: hemos callado desde el año 1915 hasta el año de gracia por sumisión y acatamiento. Era una sentencia de fallo inapelable que considerábamos intangible. Pero era en boca del patriarca actual, no en labios de nadie más, y menos de un amigo fraternal con quien tenemos confianza para argüirle. ¿Cabe poner sobre nuestras cabezas la conjetura disparatada y anagramatizante del Alfonso Lamberto de D. Marcelino Menéndez y Pelayo? ¿Es el autor del falso *Quijote*, como dijo D. Marcelino y repite don Francisco, un estudiante famélico ávido de la ganancia? ¿Dónde están los documentos que lo acrediten? ¿Que son frases, las últimas, del propio Avellaneda? ¿Quién negará que era éste más joven que Cervantes, más afecto a la Iglesia, más irónico para el «ingenio lego», más desdeñoso para el romance vulgar, más devoto del santo rosario, más historiador que el autor de los «sinónomos», más sutil en la invención, más amigo del «monstruo de naturaleza», menos murmurador, maldiciente y envidioso, menos rechazado de duques, marqueses y condes distribuidores de sonetos laudatorios? ¿No son también documentales los dos prólogos de Cervantes, el del *Quijote*, parte primera, y el de las *Novelas ejemplares*? ¿No es documental la *Junta de libros impresa y manuscrita* que falta de la sección de *Manuscritos* de la Biblioteca Nacional, en la cual se afirmaba ser Alonso Fernández el autor del *Quijote* tarraconense? ¿No es documental, respecto a la enjundia dominicana de este libro malhadado, las razones aportadas por el padre dominico fray Maximiliano la Canal en su folleto, que no figura en la Nacional, *El padre fray Andrés Pérez de León, O. P., autor de la placara Justina y del falso Quijote*? (42). ¿Podremos alegar que el autor de este libro nada vale y nada significa en las letras hispanas por estar incluido entre las autoridades del idioma patrio?

¿No ha conjeturado antes de tener los justificantes el Sr. Rodríguez Marín sobre la enemistad de Cervantes con el dominico Blanco de Paz? (43). ¿Para qué le sirven los documentos sobre los Quijadas y Quesadas si no prueban *El modelo más probable del Don Quijote* en contraposición con el de Sbarbi (44) y con los mantenedores de las leyendas argamasilleras? (45). ¿Quién le presenta el veto al maestro? ¿Quién le recuerda sus frases textuales, doliéndose de la poca fortuna conjetural que tuvo con

(42) Madrid, 1926.

(43) Pág. 754.

(44) Pág. 770.

(45) Pág. 422.

*El Loaysa de El celoso extremeño?* Y en lo tocante al concepto de trabajar descansado cuando le place al conjeturante sin despetañarse y pasar horas y más horas en los archivos, ¿no recuerda el Sr. del Río cómo don Francisco le remitió al Sr. Pérez Pastor algunos documentos cervantinos y cómo le sirvió de *cicerone* a Navarro Ledesma en Sevilla? ¿Nos hemos olvidado también de las cartas cervantinas que dirigió al *Doctor Thebussem*? D. Américo de Castro, en *El pensamiento de Cervantes*, ¿qué veladas alusiones dirige acerca de los documentos? Además, hay varias clases de documentos. Unos que se refieren al particular y otros que están a mil leguas de distancia. Si bien el Sr. del Río es de nuestra opinión, en el *Apéndice general* y en la *Miscelánea cervantina* ha incluido, sin serlo más que dos o tres muy superficialmente, los *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos recogidos y anotados por el comandante García Rey* (pág. 842). En cambio pudo hacer una excepción con nuestro *Epistolario de Don José de Armas*, en el que se hace de éste una semblanza cervantina y se acompaña la correspondiente bibliografía, que falta en la de Rius. Dicha excepción pudo alcanzar a las referencias que da sobre don Valentín de Foronda al describir nuestro opúsculo *Un folleto raro cervantófobo* (págs. 442, 576 y 577), con los artículos nuestros *Transcripción de un folleto raro cervantófobo: Preámbulo*, en *España y América*, 1, 11, 1925; págs. 176 a 187; *Alrededor del cervantófobo Don Valentín de Foronda*, en *REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO*, del Ayuntamiento de Madrid, segundo trimestre, 1926, págs. 189 a 202; *¿Qué se requirió para ser Don Valentín de Foronda caballero de la Orden de Carlos III?* (Madrid, 1927; 28 pág.); *Los Estados Unidos en 1803*, en *Revista de las Españas*, septiembre-octubre, 1927; números 13 y 14, págs. 598 a 603, y *La Real Compañía de Filipinas, el Banco Nacional de San Carlos y el mayorazgo Don Valentín de Foronda*, en *Revista Nacional de Economía*, julio-agosto, págs. 75 a 92, y septiembre-octubre, págs. 253 a 285, todos los cuales, aunque los tres últimos no sean cervantinos, acreditan que de vez en cuando somos «ratones de biblioteca». También figura nuestra referencia sobre *Don Guillén de Castro no pudo ser el falso Alonso Fernández de Avellaneda: Carta abierta al señor Don Emilio Cotarelo y Mori* (46) (Valencia, 1921), que ha debido traspapelarse en la Nacional, en nuestro folleto *Labor cultural de un valencianista ilustre* (Madrid, 1923). Estos artículos, mencionados en la página 445, columna segunda, siendo cervantinos casi en su totalidad, han sido separados por no serlo totalmente.

Completemos la colección de los cervantinos: *La venera del cervantismo*, en *La Correspondencia de España*, 22, 6, 1922; *El periodista que ha escrito más artículos cervantinos*, en *Alrededor del Mundo*, 26, 11, 1927; *En pro del monumento a Cervantes*, en *El Norte de Castilla*, 9, 10, 1927; *Antiguallas cervantinas de la prensa madrileña*, en *REVISTA DE LA BI-*

(46) El autor es el cervantista valenciano D. Francisco Martínez y Martínez.

BLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, tercer trimestre, 1927; págs. 345 a 358); *En deuda con Cervantes*, en *El Universo*, 6, 1, 1928; *Cávia como cervantista*, (Madrid, 1928, 45 páginas); *Una charla con Don Francisco Rodríguez Marín acerca de su última edición crítica del Quijote*, en *La Esfera*, 30, 3, 1929, y *Rodríguez Marín, anotador del Quijote*, en *Erudición Ibero ultramarina*, números 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, enero a marzo, abril a junio, julio a septiembre, octubre a diciembre, en números sucesivos continuará, y en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo* nuestro artículo *Célestin Manteuil y su retrato de Cervantes* (47).

En nosotros ha estado la falta; el Sr. del Río nos hubo de pedir una nota concerniente a todo lo que habíamos publicado, y *nos olvidamos de ello* para no entorpecerle en el *Apéndice general*.

Sobre la bondad e indnlgencia del Sr. del Río, nadie mejor que don Miguel Cortacero y Velasco para corroborarlo. No suponemos que este venerable sacerdote pretenda ocupar una poltrona académica por el mérito de sus libros *Cervantes y el Evangelio o el simbolismo del Quijote*, *Don Quijote y Sancho: nuevos comentarios*, *Quisicosas del Quijote* y *Quisicosillas del Quijote*. Con todo y con esto, las largas parrafadas del Sr. del Río son un lauro para su indiscutible cultura y su innegable filosofía (págs. 506 a 510).

Si pudiera hablar el tomo segundo, el de las biografías conocidas, de la edición crítica del *Viaje del Parnaso, compuesto por Miguel de Cervantes*, anotado en Santiago de Chile, 1925, por D. José Toribio Medina, *se le quebraría de puro sutil* (pág. 836).

Bien se ha empapado de *sotilezas* el Sr. del Río, y bien nos endilga extensas referencias del exoterismo, audaz por excelencia, de D. Baldomero Villegas y sus obras. Basta enumerarlas para percatarse de ello.

Bien están para aquel fino ingenio de D. Nicolás Díaz de Benjumea, siempre pulcro y correcto, aunque en sus postrimerías perdiera los estribos y replicara con la misma virulencia con que en sus polémicas se zurran la badana de firme D. Bartolomé José Gallardo y D. Adolfo de Castro con motivo de *El Buscapié* (págs. 532 a 537, 481 a 485 y 580 y 581). En ningún caso de éstos, con acritudes y sin ellas, ni una sola letra sobra.

¿A qué llamamos nosotros pasividad en casos de apuro? Para el señor del Río no pueden ser casos de apuro que el Sr. Cotarelo, varios de cuyos excelentes trabajos pondera con extensión justificada, se haya quedado sin mencionar en varios más (pág. 514) por carecer de los «datos necesarios para dar de ellos la detallada y merecida cuenta». Uno de los omitidos, *Puntos oscuros de la vida de Cervantes*, (Madrid, 1916), lo tenemos en

---

(47) En *El Liberal* hemos publicado otros dos artículos: *El concebir, el inventar y el mover del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra «fablan» en la plaza de España con el mármol y el bronce; pero les falta la «fabla» de tres siglos ha* (10-I-1930).—*Ante el aniversario de la muerte de Cervantes: El mayor homenaje para las letras cervantinas* (18-IV-1930).—En *La Esfera* (13-X-1930): *Ante los dos colosos en vida y en muerte. ¿En qué le ha superado Cervantes a Lope de Vega y en qué le fué inferior?*

nuestro poder. Otro tanto podía decirse respecto a D. Juan Givanel y Más por el folleto que éste publicó con la titular *Examen de ingenios* (Madrid, 1912). De la edición del *Quijote* anotada por Cortejón ha hecho el más cumplido elogio, confiado en la ecuanimidad de criterio de sus lectores: «Nos honrábamos con la amistad del Sr. Cortejón; alguna vez, seducidos por su bondad, su cultura y su entusiasmo cervantino, le ayudamos en la Sala de Cervantes de la Biblioteca Nacional en la ardua tarea de *buscar variantes* en las diversas ediciones del *Quijote*; no nos atrevemos, por tanto, a juzgar su obra, ni siquiera a dar de ella una breve nota crítica; sólo diremos que durante más de treinta años se dedicó al estudio de la inmortal obra cervantina...», «y que fruto de aquel estudio profundo es esta edición en seis volúmenes [la editada por Victoriano Suárez en 1905-1913], que habrá de tener siempre a la vista el que se proponga trabajar acerca de la inmortal obra de Cervantes» (pág. 108).

¿Quién podrá pasar en nuestros tiempos sin ninfas Egerias por oráculo literario, como pasó en los suyos y se ha perpetuado hasta los presentes por su infalibilidad D. Marcelino Menéndez y Pelayo? ¿Es que rebajamos un ápice su talla gigantesca no juzgándole *un ángel*, un ser perfecto, un espíritu infalible?

D. Marcelino Menéndez y Pelayo tenía hasta el mérito de que, siendo tartamudo como Cervantes, leía sus discursos sin que nadie notara sus defectos de pronunciación. Tal dominio tenía sobre sí mismo. A D. José de Armas, que poseía varios idiomas, le dijo D. Marcelino que había inventado un método rapidísimo para traducir muchas lenguas. Acaso le bastara ponerse en contacto con el ejército de colaboradores que tenía a sus órdenes en Archivos, Bibliotecas y Museos. En el tomo póstumo de la *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra* le chafaron las papeletas y cuartillas de D. Leopoldo Rius. Se la dejaron falta de índices de autores y materias, debido complemento tratándose de archiveros y bibliotecarios. Por ejemplo: al querer buscar en la susodicha obra todo cuanto afecte al tema de la cuna de Cervantes, hay que hacerlo por sí mismo excogitando los números que traten de aquélla en la sección biográfica, que es un conglomerado de varios temas.

No son deslices que se puedan achacar al autor, puesto que la muerte le sorprendió teniendo las cuartillas por ordenar. Deslices son los que nota el Sr. del Río y otros, que sin prejuicios advirtió M. Jean Jacques Achille Bertrand en *Cervantes et le romantisme allemand*, obra admirablemente descrita en el *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional*, pero en donde se han pasado por alto los reparos de que nos hacemos eco (pág. 455).

En su madurez se plañía D. Marcelino Menéndez y Pelayo de haber sido impulsivo. Lo fué con D. Manuel de la Revilla, crítico encanecido en su profesión (léase o reléase *La ciencia española*, de D. Marcelino). Fué contumaz y contundente de veras con quienes no fueron afines suyos (léase o reléase la *Historia de los heterodoxos españoles*). El gran hispanista

francés M. Raymond Foulché-Delbosc ¿no le combatió por desaforados distinguos de infalibilidad? Rico tesoro de crítica científica el de todas sus obras, incluso la impugnación en los *Orígenes de la novela* al Sr. Foulché-Delbosc, que no obstante ofrece *gazapos* cazados por amor a la verdad en el *Ensayo de una biblioteca iberoamericana de la Orden de San Agustín*. El autor de ésta, el P. Gregorio de Santiago y Vela, sobre ser un admirador incondicional del crítico santanderino, se pasó toda la vida desentrañando códices y manuscritos.

Como se observa a simple vista, no son indocumentados los que formulan cargos contra el Sr. Menéndez y Pelayo. Más grave aún es el que lanza como una catapulta D. Américo Castro, catedrático de Filología en la Universidad Central. Reproduzcamos sus frases. En la página 183 de *Lengua, Enseñanza y Literatura* (Madrid, Victoriano Suárez, editor, 1924), al tratar de la crítica filológica de los textos, sostiene: «Un caso típico de edición moderna hecha sin método lo ofrece la monumental publicación de las comedias de Lope de Vega, realizada por la Academia Española y encomendada a D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Por grandes que fuesen los merecimientos de éste como crítico literario, es lo cierto que sus ediciones llevan la huella del más profundo descuido. Y conviene decirlo, precisamente por la misma eminencia de su nombre.» *Sic gloria transit*. El que lo dude coteje las páginas 185 a 190 de la misma obra del Sr. Castro con los tomos correspondientes de la Real Academia Española.

\* \* \*

Dos palabras finales. Después *de enterrar a la falibilidad de las autoridades consagradas*, no cabe más que estimular a los que disponen de alientos propios para que sigan las huellas del Sr. del Río.

No es aquello de asestarle al maestro cuchillada. Ríos como inspirador, don Francisco Rodríguez Marín como asesor, han contribuido a que la Sala de Cervantes tenga en D. Gabriel M. del Río muy docto y erudito intérprete. Rendimos nuestras armas y como hermanos en Cervantes aplaudimos.

AURELIO BAIG BAÑOS.

## ARTISTAS MADRILEÑOS AL SERVICIO DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO

Durante el glorioso siglo xvi y primera mitad del siguiente, bien podemos afirmar que la línea determinada por la cordillera Mariánica, aproximadamente, constituía una barrera separadora de dos zonas peninsulares en las cuales se concentraba la actividad artística de gran parte de España: Sevilla en el Sur y Toledo en el Norte. Ambas ciudades eran los centros de mayor florecimiento, las poblaciones de mayor atraktividad en las Bellas Artes.

La inmortal Toledo era la primera de entre las españolas que contaba con mayor número de artistas nacionales, y adonde aflúan también en mayor número los extranjeros. Y antaño, como hogaño, era ciudad conocida por su historia, leyendas y romanticismos, y por sus murallas, puentes, monumentos y su sin par catedral maravillosa, que ella sola por sí poseía ya cuanto podía apetecer el más exigente espíritu, con sus cuadros de pinturas, tallas, tapices, indumentaria, hierros artísticos, iluminaciones de libros, etc.

Tan riquísimo tesoro, acumulado precisamente en aquellos esplendurosos tiempos del goticismo, al ir desapareciendo, y del espléndido Renacimiento y clasicismo después, fué obra de sinnúmero de artistas de dentro y de fuera que en la ciudad vivieron, atraídos muchos de ellos por la fama de que gozaba, y dominados los más por el espíritu aventurero de aquellos tiempos.

¿Se dejó sentir en las esferas del arte el decaimiento de Toledo con motivo de la marcha de la corte a Madrid en 1561? Si en algunos aspectos la despoblación iniciada fué fatal, puesto que alejó de la ciudad a gran número de familias nobles y ricas y motivó, juntamente con otras causas más complejas, la decadencia de todas las industrias, por lo atañiente a las Bellas Artes el mal no fué tan acentuado, merced a las muchas e importantes obras que todavía fueron ejecutadas durante los reinados de los Felipes II y III. La ausencia y marcha de la corte coincidió con la introducción del clasicismo, y durante él se erigieron algunos monumentos del nuevo estilo, y por el afán de renovación se introdujeron en los más importantes reformas, que retuvieron a muchos artistas y fueron causa de una actividad extraordinaria, en la arquitectura especialmente, y a su tenor, en la escultura y pintura.

Buena prueba de ello la ofrecen el número de bordadores, plateros, pintores, escultores, arquitectos, maestros de hacer campanas, herreros, iluminadores y otros oficios que estaban al servicio del famoso *Consejo de*

Ayuntamiento de Madrid

[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

*la gobernación del Arzobispado toledano*, instituido ya desde el siglo XIII, y compuesto de un presidente, dos o más oidores y un secretario. Y de este organismo dependían todas las cuestiones de índole artística dependientes de la extensísima diócesis toledana, en la cual estaban incluidas en el siglo XVI casi todas las actuales provincias del antiguo reino de Castilla la Nueva, con enclavaciones en las de Cáceres y Bajadoz, Jaén, Granada y Albacete.

Ningún asunto relacionado con obras arqueológicas, en todos los templos, iglesias y eremitorios de la extensa archidiócesis, se sustraía del conocimiento del *Consejo de la gobernación* como organismo meramente consultivo, aunque también podía entender en determinados asuntos de índole gubernativa. Unas veces los Concejos, los particulares otras, y las más de ellas los párrocos y administradores de aquéllas, le proponían las obras que era menester hacer por ser necesarias y de evidente utilidad para la iglesia. El *Consejo* examinaba la propuesta, y al autorizar, mediante licencia concedida, la ejecución de las obras, designaba los artistas que las examinaron, dando su parecer o dictamen. Fijaba los gastos, facultaba el otorgamiento de las correspondientes escrituras por ante el escribano público, y en fin, designaba a veces, los artistas encargados de la hechura. Tal era el funcionamiento del *Consejo* en materias relacionadas con el arte en todas sus manifestaciones.

Todos los artistas que trabajaban en obras dependientes del Arzobispado estaban inscritos en un *Libro donde se escriben los nombres de los oficiales de este Arzobispado a los cuales se dan las obras de las yglesias por su señoría ilustrísima y señores de su Consejo*.

Se conserva manuscrito en el *Archivo diocesano de Toledo*, y comenzó a formarse en 17 de octubre de 1602, y el cual halló no hace muchos meses el distinguido archivero y catedrático de la Universidad pontificia, nuestro particular amigo el doctor D. José Luis Marín, que benévolamente nos le dió a conocer, autorizándonos para tomar algunas notas.

Curiosísimo e interesante para la investigación el referido infolio, en él están anotados los siguientes artistas:

Bordadores: De El Escorial, 1; de Ocaña, 3; de Huéscar, 1; de Toledo, 39; de Guadalajara, 3; de Talavera, 6; de Escalona, 3; de Alcalá, 13, y de Ciudad Real, 2.

Los plateros eran: De Alcalá, 7; de Talavera, 3; de Toledo, 34, y de Ocaña, 1.

Los pintores correspondían: A Alcalá, 7; a Guadalajara, 2; a Ocaña, 2, y a Talavera, 6.

Y los escultores: De Alcalá, 7; de Ocaña, 4, y de Toledo, 34.

Entre esos artistas figuran algunos extranjeros y el famoso Domingo Theotocopuli, el *Greco*, y su hijo Jorge Manuel Theotocopuli. Adelantamos en este trabajo —por temor a que algún escribidor poco escrupuloso nos usurpe estas investigaciones, como nos ha sucedido con nuestros descubrimientos relacionados con el *Greco* en Talavera la Vieja— el asiento re-

ferente a estos últimos, por constituir un curioso capítulo de la biografía de estos artistas:

«En 14 de hebrero de 1603 juró este pintor no tener obra ninguna por este Consejo.

En el mismo día se le dió probisión de informar sobre un retablo de la hermita de Nuestra Señora del Prado.

En 15 de março de 1603 se encargó la pintura del retablo de la hermita de Nuestra Señora de Talavera.

En 7 de abril de 1603 años se dió la probisión de informar a Jorge Manuel, pintor del retablo de Nuestra Señora de Illescas.

En 3 de junio de 1603 se dió para informar al dicho para un retablo de talla, escultura y pintura para la iglesia de Jetafe.

En 25 de junio de 1603 años se encargó el retablo de Nuestra Señora de la Charidad de Illescas a dominico greco y a Jorge Manuel Theotocopuli, a tasación.

En 25 de setiembre de 1603 se le dió probisión de informar para los colaterales de Canencia.

En 29 de octubre de 1603 años se le dió probisión de informar al contenido para el retablo del altar mayor de Colmenar de Oreja.

En 22 de marzo de 1604 años se le dió probisión de informar al contenido para el retablo de la iglesia de Lugarnuevo, para la pintura y escultura.

En 2 de abril de 1604 años se les encargó a los contenidos la pintura y talla del retablo de lugar nuevo de San Martín de Montalbán y los colaterales con que no exceda de quatro mill ducados, y de ay abajo a tasación.

En 5 de noviembre de 1604 años se les dió probisión de encargo a los contenidos para el retablo de Santa Cruz (¿Santa Cruz de la Jara?).

En Toledo, a 2 de abril de 1605 años, se encargó un retablo a Jorge Manuel, pintor de Santa Cruz, jurisdicción de Talavera, en seisçientos ducados.

En 29 de abril de 1605 años se le da para informar al contenido para un retablo de Bayona y otro de Ciempozuelos, la pintura de ellos. Encargósele este retablo al contenido con que de toda obra de talla y pintura no exceda de quatro mill ducados; en Toledo, a 8 de julio de 1605 años.

En 7 de enero de 1606 años se dió de informar al contenido para un retablo de Nuestra Señora del Rosario en la iglesia de Orgaz.

En 20 de marzo de 1606 se les dió de informar para un retablo de la yglesia de Méntrida y otro de la Torre.

Del retablo de la Torre encargósele para que haga la pintura quando tenga la yglesia con qué; en Toledo, a 25 de junio de 1610 años.

En 8 de agosto de 1606 años se dió de informar al contenido para un retablo de la parriochial de Mocejón.

En 11 de diciembre de 1606 años se dió de informar al contenido para un retablo de la yglesia de Carmena.

Y en 19 de noviembre de 1614 años llevó de informar para el retablo de Guadamuz.»

Admitida esta digresión, escribamos: ¿Cuál era el número de artistas madrileños adscritos en el *Consejo de la gobernación* para trabajar en obras del Arzobispado?

El de bordadores, 25; plateros, 7; escultores, 23, y pintores, 32.

He aquí sus nombres y las obras que se les encomendaron:

#### BORDADORES

*Juan Pérez de Cuenca y Melchor del Castillo*.—En 24 de julio de 1603 jura este bordador que no tiene obra encargada por este Consejo.

En el mismo día se le dió provisión de informar para unas dalmáticas y frontal de terciopelo carmesí para Brunete, y capa y manga de terciopelo para la misma iglesia.

*Francisco Quero de León y Eugenio Constantino*.—En 17 de marzo de 1603 jura este bordador que no tiene obras por entregar a la iglesia; antes se le deben muchos dineros.

En el mismo día se le dió provisión de encargo de un frontal blanco y un paño de facistol para la iglesia de San Martín de Valdepusa, en 1.500 reales.

En el mismo día se le dió provisión para informar sobre unas dalmáticas, casulla, capa, frontal y palio para el lugar de Armijo.

En 16 de abril de 1603 se le encargó dalmáticas, casulla, capa, frontal y palio para las iglesias de Armijo y La Higuera, en 6.000 reales.

En 16 de febrero de 1604, para una manga de la iglesia del Prado.

En 27 de abril del mismo, para una manga de terciopelo para la misma iglesia anterior. Encargósele esta manga con que no exceda de 1.000 ducados; en Toledo, a 22 de diciembre de 1605.

En 29 de marzo de 1605 se dió de informar al contenido para unas dalmáticas de Cercedilla, y para la ermita, un frontal y casulla casi llana.

Encargósele estas obras con que no excedan las dalmáticas de 50.000 maravedíes, el frontal de 20.000 y la casulla de 12.000, y de ahí abajo a tasación; en Toledo, a 16 de junio de 1605.

En 16 de junio de 1605 se dió provisión de informar de un ornamento de damasco blanco para la iglesia de Nava la Parrilla. Encargósele esta obra en Toledo, a 27 de junio de 1605.

*Cosme Dávila, Juan Pérez, el de Muñoz, Jaime de Benasque, Luis Siguel, Antonio de Castro, Hernando Aguado, Gabriel de Castro, Andrés de Aguilera, Juan de Aguilera y Juan de Nájera*.—En 23 de octubre de 1602 declara que no tiene obra ninguna dada por el Consejo.

Este día se le dió provisión de informar para un terno blanco para la iglesia de San Pedro, de Madrid.

En 26 de junio de 1603 se le dió provisión de encargo del terno blanco de San Pedro, de Madrid, con que no exceda terno y una manga de 5.000 reales.

En 9 de octubre de 1603 se le dió provisión de informar para un terno bordado de Colmenar de Oreja.

*Diego de Ormaza y Francisco Campeño.*—La actividad de este bordador fué extraordinaria, como lo prueban los siguientes apuntamientos:

En 3 de junio de 1603 jura que no tiene ninguna obra del Consejo.

El mismo día se le encargó el aderezó de un terno de brocado, cenefas y capilla, en que ha de hacer el campo de tela de oro y aderezar las figuras, y de todo ha de llegar, con franjas y seda y oro, a 2.800 reales, y un terno negro de terciopelo y capa, no de difuntos, que con hechura ha de llegar a 2.600 reales, y una capa llana, con cenefas de seda y oro, de 650 reales, para Getafe.

Entregó en 1 de diciembre de 1603, acabadas, para la Villa del Campo, un terno, frontal y dos paños de púlpito.

En 10 de febrero de 1604 se le encargó una capa de damasco con cenefa, bordado de corte, de 150 ducados, y dos paños de facistol, el uno de carmesí bordado y el otro de damasco blanco bordado, que lleguen ambos a 1.000 reales, para la iglesia de la Villa del Campo.

En 26 de agosto, una capa para la iglesia de Carabanchel Alto.

En 16 de noviembre se le dió para informar el aderezo de un terno de la iglesia de la Villa del Campo.

En 17 de noviembre, para una manga de Serranillos.

Se le encargó en Toledo, a 5 de febrero de 1605, un pendón para la Cofradía de la Concepción de Carabanchel Bajo.

En 1 de septiembre, una manga de terciopelo de difuntos para la iglesia de Getafe.

En 31 de marzo de 1606, una capa para Carabanchel Alto, de 120 ducados.

En 16 de octubre de 1605, para el dicho lugar, una manga, dos casullas y un frontal, en que no exceda de 160 ducados.

Entregó, en 29 de mayo de 1607 años, acabados un terno entero y manga de difuntos de Carabanchel Alto, que no exceda de 4.000 reales, y se le encargó en 23 de octubre de 1606.

Informó en este año también sobre una capa de difuntos de la iglesia de San Martín de Labarga.

En 29 de marzo de 1607 se le dió de informar para acabar una manga de cruz en la villa de Alameda.

En 22 de junio, para un terno y capa de coro para la iglesia de Pinto.

En 5 de noviembre se le encargó, para la iglesia de Carabanchel Bajo, un terno de damasco bordado y un frontal, con que no exceda de 600 ducados. Trajo testimonio de todas estas obras de los Carabancheles de haber cumplido en 8 de enero de 1614.

En 9 de junio de 1608 se le dió de informar para unas casullas de la iglesia de Grifón.

En 3 de abril de 1609, para una manga de la iglesia de Alameda.

En 22 de septiembre de 1609, para una manga de la iglesia de Santa María, de Madrid.

En 8 de marzo de 1610 se le encargó un terno para la iglesia de Fuenlabrada, con que no exceda de 10.000 reales.

En 11 de octubre se le encargaron dos mangas de terciopelo carmesí y otra de negro para la iglesia de Leganés.

En 12 de octubre se le dió a informar una manga y una capa de la iglesia de Humanes.

En 29 de abril de 1611, una manga de Vicálvaro; este día llevó para otra de Pozuelo.

En 10 de mayo, para casulla de la iglesia de Coslada.

En 27 de junio, para un pendón de la Cofradía de la Asunción de la villa de Pinto, y este día llevó para otro pendón de la Cofradía de San Sebastián, de Pinto.

En 31 de agosto se le encargó una capa y casulla para Majadahonda.

En 8 de febrero de 1613 se le dió para informar un estandarte y frontal para Nuestra Señora del Rosario, de San Martín de la Vega, con que no exceda de 1.600 reales.

Y en este año y el siguiente informó obras destinadas para las iglesias de Torrejón de Velasco, Carabanchel Alto, Griñón, Ribatajada, San Miguel, de Talamanca, Villaverde, etc.

*Mattas Gil.*—Juró en 2 de mayo de 1603 no tener obra del Consejo.

En este día se le encargó la obra de dos mangas para las iglesias de Pinilla y Navarredonda, de 70 ducados cada una.

En 12 de junio de 1604 se le dió para informar para una manga de la iglesia de Fuente el Fresno.

Y en 27 de noviembre de 1609, para una manga de terciopelo de San Pedro, de Madrid.

*Juan de Feria.*—En 18 de agosto de 1604 juró no tener ninguna obra del Consejo; y se le dió provisión de informar para una capa de difuntos y una manga de terciopelo para la iglesia de Fuente el Fresno.

En 28 de octubre de 1604 se le dió encargo de una manga de terciopelo de Fuente el Fresno, con que no exceda de 800 ducados, y la capa, de 150.

En 18 de abril de 1605 se le dió a informar para una manga de terciopelo de Santa María de la Barga, de Uceda.

En 2 de junio de 1606, para una capa de tela, frontal negro, casulla y dalmática de la iglesia de Guadalix.

Encargósele todo esto con que no exceda el frontal de 80.000 maravedíes; en Toledo, a 8 de junio de 1606.

Y en 10 de septiembre de 1607, para informar para un terno de la villa de Illara.

*Juan Ortíz, vecino de Fuenlabrada.*—Juró en 1605 no tener obra del Consejo.

En 10 de diciembre diósele para informar un frontal, frontalería y paño de facistol para la iglesia de Leganés.

Y encargósele esta obra en Toledo, a 16 de octubre, con que no exceda de 300 ducados.

En 9 de noviembre de 1606 se le dió a informar para una manga de terciopelo de la iglesia de Leganés.

Y en 29 de mayo de 1607, para un terno rico de la misma iglesia.

*Rodrigo de Riva.*—En 8 de junio de 1624 se inscribió como artista del Arzobispado.

*Juan Martínez de Menorlilla.*—En 12 de noviembre de 1611 se le dió para informar para un terno blanco y un palio del Santísimo Sacramento, una palia, capa negra y casulla verde para San Juan, de Talamanca.

Este día se le dió para Beleña para un terno colorado.

Y en 7 de enero de 1612 llevó de informar para unas casullas de Santa María, de Talamanca, y otras cosas.

*Bartolomé Robledo.*—En 9 de marzo de 1605 juró no tener obra del Consejo.

Y se le dió de informar para un pendón de Fuente la Higuera.

En 11 de mayo de 1612, para unas dalmáticas para Brunete.

*Alonso Cruzado.*—En 12 de agosto de 1611, habiendo precedido información de su suficiencia, se le dió a informar para un aderezo de bordar de unos frontales y casullas de la iglesia de Nuestra Señora de la Barga, de Uceda.

En 7 de mayo de 1613 se le encargó un terno para la villa de Meco, que no exceda de 1.000 ducados.

Y este mismo año informó sobre ornamentos para Torrejón del Rey. Torremocha, Tamajón, Valdepeñas, Villavieja y San Mamés y anejos.

*Juan de Sola.*—En 1 de abril de 1625 llevó de informar para unas dalmáticas, casulla y frontal blanco para Galapagar.

*Alonso Rodríguez.*—En 30 de enero de 1617 llevó de informar para dos ternos de Mondéjar.

En 26 de septiembre, para una manga y capa de las Broces.

Y en 16 de diciembre, para una manga de Valdemoro.

#### PLATEROS

*Juan Arphe y Esteban Pedrera.*—En 5 de mayo de 1611 llevó de informar una custodia de plata para Santa María, de Hita.

En 31 de dicho mes se le encarga con que no exceda de 300 ducados.

*Gaspar de Ledesma y Marcos Gil.*—En 12 de febrero de 1628 se inscribió para trabajar en obras del Consejo.

En este día llevó de informar una custodia de San Sebastián, de Madrid,

*Jerónimo de Alvarado.*—En 20 de julio de 1618 llevó de informar una cruz de Hornillo.

En 18 de septiembre, otra de Pozuelo de Torres.

Este día, una custodia de Parla.

En 14 de noviembre de 1619, una corona de Valdelaguna.

Y en 2 de julio de 1620, una custodia de Valdemoro.

*Domingo Valera y Cristóbal de la Torre.*—En 14 de septiembre de 1623 llevó de informar una cruz y cáliz para la iglesia de Bayona.

Y en 30 de julio de 1642 se aprobó a Alonso de Salazar, platero de Ocaña.

#### PINTORES

*Jusepe Leonardo y Alejo de Calzada.*—Pintor y dorador. En 5 de febrero de 1635.

*Antonio Riche y Jerónimo Cancajo.*—Dorador y estofador. En 4 de mayo de 1632.

*Luis de Carvajal.*—En 20 de marzo de 1605 juró dicho Luis de Carvajal, pintor, no tener obra alguna del Consejo; y se le encargó el retablo de la iglesia de Santa Olalla, digo, de la iglesia de San Julián, con que escultura y pintura no exceda de 4.000 ducados.

En 23 de noviembre de 1605 se dió de informar al contenido para un retablo de la iglesia de Daganzo.

Encargósele esta pintura con que talla y ella no excedan de 4.000 ducados; en Toledo, a 14 de agosto de 1607.

Francisco de Carvajal, su hijo, murió el p.<sup>e</sup> [presente año].

En 11 de abril de 1611 llevó de informar para la pintura de un retablo de Daganzo.

*Pedro Martín de Ledesma.*—Pintor, dorador y estofador. En 24 de mayo de 1633.

*Antonio de Salazar y Marco de Orozco.*—Vecino de Porquerizas.

*Eugenio de Orozco.*—Vecino de Porquerizas y hermano del anterior. Ambos en 11 de marzo de 1634. También eran doradores.

*Juan de Solís.*—En 15 de mayo de 1639.

*José de Lanchares.*—En 2 de septiembre de 1639.

*Juan de Portillo.*—Dorador y estofador. En 5 de marzo de 1603 declaró no tener ninguna obra encargada por el Consejo, y en el mismo día se le dió provisión de informar sobre el dorado y estofado de un retablo de la iglesia de Tarancón.

En 23 de noviembre de 1604 se le encargó la obra de los colaterales y un circo y un arca para el Santísimo Sacramento de la iglesia de Horche, para dorarla y estofarla.

*Floristán de Vaca.*—En 27 de agosto de 1603, después de haber hecho con este pintor las diligencias, e informado de su suficiencia y sabido que no tiene obras de este Consejo, se le encargó en el dicho día el estofado, dorado y pintura de un retablo de Escopete en 3.000 reales, con que la iglesia no pague más de 2.500.

*Francisco López.*—En 30 de enero de 1604 juró este pintor no tener obras ningunas del Consejo.

En el mismo día se le dió provisión de informar para el retablo de Colmenar de Oreja.

En 28 de enero de 1606 años se le encargó la pintura del retablo de Colmenar de Oreja, con que no exceda de 800 ducados.

En 6 de abril de 1615 lleva de informar la pintura de un retablo de Vicálvaro.

En 16 de junio de 1616 lleva de informar la pintura de un retablo colateral de Porquerizas.

Este día llevó la mitad de un retablo de Navalagamella.

*Juan de Llanos.*—Pintor, dorador y estofador. En 11 de febrero de 1606 juró el susodicho no tener obra de este Consejo, y en el mismo día se le dió a informar para un retablo de la iglesia de San Felipe, de Brihuega, para el dorado y estofado.

Encargósele este retablo, en lo dorado y estofado, con que no exceda de 8.000 reales, y de ahí abajo a tasación; en Toledo, a 19 de septiembre de 1606.

En 19 de octubre de 1607 se dió a informar para un retablo de la iglesia de San Sebastián, de Madrid.

*Francisco de Montemayor y Alonso Solano.*—Dorador y estofador. En 12 de junio de 1645.

*Cristóbal de Heras.*—Pintor. En 2 de octubre de 1645.

*Bartolomé Romano.*—Pintor. En 13 de diciembre de 1630.

*Simón López.*—Pintor, dorador y estofador. En 7 de diciembre de 1629.

En 21 de febrero de 1630 llevó de informar para un retablo de Daganzo de Abajo.

*Lucas de Velasco.*—Dorador y estofador. En 11 de julio de 1629.

*Urbán de Barahona.*—Pintor. En 7 de julio de 1623.

Este día llevó a informar un retablo de Fuencarral.

*Juan de Torres.*—Dorador.

*Sebastián de Peralacia.*—Dorador y estofador.

*Pedro del Campo.*—Diósele a informar para un retablo de la capilla mayor de Almonacid de Zorita, en 11 de septiembre de 1617.

*Lorenzo de Aguirre.*—Pintor. En 20 de agosto de 1615.

Este día se le dió a informar para un retablo del lugar de Las Rozas.

En 7 de junio de 1616 llevó de informar para un retablo de Porquerizas, y el mismo día para un retablo de Navalagamella.

En 19 de agosto del mismo año, para un retablo de Vicálvaro.

*Angelo Nardi y Fabricio Castello.*—Pintor. En 3 de julio de 1609 se aprobó a Fabricio Castello, pintor de Madrid, y se le dió a informar este día para un retablo de la iglesia de Valdemorillo.

Encargósele este retablo con que la iglesia no pague de él nada, sino que se haga de limosnas, como lo informa el cura. En Toledo, a 16 de octubre de 1609.

*Juan Moreno.*—En 25 de enero de 1613 llevó de informar para un retablo de San Millán, de Madrid.

*Juan Francisco de Alcántara.*—En 23 de julio de 1613 se le dió para informar un retablo de Vébenes.

En 31 de julio se encargó que no exceda de 800 ducados la pintura que se ha de aderezar.

En 11 de octubre de 1614 llevó de informar para un retablo del Molinillo.

En 31 de agosto de 1619 llevó de informar para un retablo de Ajalvir.

*Antonio de Lanchares.*—Informó sobre varias obras.

*Francisco de Vargas.*—Dorador y estofador. En 10 de enero de 1616.

#### ESCUultores

*Juan de Litargo.*—En 28 de diciembre de 1602 declara este escultor que tiene dos retablillos, ambos para la iglesia de Canencia.

En el mismo día se le dió para informar para otros dos retablillos para el lugar de Rascafría.

En 13 de junio de 1603 se le encarga a este escultor los retablos colaterales de Rascafría, con que ambos no excedan de 5.000 reales.

*Alonso Vallejo, Juan de Porres y Juan Bautista Garrido.*—Ensamblador.

*Alonso Pérez de Vallejo.*—Jura, en 30 de enero de 1604, que no tiene ninguna obra del Consejo. En el mismo día se le dió provisión de informar para la escultura del retablo de Colmenar de Oreja, y en 28 de enero de 1606 se le encargó la escultura de este retablo, al contenido con que la pintura no exceda de 8.000 reales.

*Juan de Chalar.*—En 9 de septiembre de 1608, y en este día, se le encargó la escultura y talla del retablo de Alcobendas, con que la talla y pintura encargada a Francisco de Montemayor no exceda de 600 ducados.

*Mateo González.*—En 15 de diciembre de 1608 fué examinado y aprobado, y este mismo día se le dió de informar para un retablo de madera de la iglesia de Paracuellos. Encargósele con que no exceda de 2.000 ducados; en Toledo, a 4 de febrero de 1609.

En 28 de octubre de 1609 se le dió de informar al contenido para un retablo de la iglesia de San Sebastián, de Madrid.

En 22 de agosto de 1611 se le dió de informar al dicho una custodia de Odón.

Este día llevó de informar para un retablo de Quijorna.

En 10 de febrero de 1612 se le dió de informar para un retablo y custodia de la iglesia de Sacedón.

En 14 de julio se le encargó que se concierte con el cura y no exceda de 300 ducados.

En 28 de octubre de 1616 llevó de informar para dos retablos de Espinosa de Henares.

*Juan Muñoz.*—Ensamblador. En 7 de enero de 1610 se le dió de informar para un retablo de la iglesia de Canillejas y dos pares de ciriales.

En 28 de julio de 1610 se le encargó con que no exceda de 1.430 ducados.

En 20 de septiembre de 1610 se le dió de informar para un retablo de la iglesia de Ciempozuelos.

*Antonio de Herrera.*—En 15 de diciembre de 1614 llevó de informar un retablo de Vallecas.

*Jaime Soriano.*—Ensamblador. En 11 de abril de 1616 llevó de informar un retablo de Tortuero.

*Alonso López Maldonado y Juan García de Berástegui.*—En 13 de septiembre de 1624.

*Alberto Rivero.*—Ensamblador. En 13 de diciembre de 1624.

*Antonio Ximénez.*—Ensamblador. En 5 de febrero de 1631.

*Manuel de Pereira.*—En 12 de febrero de 1631.

*Diego López.*—En 7 de noviembre de 1634.

*Francisco Belbilai.*—Arquitecto y ensamblador. En 5 de marzo de 1640.

*Juan Ruiz de Castañeda.*—En 26 de noviembre de 1602 declaró que tenía encargado un retablillo de Oreja, en 60 ducados.

En 4 de febrero de 1603 se le encargó un retablo colateral de la iglesia de Bayona.

En 9 de mayo de 1603 se le dió para informar para el retablo de la Caridad, de Illescas.

En 19 de enero de 1604 se le encargó la escultura del retablo de Nuestra Señora del Prado, de Ciudad Real, con que la iglesia no pague nada, sino que se haga desde 4.000 ducados.

En 23 de febrero de 1604 la escultura y talla del retablo de la iglesia de Dosbarrios, con que la pintura y escultura no exceda de 7.000 ducados.

En 20 de marzo de 1605 se le encargó la escultura del retablo de San Julián, de Santa Olalla, con que escultura y pintura no exceda de 4.000 ducados.

En 5 de julio de 1605 se le encargó la talla de un retablo colateral de Bayona, con que esto y la pintura no exceda de 200 ducados.

En 23 de diciembre de 1606 se le encargó un retablo de Ciempozuelos, con que talla, escultura y pintura no exceda de 3.000 ducados.

El 16 de junio de 1607 se le encargó la escultura del retablo de Arganda, con que la escultura no exceda de 3.000 ducados.

En 17 de mayo de 1608 se le encargó la talla de la iglesia de Mira el Campo, con que ella y la pintura no exceda de 2.000 reales; en Toledo, a 26 de mayo.

En 23 de diciembre de 1608 se le encargó una custodia de Alcabón para informar, y en 10 de noviembre de 1609 se le encargó a él y a Juan de Asten (Haesten), con que todo no cueste más de 1.000 reales.

En 24 de septiembre de 1609 encargósele un retablo para la iglesia de Gerindote, no excediendo de 500 ducados.

Por último informó, hasta el año 1620, acerca de muchísimas obras. *Juan Fernández*.—En 2 de mayo de 1603 juró que no tenía obra del Consejo.

En 22 de abril de 1613 se le encargó un retablo y una custodia para Chozas de Canales, que no exceda de 550 ducados.

*Pedro de León*.—En 14 de junio de 1603 juró no tener obra ninguna del Consejo.

En 30 de junio de 1603 se le encargó la custodia de Yuncillos, con que no exceda de 350 ducados.

En 25 de enero de 1606 se le encargó un retablo y una custodia para Esteban Hambrán.

*Juan González*.—En 14 de junio de 1603 juró que tenía una obra de Magán con Toribio González.

En 30 de junio de 1603 se encargó de la custodia de Yuncillos, con que no exceda de 350 ducados.

*Bartolomé de Pineda*.—En 27 de abril de 1605 se le encargó la custodia de Erustes, con que no exceda de 220 ducados.

En 18 de mayo de 1610 se le encargó un monumento para la iglesia de Fuensalida, con que no exceda de 5.000 reales.

En 12 de noviembre de 1610 se le encargó un retablo pequeño para el altar de Santiago y otro colateral de la iglesia de Carranque.

*Alonso Sánchez Cotán*.—En 14 de diciembre de 1608 se le encargó el retablo de la capilla mayor del lugar de San Pablo, con que no exceda de 8.000 reales.

Cada uno de estos artistas figura en página separada, y según se observa en las anotaciones, consta la fecha en que juraron el cargo ante los señores del *Consejo*, las provisiones que se les dieron para informar acerca de las obras que debían ejecutarse y de las que se les encargaban, con otras particularidades referentes al precio, etc., etc. Destacan entre los bordadores Eugenio Constantino y Francisco Campeño; como platero, Jerónimo Alvarado; como pintores, Luis de Carvajal y Fabricio Castello, y como escultores, Mateo González, Juan Ruiz de Castañeda y Bartolomé de Pineda.

Exceptuando una docena los demás han permanecido hasta ahora desconocidos, por no haberlos mencionado ni Pérez Sedano, Palomino, Cean Bermúdez, Zarco del Valle y otros autores. Y sin embargo figuran adscritos por el *Consejo* famoso, al servicio del cual eran admitidos después de haber sido examinados para desempeñar sus cargos respectivos. Era condición que se exigía, según consta en algunas anotaciones.

Que todos ellos fueran naturales o vecinos de Madrid no consta taxativamente, pero sí figuran como *madrileños*.

El conocimiento de estos datos es interesantísimo, porque con ellos se pueden identificar muchas obras, en el caso de que, afortunadamente para el arte, no hayan desaparecido.

COMANDANTE GARCÍA REY.

## VARIEDADES

### Un dato para la historia del reinado de Enrique IV

Al Dr. Marañón.

Es bien conocido el hecho, consignado por los cronistas de la época, de que a comienzos del año 1468 la Reina doña Juana de Portugal, mujer legítima de Enrique IV, se hallaba, contra su voluntad, en poder del arzobispo de Sevilla, en la fortaleza de Alaejos, de donde huyó, acompañada por su amante D. Pedro de Castilla, con destino a la villa de Buitrago (1). Según Diego Enríquez del Castillo, «sabido aquesto por el Arzobispo de Sevilla, ovo tanto sentimiento, que dió grand priesa en los tratos, e fué concluido que todavía el Rey mandase jurar a su hermana, para lo qual fueron acordadas las vistas entre Cebreros y Cadahalso, a la venta de los Toros de Guisando; e desde allí en adelante el Arzobispo de Sevilla fué tan enemigo de la Reyna, que siempre trabajó por destruilla.» Pero es lo cierto, y el documento que a continuación publicamos así lo demuestra, que antes de la proclamación de doña Isabel como heredera de su hermano, quiso éste, no sabemos si por iniciativa propia o a petición de su esposa, entrevistarse con ésta en la Villa de Madrid. Recelábase la Reina doña Juana de las intenciones del monarca, y éste, para tranquilizarla, expedía un albalá en 25 de agosto de 1468 dándole toda clase de seguridades de que en su venida a Madrid desde Buitrago y en su regreso a esta última villa o a otro cualquier lugar no recibiría daño ni perjuicio alguno, haciendo extensivo este seguro a las personas que la acompañasen, así hombres como mujeres, y prometiendo solemnemente que entretanto durase su viaje y se celebraba la entrevista en cuestión, no se juraría a la infanta doña Isabel como princesa heredera ni se tomaría decisión alguna que fuese en perjuicio suyo ni de su hija doña Juana, conocida generalmente con el sobrenombre de la *Beltraneja*.

El albalá real que a continuación publicamos se halla inserto íntegramente en la minuta o borrador de una carta en la que el Concejo madrileño brindaba, por su parte, a la Reina doña Juana garantías y seguridades idénticas a las ofrecidas por el monarca, su esposo.

(1) Tanto Enríquez del Castillo (*Crónica del rey don Enrique, el Cuarto de este nombre*. Colección Rivadeneyra, tomo LXX, cap. CXVII, págs. 178-179) como Hernando del Pulgar (*Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*. Ibid., cap. III, pág. 274), indican esta villa como lugar de refugio de la Reina; en cambio Alonso de Palencia en su *Crónica de Enrique IV*, escrita en latín, traducción castellana por D. A. Paz y Melia, tomo II. Madrid, 1905, página 175, señala la de Cuéllar.

He aquí su texto (1):

«Nos el concejo, justiçia, rregidores, caualleros e escuderos de la noble e leal Villa de Madrid, estando ayuntados en nuestro conçejo en la yglesia de San Saluador de la dicha Villa, según que lo avemos de vso e de costunbre (2), por quanto es acordado que vos la muy esçelente Señora Reyna nuestra Señora ayays de venir a esta dicha Villa de Madrid e a los Alcáçares della, donde vos mas quisierdes, a platicar con el Rey nuestro Señor algunas cosas conplideras a su seruiçio e vuestro, e vuestra Señoría se rreçela que en vuestra venida de Buytrago e estada en la dicha Villa de Madrid e en los dichos Alcáçares, sy vos pluguiere, o en vuestra tornada, podríades rresçebir algund deseruicio o mal o daño o detenimiento en vuestra rreal persona e de los que con vuestra Señoría venieren, lo que Dios non quiera, para seguridad de lo qual el Rey nuestro Señor vos dió vna su carta firmada de su nonbre e sellada con su sello, su tenor de la qual es este que se sigue:

Yo el Rey: Por quanto es acordado que vos la Reyna Doña Juana, mi muy cara e muy amada muger, vengades a esta Villa de Madrid dentro de seyss días primeros siguientes, e se rreçela que vos o algunos vuestros que con vos venieren, omes e mugeres, rrescebiredes daño e detenimiento en vuestra persona o dellos o de alguno dellos, por tanto, por la presente escriptura, seguro e prometo, por mi fé e palabra rreal, que en vuestra partida de Buytrago e venida e estada en la dicha Villa de Madrid o en el Alcaçar e fortaleza della, e la tornada a la dicha Villa de Buytrago o a otro qualquier lugar donde vos quisierdes yr, vos e las dichas personas que con vos venieren, nin algunas de ellas, asy omes como mugeres, non rresçibiredes mal nin daño nin detenimiento en vuestras personas e bienes nin faré nin consentiré que sea fecha mudança nin apartamiento de las personas de vuestra casa, asi omes como mugeres que con vos venieren e estubieren, nin de otros algunos de los vuestros, nin daré lugar que sean apartados de vuestra casa nin de vuestro seruiçio, en alguna manera, syn vuestro espreso consentimiento e libre voluntad; e otrosy, que durante el tienpo de vuestra venida e estada e buelta a la dicha Villa de Buytrago non se jurará la ynfante Doña Isauel, mi muy cara e muy amada hermana, por prinçesa destos Reynos, nin se fará nin concluyrá cosa alguna que en perjuizio vuestro e de la prinçesa, mi muy cara e muy amada fija, sea, nin se vos pidirá sobrello consentimiento alguno, e que sy nesçesidad veniese para fablar e se determinar en ello, que primeramente se vos dirá e declarará e se vos dará lugar e tienpo en que podades boluer a esa dicha Villa o a otro qualquier lugar que vos quisierdes. Otrosy, seguro e prometo que durante el tienpo que vos asy estovierdes en la dicha Villa de Madrid, como dicho es, yo non faré mudança de la dicha fortaleza, nin de las puertas de la dicha Villa, en otras personas de las que las agora tyenen, e puesto

(1) Archivo Municipal. Signatura 2-158-36, - 33 1/2 X 28 1/2. Papel. Roto hacia el final, en su margen derecha. Lo suplido en la transcripción va colocado entre corchetes.

(2) Desde «el Concejo» hasta «costunbre» es de otra letra y escrito sobre las palabras tachadas «los perlados e caualleros vecinos de la Villa de Madrid que aquí firmamos nuestros nonbres».

que lo quiera fazer, quiero e mando que las personas que las agora tyenen non las entreguen, e que por lo asy fazer non cayan en caso alguno. E por qué desto seades cierta e segura, vos dó esta carta firmada de mi nonbre e sellada con mi sello, la qual juro a Dios e a Santa María e a esta señal de Cruz †, de lo asy tener e guardar e conplir, segund que aquí se contiene e declara, e de no yr nin venir contra ello nin contra cosa alguna nin parte dello en alguna manera, nin por alguna cabsa nin rrazón nin color que sea o ser pueda. E por mayor seguridad de vos la dicha Reyna, mi muy cara e muy amada muger, e de los que con vos venieren, rruego e mando al Conde de Plasencia, mi justiçia mayor, e a los perlados e condes e otros caualleros e capitanes de mis gentes que están en la mi Corte, e, otrosy, mando al Comendador Juan Ferrández Galindo, mi alcayde de los Alcáçares de la dicha Villa, que lo guarde e cunpla asy, non enbargante qualquier juramento o fidelidad o pleito omenaje que me tengan fecho, nin qualquier mandamiento que le yo aya fecho o fiziere en contrario; para guarda e conseruación de lo qual les alço a todos los susodichos qualquier fidelidad e pleito omenaje que me deuen como a su Rey e Señor natural. La qual seguridad vos dó viniendo vos dentro de los dichos seyss días primeros siguientes. Fecha a veynte e cinco días de Agosto, año del nascimiento de nuestro Señor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e ocho años. Yo el Rey. Yo Juan de Ouiedo, secretario de nuestro señor el Rey la fiz escreuir por su mandado.

Por ende, por la presente, por mandado de dicho Señor Rey (1), seguramos e prometemos (2) que será guardado a Vuestra Alteza el dicho seguro suso incorporado, segund e por la forma e manera que en él se contiene, e que non seremos en dicho fecho nin en consejo direte nin yndirete, que vos sea quebrantado, en todo nin en parte, a vos nin a los que con vos venieren o estouieren, e que sy lo supiéremos en [alguna ma]nera, que vos lo rreuelaremos e faremos saber e lo non consentiremos, nin daremos lugar a ello e lo rresistiremos por nuestras personas [e por to]das nuestras gentes e poder, e [jun]taremos sobre ello, sy conpliere, nuestras personas, casas e estados a todo arrisco. E peligro e jura[mos a] Dios e a Santa María e a esta señal de Cruz † e a las palabras de los Santos Evangelios do quier que más largamente están es[criptas] (3) de guardar e conplir e mantener todo lo susodicho e cada cosa e parte dello e de lo non yr nin venir contra ello nin con[tra] parte dello, so pena de perjuros e ynfames e fementidos (4), e otrosy, de non demandar absolución ni rrelaxación deste juramento, e, caso que nos sea dada, que non vsaremos dél en alguna manera. En fé de lo qual, por el espeçial mandamiento a nos fecho por el dicho señor Rey, otorgamos esta escriptura ante los testigos presentes, que fué (5) fecha en

(1) «Por mandado del dicho Señor Rey», *entre líneas*.

(2) «A fé de perlados e caualleros», *tachado*.

(3) *Sigue* «e fazemos pleito omenaje vna e dos e tres vezes en manos de [espacio en blanco] cauallero e fijoalgo que la rresçibe», *tachado*.

(4) *Sigue* «e de ser tenidos por quebrantadores de juramentos», *tachado*.

(5) *Desde* «otorgamos» *hasta* «fué», escrito entre líneas sobre «firmamos... nuestros nonbres» *tachado*.

la dicha Villa XXVI días de Agosto, año del nacimiento de nuestro Señor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e ocho años.

Testigos, Joan de Luxán, fijo de Pero de Luxán, e el bachiller Alonso Ferrández de Madrit e Diego, fijo de Miguel Rodríguez, vecinos de Madrit.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

*Archivo Municipal.*



## Dos tonadillas cortesanas

Hay quien cree que la tonadilla era una manifestación vulgar y plebeya; mas está comprobado que tal forma lírica recogió los más variados asuntos, y que si solía presentar tipos del pueblo o de la clase media, también se remontaba a mayores alturas sociales cuando la oportunidad lo recomendaba así. Tal ocurrió, en efecto, con aquellas que, epilogando la primera un entremés y la segunda un «baile de batalla», se hallan al final de los dos actos de la comedia *El triunfo mayor de Alcides* en el correspondiente manuscrito, el cual se conserva en el Instituto de Valencia de Don Juan de Madrid, procedente, como otros muchos, de la librería que había pertenecido entonces al conde de Oñate.

De todas estas obras menores hablaremos aquí, señalando algunas circunstancias que las caracterizan y deteniéndonos muy especialmente en lo referente a las tonadillas, las cuales tienen un sello cortesano pronunciadísimo. Antes recordaremos que *El triunfo mayor de Alcides* era una comedia con música, escrita por D. Francisco Scotti y representada el 13 de julio de 1760 en el teatro del Buen Retiro para solemnizar la entrada de Carlos III, tomando parte en su representación las mejores partes de las dos compañías teatrales madrileñas: María Ladvenant, Agueda de la Calle, Sebastiana Pereira, Francisca Muñoz, Teresa Garrido, María Antonia de Castro, Nicolás de la Calle, José García Hugalde, Juan Angel Valledor y Felipe Calderón.

En la representación del entremés, que llevaba por título *Los escarmentados*, intervinieron—como dice el manuscrito referido—María Palomino, Mariana, Rosolea Guerrero, la Granadina, Ladvenant, Coronado, Espejo, Habas y López, además de la «Música» (*sic*, en sentido de coro). La obra comienza con los siguientes versos a cargo de la música:

«Si hay venganzas alegres  
que nos lastiman,  
ojalá que la nuestra  
provoque a risa.  
Porque en tal solio,  
se miran las piedades  
como en su trono.»

Esta obra concluye solicitando el perdón, dándose por seguro

«que a todos nos lo consiga  
una tonadilla nueva»:

Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

La letra de esta nueva tonadilla sigue a continuación en el manuscrito. Fué cantada por Teresa, y dice así:

«En Génova embarquéme;  
mi rumbo fué a la España;  
me vino acompañando  
mi camarada.  
Me vine a Barcelona;  
mi Carlos ya no estaba.  
Fuíme luego a la corte.  
Vi lo que deseaba.  
Suele alguna tarde  
bajar a la caza.  
Va por sus jardines;  
todo el mundo le habla.  
Murmúranle todos  
que roba las almas.  
De este todo el mundo  
fué Carlos pirata.  
Cuando ya es más tarde  
a la pesca pasa.  
Todos sus vasallos  
juntos le acompañan.  
También va su esposa,  
príncipe e infantas.  
Mas lo que yo alabo  
es la confianza,  
Le dice la gente  
ya remolinada...  
Oyelo en seguidillas,  
que así se canta.

#### *Seguidillas*

Carlos, Carlos, te advierto,  
ve poco a poco,  
mira que tus vasallos  
se vuelven locos.  
(Mi cielo, ¡ay qué contento!)  
No te esperaban,  
y con todo y con todo  
ya te adoraban.  
(Mi cielo, ¡ay qué contento!)  
Mil años cuentes,  
y tu prole adorada  
que triunfe y reine.  
(¡Ay mi cielo, ay mi contento!)

El *Baile de la batalla para fin de fiesta* es un sainete donde se ensalza la personalidad del rey Carlos III. Empieza con vivas a este monarca. En seguida «salen Teresa, con guitarra, cantando, y con ella Rosolea, la Hidalgo, Guzmán, Garrosa (*sic*) y Garrido, que traerán panderetas y una bandera... Todas vestidas de majas, y de majos Angel, López, Habas, Callejo y Enrique». Teresa canta una seguidilla, cuyo estribillo corean todos:

«TERESA. Viva Carlos III  
rey de los mundos,  
que ya los españoles  
(ea, déjalo ya,  
que mirándose está)  
le llaman suyo.  
Todos. Viva sin gala,  
porque es su bizarría  
(ea, déjalo ya,  
que mirándose está)  
quien nos restaura.»

En seguida «salen del mismo modo que los antecedentes la Palomino, Carmona, Campano, Portuguesa (ésta con guitarra), Mariana y Granadina, de majas, y Ponce, Eusebio, Ramón, Antonio de la Calle y otros, de majos». Se canta de la misma forma:

«PORTUGUESA. Viva Amelia divina,  
reina de España,  
pues nos vino de perlas  
(cabalito, ya se ve)  
por Alemania.  
TODAS. Viva su garbo,  
pues su boca es archivo  
(cabalito, ya se ve)  
de los halagos.»

Siguen otras dos seguidillas en análoga distribución—copla a cargo de solista, Teresa y la Portuguesa, respectivamente, con estribillo a cargo de todos—, elogiándose en la primera de estas seguidillas al príncipe Carlos, y en la segunda a la reina madre, la cual era «vid fecunda, con tantos nietos». Esta distribución entre las damas de cantado es un recuerdo de aquellas *princesas o bailes de bajo* tan difundidos en nuestra escena desde algunos lustros antes.

Fingen los actores una batalla, por lo cual hay toques de caja y pífano, y al final de este «baile» se dice:

«Sin más concluya el sainete  
una marcial tonadilla.»

La letra de esta nueva «Tonadilla»—con dicha palabra viene encabezada—dice así:

«LAV. Y PORT.   Compañeros queridos,  
                      decid acordes  
                      que vivan los monarcas  
                      que tiene el orbe.  
                      Pero por divertirlos  
                      dirán mis voces:

### *Estribillo*

Se despuebla todo el mundo  
por ver los reyes de España.  
Ya forman la infantería  
y ya presentan las armas.  
Pasan los guardias de Corps  
y las carrozas bizarras.  
En una va un madrileño  
(mas robando vida y almas).  
Lleva su esposa a su lado;  
que la goce edades largas.  
Sigue luego la hermosura,  
que es el príncipe e infantas.  
Dicen a voces todos  
con algazara:

### *Seguidillas*

Todos.   Viva Carlos III,  
            que es rey de España.  
            Clarines y timbales  
            hagan la salva.

(Este viva lo representan los hombres al compás de la música).

«No te olvides, gran Carlos,  
de tus leones,  
y a tus vasallos,  
con el mayor respeto  
tienes postrados.»

Para concluir anotaremos la predilección de que gozaba Alcides a la sazón cuando se trataba de solemnizar con representaciones escénicas ciertos festejos palatinos, pues cinco años después de representarse *El*

*triunfo mayor de Alcides* en el Buen Retiro, se cantaba en casa del duque de Béjar *Alcides entre dos caminos*, con letra de Metastasio, reducida a un acto, y música de Conforto, maestro de capilla de Carlos III, para celebrar las bodas del príncipe de Asturias (futuro Carlos IV) con la princesa de Parma doña María Luisa.

JOSÉ SUBIRÁ.



### Sobre la estatua ecuestre de Felipe III: Una carta de Gómez de Mora al duque de Lerma

La estatua ecuestre de Felipe III fué obra empezada por Juan Bologna, oriundo de Flandes, pero florentino por formación. Para ella hizo el retrato del rey el pintor Pantoja de la Cruz. Cuando iba la estatua en buena parte hecha murió Bologna. Su discípulo Pietro Tacca tomó a su cargo la continuación y fin del monumento. En 1616 estaba terminada y en Madrid. Con ella había venido Antonio Guidi, cuñado de Tacca, ingeniero del gran duque de Toscana, con el fin de inspeccionar su transporte por mar y su colocación en Madrid. Pesó toda la máquina de bronce —dice Ponz, de quien tomamos estas notas— 12.518 libras. Con la estatua y con Guidi vino un hermano de Tacca, Andrés, cuya incumbencia era presentar la obra al rey y al mismo tiempo un crucifijo de bronce del propio artífice, que fué colocado en el altar del panteón.

Sobre el crucifijo de Tacca en El Escorial léase el artículo de Tormo, dedicado a éste y otros crucifijos grandes del monasterio de la Sierra. Advirtamos de paso que el del panteón no es el de Tacca. Hubo un cambio y fué sustituido por el de Domenico Guidi, mientras el de Tacca fué a pasar al altar de la Sagrada Forma en la sacristía de El Escorial (1). Pero todo esto parece ser deja intacta la fecha, ya conocida de Ponz, de la llegada del crucifijo con el caballo. La estatua ecuestre y el crucifijo, ambos de Tacca, vinieron, pues, en 1616.

Volviendo al *caballo de bronce*, éste estaba en la Casa de Campo en tiempo de Ponz. A mediados del siglo XIX fué cedido por la reina Isabel II para que adornase el centro de la Plaza Mayor, plaza hecha por gusto e iniciativa del propio Felipe III, aunque sospechamos una influencia imponderable, pero no escasa, del duque de Lerma, como ya expusimos en otro lugar de esta misma REVISTA. En 1848, según reza la leyenda del pedestal de la estatua, fué trasladada de la Casa de Campo a la Plaza Mayor, donde aún hoy preside en su centro la más hermosa plaza de España y de su siglo.

Ahora damos a continuación una copia de cierta carta que, con motivo

(1) Tormo, «Los cuatro grandes crucifijos de bronce de El Escorial», *Archivo Español de Arte y Arqueología*. Año 1925, núm. II, pág. 117.

de la llegada del bronce de Felipe III o caballo, escribió Gómez de Mora, arquitecto mayor de Palacio, al duque de Lerma:

«La persona que trae a su cargo el caualllo de bronce de Florençia acude a mi para que yo solicite de Su Magestad el que se tome acuerdo donde se ha de poner porque oi esta en la plaça de palacio donde la gente por verlo açen pedaços las cajas en que viene. V. ex.<sup>a</sup> se sirua que su magestad bea el rasguño que ynbio de la guerta de la priora que en el se bera dos sitios el uno junto al estanque en la parte donde esta oi una fuente y el otro sitio señalado A B parece ser mas a proposito y lo mismo dice el dicho hombre porque viene a ser en medio de la guerta y en parte donde no embaraça y en algun tiempo con otra cosa se podia corresponder y si a su magestad no le pareciere estar aqui vien se sirua de ordenar donde es su gusto donde a de estar si a de ser en la guerta de la priora o en la casa de campo y en una de las dos partes dar liçençia que se meta donde pueda estar con guarda hasta que su magestad de sitio, esto no se puede escusar respecto de como digo en donde si esta se echa a perder.» 23 de septiembre de 1616.

Al margen de ella esta respuesta, firmada en El Escorial a 30 del mismo mes y año:

«A su magestad e dado quenta de esto y viene en que se ponga el caualllo en la parte donde dezis que estara mejor hasta hauerlo visto que despues resoluera a donde se hubiere de poner.»

Esta carta se guarda en el Archivo Histórico Nacional.

A. GARCÍA Y BELLIDO.

## RESEÑAS

ESCOBAR, FRANCISCO.—*Apuntes sobre Ginés Pérez de Hita, primer historiador de Lorca*. Murcia, Imprenta de L. Llinares. Lumberras (Lorca), 1929. Dos vols. de V + 331 y LVIII + 349 págs., respectivamente, 8.º

Don Francisco Escobar, notario-archivero de Lorca, ha consagrado en esta obra a Ginés Pérez de Hita el estudio de conjunto más completo que hasta hoy ha visto la luz pública. El Sr. Escobar es de los eruditos que poseen a fondo y en todos sus detalles el asunto de que trata. Preparado por una labor investigadora de mucho tiempo y atraído por la enigmática figura del zapatero historiador y poeta, ha escrito un libro lleno de interés, polémico a ratos, sutil en sus deducciones y lleno de erudición de primera mano. Un análisis minucioso de las obras y estudios anteriormente publicados acerca del autor de las *Guerras civiles de Granada* — en especial de los de Acero y Abad (*Ginés Pérez de Hita: Estudio biográfico y bibliográfico*. Madrid, 1888) y Espín (*De la vecindad de Pérez de Hita en Lorca desde 1568 a 1577 años*, 1922)— pone de relieve en el Sr. Escobar excelentes cualidades de historiador. De hoy más será su libro obligado punto de partida para toda nueva investigación sobre la vida y obras de Pérez de Hita, a quien el Sr. Escobar supone, con argumentos dignos de tenerse en cuenta, natural de Lorca.

Cierra el tomo primero de los *Apuntes* que comentamos la reproducción fotográfica de tres documentos notariales concernientes a Pérez de Hita. Descubriólos el Sr. Escobar en su archivo de protocolos de Lorca, y tuvo la amabilidad de remitirnoslos para su transcripción. Si lo de la importancia histórica y literaria de los archivos notariales no constituyese ya un tópico sobre el cual parece ocioso insistir, vendría a corroborarlo el apéndice documental a que nos referimos.

El Sr. Escobar ha prestado con sus investigaciones y trabajos un inestimable servicio a nuestra historia literaria. Su libro (cuyo tomo segundo es una cuidada edición del poema casi desconocido de Pérez de Hita, *Libro de la población y hazañas de la mui novillísima y leal ciudad de Lorca*) es de los que se leen con interés siempre creciente. Nosotros nos complacemos en señalarlo a la atención de nuestros lectores.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

*Archivo de Villa.*

GARCÍA BELLIDO, ANTONIO.—*Estudios del barroco español. Avances para una monografía de los Churrigueras*. Madrid, Blass, 1930; 119 págs. y 44 láms., 4.º

A la hostilidad implacable de los tratadistas neoclásicos de los siglos xviii-xix contra la arquitectura barroca, sucedió durante casi una centuria, más que la enemiga, el desconocimiento e indiferencia paladinos. Con análogo impulso *patriótico* que los académicos franceses respecto a su país y a la arquitectura gótica, Cean Bermúdez, ante sus colegas de San Fernando, se había creído en el caso de disculpar a España del supuesto delito de paternidad del barroquismo. El encono de Ponz, Llaguno y Cean pudiera resumirse en una frase de Jovellanos —recordada ahora por García Bellido—, en la cual, y dentro del breve espacio de tres o cuatro líneas, se barajan, con referencia a la arquitectura barroca, los conceptos de *barbarie*, *monstruosidad*, *engendro*, *aborto*, *ignorancia* y *mal gusto*. Las juiciosas observaciones de Caveda, que en 1848 se adelantó, con alto sentido historicista, a la crítica moderna, no fueron recogidas o meditadas por los escritores post-románticos que, respecto al tema en cuestión, apenas hicieron otra cosa que repetir el tópico neoclasicista. Sólo el criterio objetivo que informa la actual investigación ha reclamado para el arte barroco la valoración que de derecho le corresponde, tanto por su contenido intrínseco como por su representación histórica y documental.

En este aspecto el libro de García Bellido es de la mayor importancia para la comprensión de una originalísima modalidad artística de nuestro país, y dentro de la producción bibliográfica del año 1930 constituye, sin duda, la más valiosa aportación sobre temas de arquitectura española. Es a la vez libro de historia, de discusión y de crítica. Sus fundamentos son la documentación de varios archivos (Palacio Real, catedral de Salamanca, parroquias madrileñas de San Sebastián y Santos Justo y Pastor) y el estudio directo de los monumentos. De su elaboración surge el conocimiento de un arte y de unos artistas que nos parecían familiares y de los que en realidad sabíamos muy poca cosa.

José de Churriguera, en efecto, había sido para sus inmediatos críticos una especie de *Fa Presto* de la Arquitectura, que plagó a Salamanca, su patria, de obras absurdas, dejando también en Madrid huella de sus excentricidades. Para el vulgo más o menos ilustrado, todo retablo de no importa qué región, dorado, con columnas retorcidas, frontones partidos y exuberancia floral, era de mano de Churriguera.

Todo lo que se quería significar bajo este nombre aparece ahora perfectamente definido y estudiado, y la personalidad de un solo arquitecto se nos muestra inopinadamente desdoblada, surgiendo tres artífices de igual recia contextura: los hermanos José, Joaquín y Alberto de Churriguera, confundidos hasta el presente en el primero de ellos.

Al disminuir las adjudicaciones a José, la excelente calidad de su arte se mantiene en obras como el soberbio retablo de San Esteban, de Sala-

manca, el palacio del Nuevo Baztán y el de Goyeneche en Madrid, hoy Academia de San Fernando. Pasan a Alberto el coro de la catedral de Salamanca, los muros laterales exteriores del mismo, la Plaza Mayor, en parte, y la iglesia de San Sebastián de dicha ciudad. En esta misma quedan documentados como de Joaquín la hospedería del colegio de Anaya, parte de la cúpula de la catedral nueva, respetada por Sagarvinaga, y tal vez el trascoro del mismo templo. De Joaquín y de Alberto resulta también ser el colegio de Calatrava. Quedan, en cambio, desautorizadas algunas atribuciones a José de Churriguera, tales como la torre de la catedral salmantina, obra de Pontón de Setién, y las dos de la Clerecía, de Andrés García de Quiñones.

Reivindica García Bellido a Madrid, no sólo como patria de los Churriguerras, sino también como centro artístico en que se verifica la génesis de su estilo arquitectónico. Aquí nacieron José (1665), Joaquín (1674) y Alberto (1676). El padre de ellos, José, el *Viejo*, y el abuelo, Jaime Ratés, fueron ensambladores avecindados en Madrid. De otros individuos de la familia, artífices también, se conocen documentos, pero falta identificar las obras. De Alberto y Joaquín sólo se conocen las actividades en Salamanca; José no perdió nunca sus relaciones con la corte, donde casó dos veces y donde murió en 1725, siendo enterrado en la parroquia de San Sebastián. El fué el verdadero creador del *churriguerismo*. Para ello no necesitó viajar por Italia, como ha supuesto Otto Schubert. Su formación, típicamente madrileña, se realiza en la escuela de los grandes fresquistas y perspectivistas de la corte de Carlos II. Sirve de engarce a esta tradición con el nuevo estilo arquitectónico el retablo desaparecido, pero por fortuna fotografiado, de la antigua iglesia de Monserrat, retablo que trazó Francisco de Herrera, el *Mozo*, y en el ensamblaje del cual intervinieron José de Churriguera, el *Viejo*, y José Ratés.

Tales son, en líneas muy generales, las principales novedades contenidas en el libro de García Bellido. Otras particularidades interesantes de él debieran, sin duda, ser destacadas aquí. Faltos de espacio suficiente para ello, no quedan al menos sin alusión las acertadas apreciaciones personales del autor acerca de la arquitectura barroca, la revisión de sus críticas e impugnaciones, las referencias a otros artistas en relación con los que son objeto de la monografía, el estudio de la evolución, dentro del arte español especialmente, de la columna salomónica como elemento importantísimo para fijar los orígenes del churriguerismo, el aparato bibliográfico y documental y, finalmente, la copiosa información gráfica.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.



*Santa Teresa de Jesús. Obras completas.*—Con un estudio preliminar de Luis Santullano. Madrid, M. Aguilar (s. a.), 1.400 págs., piel.

Si Alonso de Orozco es el conocimiento, y Luis de Granada el estilo, y Juan de la Cruz el patetismo, y Luis de León la serenidad espiritual, Teresa de Cepeda representa la humana cordialidad dentro de la mística española.

En efecto, nada que llegue y se aposente tanto a las entretelas de la emoción como la lectura de las obras de la santa de Ávila. Siendo entre todos los místicos la que a mayor altura rasó de perfección, Teresa es la que menos de entre ellos se nos pierde en prados de bienandanza, la que mejor convive con nosotros en estos cotidianos devanaderos de vida que son los aspectos del mundo. ¡Gran paradoja! ¿Quién podrá, no siendo otra alma cercana a la santidad, comprender de punta a cabo y sustentarse espiritualmente y entretenerse en simple humanidad con los coloquios, soliloquios, raptos y elucubraciones salidos de los puntos de la pluma humedecida en el amor de Dios? Y sin embargo, los escritos de la doctora del Carmelo tienen una gratisima trascendencia para los entendimientos y los corazones aún presos y regocijados en su carne o arcilla. Además, de cada santo—San Francisco de Asís es la otra excepción—apenas si se columbra desde un plano vital sino un aspecto único, no sabemos si el más trascendental. En éste la humildad. En ése el celo evangelizador. En aquél la pureza. Y esto, pese a esas biografías, más o menos anónimas, que parecen darnos al santo en su descubrimiento doble—inteligencia y corazón—más absoluto. Pero Teresa de Jesús no encomienda a biógrafo alguno misión de tal índole, tan propicia al tergiversamiento de la verdad, o de la realidad cuando menos. Ella misma se nos descubre en cuantos aspectos una santa que no ha dejado de ser mujer vive con una humanidad acrisolada de divinidad. Para que supiéramos las peripecias que le acaecieron como Teresa de Cepeda, escribió el *Libro de su vida*; para que no ignoráramos sus trabajos como fundadora y reformadora, el *Libro de sus fundaciones*; para que entendiéramos cómo se recuperó y triunfó su conciencia, *Camino de perfección*, *Las moradas* y *Conceptos del amor divino*; para darnos hasta las florecillas más recónditas de sus amores, sus poesías. La síntesis de la experiencia espiritual de la santa más española fué la de acordarse que debía dejar en la vida lo que de pasión indudablemente humanatiene la santidad. Acaso por ese calor de cordialidad que alienta en ella, por ese practicismo que alegra sus acciones más altas, por ese concierto del pensamiento en Dios y los ojos encendidos posados en las criaturas, Teresa de Ávila—como Francisco de Asís—vive en la simpatía cordial y racional del mundo.

Luis Santullano, ordenador, cotejador de estas *Obras completas* de la mística doctora carmelitana, es un fino y culto escritor. Pudo reducir su labor a pergeñar un prólogo con los mil datos aprehendidos en los mil prólogos de las mil ediciones de las obras aludidas. Ha preferido—por ser precisamente un culto y fino espíritu—escribir un estudio preliminar, en el que se sazonan las sugerencias más originales con los más nuevos conceptos. Lo que importaba, en efecto, saber de la santa no era su cuna, ni el año de su nacimiento, ni el de su muerte, ni siquiera el detalle de las tantas ediciones de sus escritos. Luis Bertrand, en su día, ya se desentendió un poco de las ligaduras de lo preceptivo, y anduvo investigando, fisco-neando, curioseando en los «cómo» y en los «por qué» y en los «así» de Teresa de Jesús. Luis Santullano sigue con propia iniciativa, con indiscreción admirable y original, este camino de las sorpresas fecundas en el orden íntimo de las biografías. El sabe y escribe en qué consistían la humanidad y la divinidad teresianas y los rasgos calificadores de una y otra—dentro de la soledad con Dios y dentro del trato de las criaturas—; y

apunta el por qué de la comprensión y la manera de la feminidad. Y levanta la estima de los motivos de la regla que Teresa ordena. Y cuenta cómo en la alegría se fecundiza el deseo.

El verdadero mérito de todo comentarista estriba en presentarse ajeno al comentario precedente, buceador de nuevas impresiones. Y si de este anhelo saca piedras preciosas nunca vistas, antes puede darse por muy satisfecho. Luis Santullano se ha presentado, ha buceado, ha conseguido así. Su labor magistral es más de alabar en esta época en que el logro mayor se reduce al acarreamiento de logros anteriores.

Muchas ediciones, y magistrales algunas, se han hecho de las obras de Santa Teresa. De las obras completas en un solo volumen no tantas. Estamos por decir que de las obras *tan completas* como la que tenemos a la vista, ninguna. Y desde la más antigua—Salamanca, 1588—a una de las más modernas—*Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, 1877—¡ya conocemos ediciones, magistrales algunas!

Don Manuel Aguilar, editor, que ya ha realizado la proeza de editar—y de editar con extraordinario lujo y con fidelidad asombrosa—en un solo volumen toda la obra de Cervantes y en un solo volumen toda la obra de Sakespeare, lanza ahora en un volumen único, de bolsillo casi—pletórico de admirables detalles: papel «biblia», impresión a dos columnas, neta, flexible encuadernación en piel, cantos dorados—, todas las obras salidas del numen y del corazón excepcionales de Santa Teresa.

S. DE R.



GARCÍA VILLADA, ZACARÍAS, S. J.—*Historia eclesiástica de España*.

Tomo I: Primera parte, un vol. en 4.º, de 392 págs. Segunda parte, un vol. en 4.º, de 377 págs. Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones. 1929.

El padre Villada ha comenzado a publicar la obra que parecía estarle destinada por su vocación de historiador y su condición de religioso. Si a esto se añade la objetividad de juicio que siempre ha informado la producción científica del sabio jesuita, y que en obras de la índole de la que nos ocupa, es condición indispensable, para que puedan ser útil instrumento de trabajo y no simplemente manuales de apologetica, considero que es lícito desde las primeras líneas manifestarle nuestro agradecimiento por la labor que ha realizado.

No es necesario insistir en la importancia que la Iglesia ha tenido y tiene para España, y como, la consecuencia de esto, es que sin un conocimiento exacto y definido de los ideales que han informado en cada momento de su historia a la Iglesia española, no podremos conocer exactamente los de España toda, puesto que aquéllos han repercutido muy inmediatamente en el nervio de la historia peninsular y en su civili-

zación. Períodos enteros —algunos no muy lejanos— ha habido en que toda nuestra historia no ha sido sino el esfuerzo por amoldar las necesidades políticas a las exigencias religiosas, y en cuanto al acervo de la civilización, el material incorporado a él por los ideales religiosos es incalculable.

Hasta el siglo XVIII no se publicó en España una verdadera *Historia eclesiástica* (1), siendo ésta la de D. Vicente de la Fuente, pues los ensayos anteriores no pasaron de ser tanteos muy incompletos, y todos ellos faltos de una visión de conjunto y de una organización interna que los hiciese responder al título que llevaban. Obras tan importantes como la *España sagrada*, del padre Flórez, o el *Compendio histórico, cronológico y geográfico de las iglesias de España*, de D. Antonio de la Fuente, no son sino riquísimas canteras de materiales o guías imprescindibles para una verdadera historia. Aparte de esto existían un gran número de monografías, algunas de valor tan subido como la *Historia de los heterodoxos españoles*, de D. Marcelino Menéndez Pelayo.

El padre Villada llega a ésta su más importante obra con una personalidad ya hecha y un nombre bien conocido entre los historiadores. Aparte de gran número de trabajos repartidos en revistas españolas y extranjeras, especialmente *Razón y Fe* y *Revista de Filología Española*, los estudios sobre Paleografía española (2), de cuya materia dirigió un seminario en el Centro de Estudios Históricos, y su conocimiento de la alta Edad Media española (3) le habían impuesto en la técnica historiográfica. Todo esto, y sus frecuentes viajes a las Bibliotecas extranjeras, le han permitido hacer subir de quilates el mérito de su obra sobre las anteriores dedicadas al mismo tema, fundamentando principalmente su estudio sobre los documentos y fuentes de primera mano, aprovechando y valorando de nuevo todos los materiales inéditos hasta ahora, o no valorados suficientemente.

El método seguido en esta obra es el expositivo, aunque cuando el autor lo considera necesario supedita la forma narrativa a la discusión técnica de los argumentos. La bibliografía numerosísima que apoya la exposición o sirve de motivo para las discusiones, demuestra bien a las claras el prurito científico y la apretada técnica del autor.

Comienza la primera parte del primer tomo con una breve y discreta exposición de la división administrativa de la península ibérica en el momento de aparecer sobre ella los primeros cristianos. Sigue a continuación quizá el capítulo más apasionante de este primer volumen, en el cual se discuten las viejas tradiciones de la Iglesia española que el autor divide en tres grupos sobre Santiago y la Virgen del Pilar: la predicación de Santiago, la venida de la Virgen y el sepulcro de Santiago. Al tratar estos

---

(1) Para bibliografía vid. Villada, *Historia eclesiástica de España*, tomo I, vol. I, páginas 9 y 10.

(2) *Paleografía española*. Un volumen de texto y otro de láminas. Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, VI. Madrid, 1923. *La vida en los escritorios medievales*. Madrid, 1926. *Catálogo de códices y documentos de la catedral de León*. Madrid, 1919.

(3) *La Crónica de Alfonso III*. Colección de textos latinos de la Edad Media española. Madrid.

puntos, el afán por la verdad histórica ha llevado al padre Villada a acumular, con una escrupulosidad extraordinaria y con una gran erudición, toda la documentación existente de donde se puedan sacar argumentos en pro y en contra de lo que la tradición sostiene. Al fin de esta exposición el autor resume estos argumentos, y con discreción suma y deja que el lector deduzca las consecuencias.

La atención española, que ha estado siempre concentrada en el apóstol Santiago, ha descuidado, en cambio, el viaje de San Pablo a España, a pesar de tener este viaje históricamente raíces mucho más hondas que aquél. Por eso el capítulo siguiente de esta obra está destinado a dicho viaje.

En los capítulos posteriores trata el autor de la antigüedad de los siete varones apostólicos y de sus respectivas sedes, que identifica y nos da en un mapa que ayuda mucho a su comprensión; pasando después a estudiar la propagación del cristianismo en España, de la que primero se evangeliza el Sur, y a mediados del siglo III ya lo están también gran parte de las provincias lusitana, gallega y tarraconense. Muy interesante resulta observar en el mapa que acompaña a este capítulo cómo la evangelización sigue más o menos el camino que había seguido la colonización romana, es decir, las grandes vías que cruzaban la península.

El capítulo VI está dedicado a la organización de la Iglesia española en este período primitivo. Las diversas jerarquías eclesiásticas, elegidas por el pueblo a la vista de todos para que se compruebe con público juicio y testimonio de que el elegido es digno y apto; la prohibición a los obispos de cambiar de diócesis y de ejercer jurisdicción fuera de ellas; la función propia de cada grado de la jerarquía eclesiástica, la no posesión por la Iglesia de bienes raíces, limitándose a las donaciones libres de los fieles; la prohibición de admitir donativos de los bautizando para que no parezca que el sacerdote vende lo que recibió de balde; la necesidad de trabajar por parte de los eclesiásticos y sacerdotes de la Iglesia para atender a su mantenimiento; el nombre y calidad de hermanos, recibido por todos los seglares; el desarrollo del monaquismo, y la prohibición de tomar el velo de virgen antes de los cuarenta años. Además de estas características de la Iglesia española, descuella quizá sobre todas ellas su catolicidad y adhesión a Roma, subordinando los obispos españoles toda su autoridad y sus disensiones a la autoridad papal.

En el interesantísimo cuadro de la vida cristiana de esta época que nos presenta el padre Villada, la nota más importante es la que dedica al celibato eclesiástico y a la refutación de mundanidad grosera y de rigor fanático atribuidos por Harnack a la Iglesia española de este tiempo. El celibato eclesiástico no estaba establecido en ninguna ley hasta que en el siglo IV la impuso en España el Concilio de Elvira, con lo cual el clero español quedó en aquel momento en una situación especial. Dicho Concilio estableció también enérgicas medidas, encaminadas a establecer un sistema de severa moral y grandeza en el régimen interno de la Iglesia española.

La historia de las persecuciones de Decio, Valeriano y Diocleciano está sumaria y críticamente expuesta en el capítulo siguiente, para el que un mapa de los mártires españoles de los tres primeros siglos, sacado de

Prudencio, los calendarios mozárabes y el santoral de Cardeña de 919, facilita extraordinariamente la comprensión, y a continuación viene la historia del famoso Concilio de Elvira, el más importante de todos los Concilios particulares de la Iglesia, tanto por su antigüedad (primer tercio del siglo iv) como por los cánones disciplinares que dictó. Se conservan las actas de dichos Concilios en muchos manuscritos, remontándose alguno de ellos al siglo viii. Lo presidió Félix, obispo de Guadix; asistieron el clero y el pueblo, y se trataron cuatro puntos principales: «el primero tendía a conservar en su primitivo fervor la vida cristiana; el segundo, a evitar el homicidio; el tercero, la fornicación y el adulterio, y el cuarto, la idolatría». Al mismo tiempo se dieron al clero normas seguras y uniformes acerca de cómo debían resolver ciertos casos de moral, y de las penitencias que debían imponer a quienes en ellos incurrieran.

Termina la primera parte del primer tomo con un estudio sobre San Paciano, obispo de Barcelona, en el que se examina su vida y obras, así como su doctrina sobre la penitencia. A continuación van unos apéndices, donde se copian los documentos más importantes sobre la venida de Santiago a España.

En el segundo volumen del primer tomo los capítulos dedicados a Osio, obispo de Córdoba, a Prisciliano y el priscilianismo, y a Aurelio Prudencio Clemente, sobre todo, estos dos últimos, tienen importancia esencial. Son verdaderas monografías, en las que el autor estudia la personalidad magnífica de Osio, soberbio ejemplar del carácter español, y pone al día, con absoluta imparcialidad de criterio, la tan discutida cuestión de su supuesta caída en el arrianismo. El autor no cree auténticas las fuentes que nos permiten suponer esa caída en el obispo cordobés, aunque, por otra parte, no admite más que, como la más probable, la conclusión a que sobre este asunto llega.

En cuanto a Prisciliano, figura que desde hace cincuenta años ha sido tomada como banderín de enganche por todos cuantos ven en él el predecesor de la Reforma, y el primero que defendió el libre examen de los libros escriturísticos.

El padre Villada dedica a la historia del personaje y de su doctrina y seguidores 64 páginas, en las que ha tenido en cuenta cuanto se ha escrito en pro y en contra acerca de esta cuestión. La conclusión a que llega es que Prisciliano fué objeto de una persecución encarnizada del partido itaciano, si bien existían fundamentos sólidos para acusarle de maleficio, delito que el Código seglar castigaba con la pena capital, de cuya aplicación a Prisciliano protestaron los obispos más eminentes de su tiempo.

En cuanto a Aurelio Prudencio Clemente, el mayor exponente literario de la Iglesia española, el estudio lleno de calor y de entusiasmo que le dedica el autor se puede considerar como el mejor informado respecto a los datos de la vida del poeta y al número de sus producciones, y el que con mayor claridad presenta los temas principales que aparecen y las ideas que predominan en la obra literaria del poeta zaragozano. Una bibliografía copiosa en los apéndices completa el estudio.

Completan este volumen un discreto capítulo sobre el arte cristiano primitivo de la península y otros varios sobre los primeros heterodoxos, las relaciones de la Iglesia cristiana con la africana y oriental, la peregrina-

nación de la virgen Eteria a los Santos Lugares y los españoles ilustres —Teodosio y San Dámaso— al servicio de la Iglesia universal.

La obra que vamos reseñando constará, según propósito del autor expresado en el prólogo, de seis a ocho volúmenes. El primero que acabamos ligeramente de resumir, abarca todo el período concerniente a la dominación romana, en una serie de capítulos que constituyen cada una verdaderas monografías, en las que, repetimos, el espíritu crítico e histórico predomina sobre el religioso; pero ya que la obra es de tanto empeño y debe constituir, por la importancia de su asunto y el esfuerzo hecho para llevarla a cabo, el instrumento de trabajo de cuantos se interesen en nuestra historia, hubiéramos deseado una mayor trabazón entre los capítulos que la constituyen y una mayor acomodación de los temas objeto de su estudio dentro de la historia general de España en este período. Faltó, para que el profano pueda tener una idea absolutamente clara de lo que significa la Iglesia española, una continua referencia a los progresos que la nueva religión iba haciendo en el resto del mundo, para poder comprender exactamente la situación de la Iglesia española, sus problemas propios y la importancia que adquirió. Las dificultades con que tropezaba y las influencias que la gnosis y el sincretismo oriental pudieron tener sobre la naciente idea del cristianismo, no están suficientemente expuestas, y también se echa de menos el influjo o la acción y reacción que la nueva religión ejerció en la formación de la conciencia hispánica y del Estado hispano-romano. Pero esto no son reparos que pretendan menguar la trama sólida y el valor absoluto de la obra del padre Villada, sino sugerencias respecto al inagotable interés que la materia encierra.

RAFAEL MARTÍNEZ.



HURTADO J. DE LA SERNA, JUAN.—*Estudios latinos. Antología graduada y fácil de la traducción latina. Ejercicios elementales y trozos selectos de autores clásicos.* Madrid, 1930. Un vol. en 8.º mayor, 590 págs.

He aquí un libro que no ha menester se encarezca su utilidad e interés. Bien patentes son en estos tiempos en que el saber latino es privilegio verdadero de muy pocos y falsa presunción de demasiados.

Por esta causa sólo he de referirme a la perfección, solidez y armonía con que se ha logrado la presente obra, cuya beneficiosa influencia pronto se dejará sentir.

El público en general conoce a D. Juan Hurtado—lo mismo que a su ilustre colaborador D. Angel González Palencia—como autor de las mejores y más populares *Historia y Antología* de la literatura española, de texto en las principales Universidades y centros culturales de España y

del extranjero, mas no como latinista. De aquí que para la mayoría sea un verdadero descubrimiento esta nueva actividad, donde muestra su pericia característica el docto catedrático de la Universidad Central, trabajador callado e infatigable, lejos de toda vana ostentación, que en su copiosa erudición y amplísima cultura se revela siempre como certero seguidor del glorioso maestro Menéndez y Pelayo.

No es el libro que nos ocupa «un método más» para aprender latín. Ni se trata tampoco de una abstrusa monografía para buscar el propio lucimiento. Todo lo contrario. Lo que se propone el Sr. Hurtado—y puede decirse que ha logrado por entero su propósito—es beneficiar a los demás haciendo asequible y sencillo lo que hasta ahora había sido patrimonio de unos cuantos y repelia a los más por su aridez y dificultad: el estudio totalmente práctico de la lengua latina.

Asombra realmente—y sólo se concibe en quien como el autor conoce la materia a fondo—la extraña habilidad y la gran sutileza con que se han allanado los obstáculos mayores y se han hecho transparentes las más complicadas reglas de la traducción latina en este valiosísimo libro que sin necesidad de maestro enseñará el idioma de Cicerón a todo aquel que quiera poner de su parte un pequeño esfuerzo tan sólo para alcanzarlo.

Quizá el secreto principal de este gran milagro reside no poco—dejando aparte otros muchos méritos de la obra—en la cuidadosa selección y traducción de los textos que integran la *Antología* y en su exacta graduación de acuerdo con su dificultad, lo cual permite al estudioso ir adentrándose casi insensiblemente en las dificultades—hasta ahora inevitables para la mayoría—de la lengua latina.

En dos grandes partes puede dividirse la *Antología* formada por don Juan Hurtado: la primera, elementalísima, de iniciación; la segunda, fácil, pero intensa, de práctica propiamente dicha. La primera contiene una riquísima colección de frases latinas—más de dos mil—perfectamente ordenadas y traducidas, entresacadas de todos los autores latinos, salvo aquellos carentes por completo de interés; otra mayor cantidad de oraciones de Cicerón, Nepote, Fedro, Virgilio y Ovidio, clasificadas gramaticalmente, que esclarecen por completo la difícil sintaxis latina, las *Sentencias* de Publio Siro y algún otro trozo de sencilla comprensión. En la parte segunda aparecen textos escogidos y más extensos de autores latinos, con su correspondiente versión castellana, unas veces tomada de traductores de reconocido mérito y otras hecha con singular exactitud y sobria elegancia por el propio Sr. Hurtado, que es lástima no traslade por entero algún clásico latino de los que aún se conocen sólo por traducciones detestables. Además, varios de los trozos aludidos—el *Arte poética*, de Horacio, y la *Guerra de las Galias*, de César, en parte, y algunas fábulas de Fedro—llevan la construcción directa y la exposición lexicográfica a continuación del texto latino y la traducción castellana.

Por último, al final del libro va una abundantísima *Bibliografía selecta latina*, verdadero modelo en su género, que es, sin disputa, la más completa y acertada de las producidas en España, y una de las mejores con que cuenta la erudición humanística. Ella será guía segura y práctica para todo el que haya de dedicarse a estudios y trabajos de esta índole.

En resumen, el libro dicho, bellamente impreso, ha de ser inestimable ayuda y aun base para quienes aspiren a conocer con eficiencia la lengua latina—inseparable de todo estudio literario—, ya que logra plenamente facilitar su enseñanza con la mayor utilidad y el menor esfuerzo.

Merece, pues, D. Juan Hurtado, una vez más, la gratitud de toda persona culta por este nuevo trabajo sólido y meditado, que tanto ha de contribuir al resurgimiento de los estudios clásicos, y la felicitación de los eruditos por la perfección con que ha logrado su objeto. Que ambas le animen a publicar en seguida los otros dos tomos de estudios latinos que ya anuncia y han de ser complemento de éste.

IOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



MARTORELL TÉLLEZ-GIRÓN, RICARDO.—*Aportaciones al estudio de la población de Madrid en el siglo XVII*. Prólogo de D. Eduardo Ibarra Rodríguez. Madrid, Estanislao Maestre, 1930; 126 páginas, con láms.

Arduos y áridos son los trabajos sobre estadísticas. Aun en las ciencias económicas sociales, con ser como las medulas de ellas, parecen hacerse más llevaderos y prestarse a resultados de orgullo para el investigador. Pero en las ciencias históricas la estadística adquiere un sentido antipático y exige un esfuerzo ímprobo, y en el mejor de los casos no compensa sino con el aplauso de muy contados lectores.

Ninguno de estos considerandos ha frustrado el entusiasmo de Ricardo Martorell, nombre ya conocido en el campo de la investigación por anteriores trabajos eruditos.

Mucho se ha fantaseado con la población de Madrid antes y después de ser elegida corte de España. Los panegiristas, que nunca faltan a la hora del ápice, sobraron, y de los más entusiastas y decididos, a la villa del Manzanares en el decurso de los siglos xvi y xvii. Y uno de los puntos que a ellos les pareció más digno de loa o de egoísta exageración fué la asignación de habitantes a la población *que por indudables merecimientos* llegaba a encerrar todas las grandezas de la monarquía española en tiempos en los que aún el sol no se ponía en ella.

Para saber realmente el número de habitantes de una ciudad como Madrid sólo había en aquella época dos métodos: o irse a las actas del Aposento Real de la Corte, en las que no sabemos con qué fundamento se elevaban los guarismos, siempre sujetos al interés de los aposentadores, o dirigirse a las parroquias, que por obligación, a raíz de una decisión del Concilio de Trento, estaban obligadas a llevar partidas de nacimiento de los fieles cristianos que recibían el bautismo.

Jerónimo de la Quintana prefirió—con buen acuerdo para su intención laudatoria—fiarse de las primeras, y con ellas, por prueba palmaria, señaló

en «más de trescientas mil personas» las que habitaban Madrid a la muerte de Felipe II, en 1598. Como en Quintana, que lanzó el número y, en Pinelo, que lo aceptó, *bebieron* erudición muchos de los historiadores posteriores, ni que decir tiene que la cifra vino a ser como dogma. Gil González Dávila prefirió buscar en las parroquias datos para sus asertos, y sin que los fundamente declara «que en todas las parroquias de Madrid se bautizaron, en el año de 1620, 4.082 criaturas».

Acuciada por la sospecha de tanta exageración la curiosidad de Ricardo Martorell se decidió a una lógica consecución, conseguida más que de sobra en su libro *Aportaciones al estudio de la población de Madrid en el siglo XVII*, publicado hace pocos días. ¿Qué método sigue para llegar a una afirmación de todas las seguridades? Él nos lo indica: «Mi rebusca en tal sentido en todas y cada una de las parroquias de la época me ha llevado a un resultado que, si bien no lo considero francamente satisfactorio, no es tampoco despreciable. En la de San Martín se conserva el más antiguo de los libros de matrículas de Madrid; corresponde al año 1684. No es de suponer que en el período correspondiente variase considerablemente el coeficiente de natalidad. Con lo dicho fácilmente se comprenderá lo que yo me proponía: primero era necesario comprobar la cifra que constaba en *Las grandezas de Madrid*, de Gil González Dávila; por otra parte, fijándose en el texto de León Pinelo dos fechas, 1598 y 1620, a ellas había que referirse. Se trataba de buscar pacientemente el número de bautismos registrados en las trece parroquias que entonces existían en Madrid.»

Después de esta pacientísima búsqueda, luego de innumerables cuadros de estadística—por quinquenios en lo referente a los bautizos—, Ricardo Martorell llega a la conclusión de que, con toda la benevolencia posible en el manejo de las cifras, Madrid no llegaba a los cien mil habitantes. ¿Tiene alguna *quiebra* el método seguido por Ricardo Martorell? A nuestro sentir, una. El Concilio de Trento mandó que en todas las parroquias se llevasen actas de los nacimientos de los cristianos bautizados. Pero, ¿y los no bautizados? No se arguya con la escasez de éstos. No creemos fueran tan pocos. En tiempos de Carlos I y Felipe II la capitalidad de sus Estados era como el centro de la vida europea. Los extranjeros abundaban, afincados ya; los protestantes vergonzosos eran legión; por otra parte, Felipe II toleró—tácitamente al menos—a judíos y judaizantes, siempre que éstos aportaran una utilidad a la monarquía.

El señor De Brantome se asombró, en su viaje por España, de la cantidad de no españoles que vivían en ella. Y es de presumir que la corte se llevase la palma en lo de albergar extranjeros. Claro está que este dato que apuntamos tampoco, aun con evidente magnanimidad cifrado, desdejaría mucho las afirmaciones realmente precisas de Ricardo Martorell. Completa éste su trabajo con varios apéndices, en los que estudia el desarrollo y alternativas de la población de las ciudades españolas más populosas en el siglo xvii (Sevilla, Valladolid, Toledo, Segovia, Salamanca, Burgos, Granada, Valencia, Zaragoza, Barcelona y Lisboa), y de algunas otras europeas, París, Londres, Viena y Roma.

El libro lleva curiosísimas láminas de época de todas estas poblaciones. Pacientemente ha laborado Ricardo Martorell. Pero su obra le categoriza definitivamente. En la Biblioteca Municipal de Madrid, donde tanto

libro pertinente a Madrid se guarda, este suyo de las *Aportaciones al estudio de la población...* tiene preeminente lugar, porque en él se unen —¡cosa! excepcional cuando de estadísticas se trata!— la amenidad y la erudición.

S. DE R.

---

CORTINA, AUGUSTO.—*Rosalía Castro de Murguía*. Buenos Aires, 1930.

En 4.º mayor, 38 págs.

Cuando un poeta interpreta a otro quizás falten la erudición, los descubrimientos «de primera mano» en su crítica; pero en cambio siempre nos acercaremos más a su espíritu que a través de la documentada y paciente labor del erudito no artista.

Tal es el caso de este breve, pero bellísimo estudio del ilustre profesor argentino D. Augusto Cortina Aravena acerca de la gran Rosalía, la inmortal y cada vez más atrayente poetisa gallega.

Conocí al Sr. Cortina cuando vino aquí para alcanzar el grado de doctor en Filosofía y Letras, que tan brillantemente obtuvo, y a través de nuestra buena amistad le vi siempre muy entusiasta y comprensivo de las cosas de España, especialmente de Galicia. No es, pues, extraño que esté tan bien logrado el presente estudio que ahora llega a mis manos desde el hermoso país de su autor.

Realmente no se conoce aún en España—quizás ni aun en Galicia misma, aunque ésta *sienta* más a su cantora—la delicadísima psicología de la autora de *Follas novas*, más admirada que comprendida.

Mucho nos dice de Rosalía este libro devoto de Cortina. Mucho de su obra, de sus innovaciones métricas, anteriores a Darío y Asunción Silva, de la concepción y desarrollo de sus poesías; pero más todavía de la propia autora, de su vida desdichada y serena, de la elevación de su alma, desahogada de la tierra en un continuo anhelo indomitable de su íntimo enaltecimiento.

¡Qué bien parece Rosalía así estudiada, sin desintegrarla del medio ambiente tan unido a sus obras! Ha sido preciso a Cortina vivir en Galicia, compenetrarse con la sin igual región, para que veamos esta sobria y elegante evocación de Rosalía.

Allí, en el misticismo histórico de la tradición jacobea, se deslizan las horas tristemente tranquilas de la poetisa. Allí su *Huerta de la paz*, «una casita con muros enjalbegados, ventanucos verdes y tejas oscurecidas por el tiempo». «Se aspira una agreste fragancia, un reposo de égloga, tal vez un poco triste, en este huertecito invadido por la maleza. Surgen de entre el maizal pomposas dalias; ábrense tímidamente al anochecer las humildes *buenas noches*; ostenta un naranjo solitario su austero verdor, y junto a las gradas que conducen a la pequeña residencia, sobre el lado izquierdo, hay un rosal. Pero el secreto, es decir, el alma del jardinillo, no está allí. El alma y el secreto, la íntima evocación de Rosalía, se halla en la glorieta que se eleva entre la verja y la fachada. Viñas y madre selvas amparan

con sedante y trémula penumbra una mesa de piedra. Allí solía escribir la autora de *Cantares gallegos*. Junto a la mesa, dos bancos. El uno, rectangular, amplio, parece ofrecerse al visitante más o menos importuno; el otro, pequeñito, con respaldo, recostado en las enredaderas y mirando a la luz, era el preferido de Rosalía.»

Y en contraposición a esto su viaje y estancia en Madrid. Su paso por Castilla, el viril paisaje árido y fuerte:

«Sin arbres que che den sombra  
nin sombra que preste alento...  
Llanura e sempre llanura,  
deserto e sempre deserto.»

Sus dolores y sus tristezas de *todos los destierros*; su iluso casamiento con Murguía, que casi la salvó de morir de nostalgia cuando ya invocaba a los *airiños* de su tierra desesperadamente:

«Levaimen n'-as vosas alas  
Com' unha folliña seca...»

Entre estos dos retablos, placidez dolorosa y dolor inquieto, transcurrió la vida de Rosalía, siempre igualmente desgraciada, y se escribieron los libros *Cantares gallegos* y *Follas novas*, unas veces animados por fugaz esperanza y otras vencidos por amarga desesperación.

Pero la «tristeza irremediable», la total separación de la vida y Rosalía se transparenta por completo en su último libro titulado *En las orillas del Sar*, a las cuales volvió postreramente «desilusionada, herida por la incomprensión, la ruindad, la pobreza y las enfermedades». Parece como si Rosalía viera ya el mundo desde fuera de él. Recuerda sin cesar, con la memoria del que ya todo lo ha perdido, cuanto amó en vida: «*el templo que tanto quise*—dice refiriéndose a su iglesia de Iria Flavia, como había dicho poco antes a su *encantador* cementerio de Adina—: *Mucho te quise en un tiempo...*» «Sólo refleja el amor y el odio—observa perspicazmente el profesor Cortina—, la frase cariñosa y el sarcasmo, lo que fué y lo que no será nunca, la vida y la muerte.»

Le asalta también el pensamiento de sus hijos, su único lazo con el presente: «sus hijos, encerrados en *cárcel de espinas y rosas*, en el huerto de Padrón, que ella misma labra, quieren ver el mundo. Y esos niños ¡tendrán que sufrir tal vez lo que ella!»

Y por último, el tránsito visible de aquella mujer sobrenatural, verdadera *llama de amor viva*, que se apaga dulcemente besando un ramo de pensamientos e iluminada en la contemplación de un mar inexistente en Padrón, pero presentido en la costa no lejana, «el maravilloso mar de donde la vida fluye a esa nórdica tierra de ensueño, el inmenso mar que en su reflujo arrastra a los emigrantes en doloroso éxodo...»

Acaba el Sr. Cortina su libro—bien documentado y lleno de exquisita sensibilidad—con un capítulo donde estudia el «prestigio irradiante» alcanzado por la poetisa después de muerta.

Prueba valiosa de este interés póstumo y universal por Rosalía es el

propio estudio de D. Augusto Cortina, que tan agradablemente hemos leído.

Sólo Galicia, aunque venera su memoria, no ha creído necesario adquirir todavía para sí la *Huerta de la paz*, actualmente en venta, y crear un refugio del alma gallega en aquella casa donde vivió y murió la más asombrosa de sus poetisas. ¡Mal comprende el verdadero regionalismo!

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



CASSOU, JEAN.—*La vida de Felipe II*. Silueta del autor, por Ramón Gómez de la Serna. Traducción de Julio Gómez de la Serna. Primera edición. Ediciones literarias [1930], 211 págs., 8.º

Jean Cassou es uno de los más sobresalientes escritores franceses de la vanguardia literaria. Nacido en España (Deusto), hijo de gaditana y mejicano, nieto de francés y mejicana, siempre ha sentido—claro atisbo de la sangre y de la nativa tierra—un amor entrañable por las cosas de España. Su educación francesa, su vida, que transcurre normalmente en Francia, su contacto y asimilación con el espíritu galo no logra desarraigar de su alma la justa contemplación de lo español. Traduce muchas obras españolas y se preocupa de la amistad de los escritores de habla castellana. Vuelve a España múltiples veces con deseo de memoración. Hace pocos años escribió su *Panorama de la literatura española moderna*, que vino a ser como el tránsito entre el desconocimiento absoluto y el conocimiento justo de nuestra literatura. Obra muy alabada por los literatos «de aquí» que se «sienten» poco prendidos de lo genuinamente español. Ahora publica *La vida de Felipe II*, traducida con fino esmero. ¿Es realmente esta obra de Cassou una biografía de monarca español? Creemos que no. Creemos que ni el propio autor se propuso semejante empresa. El libro es breve. Las fuentes históricas de él bien escasas. Los motivos «históricos» comentados no abundan en él. De los ocho capítulos que lo integran, algunos—I, *Yuste*. IV, *El duque de Alba*. VII, *La Armada*—ni siquiera tienen como protagonista al gran rey. Puede afirmarse sin temor a equivocación que el propósito de Cassou fué comentar «con espíritu moderno y equilibrado» varios momentos de la vida de Felipe II. Contra nuestros temores al tomar esta obra para su lectura, Cassou, al escribir, no se siente «francés» ni español. Que es lo admirable para quien escribe de historia. Un espíritu ecuaníme, simpático, culto, pergeña las impresiones. Felipe II se nos aparece como debió ser, como fué preciso que fuera para la coordinación de sus actos de hombre y de sus empresas de rey. Ni el monstruo de la leyenda negra antiespañola, ni el santo de las actuales derechas. Un ser excepcional, en el que luchaban las virtudes más altas y las pasiones más ardientes; combates en los que a veces la pasión triunfaba, en los que con frecuencia mayor el talento y la bien sentida virtud se erigían victoriosos.

Son admirables las páginas dedicadas por Cassou a «entender» cómo el espíritu de Felipe II era una consonancia con Castilla, simbolizada en

sus caracteres íntimos y externos por El Escorial, y las dedicadas a describir los últimos años del monarca, el proceso de Antonio Pérez y la «realidad» en el caso del príncipe D. Carlos.

¡Magnífica obra la de Cassou! Las dos facetas apasionadas, y por ende injustas, en esta visión de su inteligencia—la francesa y la española—, al conectarse difunden una suave y armónica realización. «El español y el francés se entrechocan siempre en él, y por eso tendrá la fatalidad de ser español para los franceses y francés para los españoles», dice de él su siluetador. Y precisamente se debe a esto la nota discordante del libro. Una nota chillona de saxofón roto, lanzada por pulmones averiados. Esa nota que estuvo en boga hace años de que el que no hablara bien de lo de España fuera español. Hoy día, a Dios gracias, nota de minoría de edad literaria.

S. DE R.



PANTORBA, BERNARDINO DE.—*Jiménez Aranda. Ensayo biográfico y crítico*. Cincuenta y cinco ilustraciones. Madrid, 1930. Un volumen en 4.º mayor, 55 págs. + 28 hojas de láminas.

Un libro como este de *Bernardino de Pantorba* sólo se produce cuando en el escritor coinciden la seguridad del erudito y la sensibilidad del artista. Así es el autor: erudito concienzudo, como se revela en su ensayo biográfico y crítico de *Goya*, y artista exquisito, como se transparenta en sus dos últimos cuadros, *Aprendiz de rto* y *Paisaje*, arrancados bellamente de la propia naturaleza.

¿Qué puedo decir si no que este libro de *Bernardino de Pantorba* llena un gran vacío en la historia del arte del siglo pasado? Nadie que conozca, aunque sea por encima o fragmentariamente, la obra magistral de Jiménez Aranda puede dudarlo. Únicamente he de añadir a esta evidencia que la obra de *Bernardino de Pantorba* no sólo se admira por su perfección y armonía, sino que se quiere por la emotividad palpitante en toda ella.

Confieso mi emoción, o si se quiere mi sensiblería; pero ha sido para mí una evocación amable de años pasados la contemplación de estos cuadros humanamente arbitrarios de Jiménez Aranda. Creo verlos, no en las blancas láminas satinadas donde el buen gusto del autor los reproduce, sino en las páginas amarillentas y frágiles de las viejas ilustraciones que hojeé curiosamente en otros tiempos, maravillándome con estas figuras inconfundibles y gratas ahora reconocidas como antiguos amigos.

Las lavanderas de rompe y rasga, «poniéndose como ropa de Pascuas»; la lectura de la *Gaceta*, en la tranquilidad de una tertulia dieciochesca; el barbero y el santero, que congregan en torno a ellos escenas de singular coloración; los bibliófilos, incansables rebuscadores de libros raros y preciosos en aquellos tiempos que esto no era una utopía; las reuniones de los cafés, donde alternan la mantilla y la casaca; la riña de gallos, maravilla de composición y de soltura. Y también los interiores no populares en que se refleja el epicureísmo neoclásico: la presentación del pulido petimetre en la velada de una «casa grande»; la rebotica, en que se congregan

políticos y enciclopedistas cuya exaltación temple la oronda presencia de un fraile dominico; el formidable «concierto ante su eminencia», eco vago y magnífico de un renacimiento tardío, muy siglo XVIII, donde se nota el ritmo de los minuets de Mozart; los «preliminares de un casamiento» y «el pequeño abuelo», prodigiosos ejemplos de observación y gracia; «los dulces del santo», plástico y expresivo hasta lo más.

Todos estos cuadros anecdóticos —*de casaca*, como se llaman corrientemente— que reflejan un mundo irreal, cuya mayor belleza es esa misma irrealidad, que tan lejos está de la vida —pese al naturalismo de su ejecución— en fuerza de ser ideal. Cuadros plácidos, en que lo dramático toma apariencias tan vagas que casi no llega a existir ni rompe el equilibrio del conjunto. Baste recordar el titulado *¡Abrid, en nombre del rey!*, donde la suavidad de luces y el encanto sobrenatural de una vieja calle hacen casi sereno el patético final que se presiente en el título.

Pero no es esto sólo Jiménez Aranda, aun cuando ello bastara para reputarle por grandísimo artista. Es autor también de las colosales ilustraciones de *La visión de fray Martín*, de Núñez de Arce —«acaso los dibujos más sólidos, más apretados que se han hecho en España durante todo el siglo XIX»—, y del *Quijote*, lo más popular tal vez de su obra, y de un buen número de cuadros de tendencia realista —manifestada en su última época—, de los que no quiero pasar en silencio algunos, como *La esclava en venta*, que honra el Museo de Arte Moderno de Madrid en unión del precioso cuadrito *Los pequeños naturalistas*; *La sirvienta*, totalmente impresionista y renovador, y *Una desgracia*, del cual hace *Bernardino de Pantorba* esta certera y exacta crítica:

«La *Desgracia* llamó la atención por su realismo, como por su apretado y justísimo dibujo. Tema: una escena callejera vulgar. En la obra de una casa un albañil se ha caído del andamio. El andamio se ve al fondo; el albañil —el protagonista del cuadro— no ha sido pintado. Pero unos transeúntes se acercan al sitio de la desgracia; otros comentan... Un pintor de mal gusto, puesto a representar tal asunto, habría colocado en primer plano, bien visible, el cuerpo de la víctima. Con esto y con unos cuantos espectadores horrorizados hubiera producido una página de tono melodramático, más efectista para el grueso del público; para las personas sensibles e inteligentes, desagradable.»

Igual de interesante que este pasaje es el resto del ensayo biográfico crítico, tan documentado como sugerente, que *Bernardino de Pantorba* consagra a Jiménez Aranda, de quien es dignísimo nieto. Ensayo elegantemente escrito, cuya sinceridad y honradez crítica no excluyen una comprensión y profundidad dignas de todo elogio.

En él nos refiere la vida del gran pintor, amenizándola con observaciones oportunísimas. Su habilidad de investigador le ha permitido reunir abundantes datos que reflejan la agitada existencia de Jiménez Aranda —carácter noble y franco—, aquel hombre excepcional que dibujaba como Miguel Ángel y tenía latente un pasmoso historiador que sabía todo el valor del detalle y la importancia de la evocación del ambiente.

Por último, un justo elogio en lo que atañe a la parte tipográfica del libro y la felicitación más sincera a su ilustre autor.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

# BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

## Generalidades

2.068. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 444-446. V. núm. 2.025.

2.069. Martorell Téllez-Girón, Ricardo. — *Aportaciones al estudio de la población de Madrid en el siglo XVII*. Madrid, Estanislao Maestre, 1930, 126 págs. + 1 hoja, 4.º

2.070. Valbuena Prat, Angel. — *Elogios de Madrid en la loa para un auto de Calderón*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 405-409.

## Escritores madrileños

2.071. Alonso Cortés, Narciso. — *Quevedo en el teatro y otras cosas*. Valladolid, Imprenta del Colegio de Santiago, 1930, 214 págs. + 1 hoja, 8.º

2.072. Entrambasaguas y Peña, Joaquín de. — *Doce documentos inéditos relacionados con Moreto y dos poesías suyas desconocidas*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 341-356.

2.073. Gippini, José Enrique. — *Mujeres del teatro de Benavente*. *Valentina*, de «El mal que nos hacen». *Paulina*, de «La ley de los hijos», en *La Época*. Madrid, 27 septiembre y 15 noviembre, 1930. V. núm. 2.037.

2.074. San José, Diego. — *La muerte de Quevedo*, en *El Imparcial*. Madrid, 7 septiembre, 1930.

## Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

2.075. Contreras, Alonso de. — *En la Biblioteca Nacional. El importante legado del Sr. Manrique de Lara*, en *La Esfera*. Madrid, 27 septiembre, 1930.

2.076. González Ruano, César. — *El Archivo Histórico Nacional*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 17 octubre, 1930.

2.077. *Libro de acuerdos del concejo madrileño (1464-1600)*. Edición, prólogo y notas por A. Millares Carlo y J. Artiles Rodríguez. Madrid, Imprenta Municipal, 1929, XIII + 444 págs., fol.

## Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

2.078. García Bellido, Antonio.—*Estudios del barroco español. Avances para una monografía de los Churriguerras*. Madrid, Blass, 1930, 119 páginas + 44 láms., 4.º

2.079. Herrera, Santiago.—*Jardines de Madrid*, en *La Esfera*. Madrid, 18 octubre, 1930.

2.080. León Domínguez, Luis.—*Visitas al Museo Municipal. El Madrid de los Austrias*, en *Unión Monárquica*. Madrid, núm. 98, octubre, 1930.

2.081. Madrid, Antonio de.—*Los retratos del Ateneo [de Madrid]. Unos días de vacaciones*, en *La Esfera*. Madrid, 11 octubre, 1930.

2.082. Miquis, Alejandro.—*El cincuentenario del teatro Lara*, en *La Esfera*. Madrid, 1 noviembre, 1930.

2.083. Muñiz, Alfredo.—*Historia, intimidad y anécdota del teatro Lara durante sus cincuenta años de vida teatral*, en *Heraldo de Madrid*, 4 septiembre, 1930.

2.084. Sastre y Moreno, Francisco.—*El artístico y evocador Puente de Toledo*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 22 octubre, 1930.

2.085. Sastre Moreno, Francisco.—*El Palacio Real de Oriente*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 8 octubre, 1930.

2.086. S. H.—*El legado Laffite. El Museo del Prado enriquecido*, en *La Esfera*. Madrid, 27 septiembre, 1930.

2.087. Subirá, José.—*La participación musical en las comedias madrileñas durante el siglo XVIII*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 389-404.

2.088. Subirá, José.—*En torno a María Ladvenant*, en *Bol. Musical*. Córdoba, agosto, 1930. (Noticia sobre una curiosa representación teatral madrileña).

2.089. X.—*Bellezas de Madrid. Las fuentes*, en *La Esfera*. Madrid, 20 septiembre, 1930.

## Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

2.090. Deleito y Piñuela, José.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 357-372. V. núm. 2.008.

2.091. Herrero García, M.—*Las fuentes de Madrid*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 373-388.

## Planos y guías. Obras y proyectos

2.092. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. La calle Mayor y sus gloriosas tradiciones*, en *La Voz*. Madrid, 6 septiembre, 1930.

2.093. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. La Puerta del Sol centro de la Villa y Corte*, en *La Voz*. Madrid, 13 septiembre, 1930.

2.094. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. Por la calle de la Montera y Red de San Luis*, en *La Voz*. Madrid, 20 septiembre, 1930.

2.095. Blanco Soria Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. Por la plaza del Carmen y sus inmediaciones*, en *La Voz*. Madrid, 27 septiembre, 1930.

2.096. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. La histórica plaza de Santa Bárbara evocadora de la vieja Corte*, en *La Voz*. Madrid, 18 octubre, 1930.

2.097. Blanco Soria, Luis.—*Las calles, plazas y plazuelas de Madrid. La simpática plaza de Bilbao en el solar de los Capuchinos*, en *La Voz*. Madrid, 29 noviembre, 1930.

2.098. León Peralta, Alberto.—*El problema sanitario intermunicipal de Madrid y sus pueblos limítrofes*. Madrid, Imprenta Municipal, 1930, 97 págs., 4.º

2.099. San José, Diego. — *Guía espiritual de Madrid. La calle del Nuncio*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 10 septiembre, 1930.

2.100. San José, Diego.—*La primera «Guía» de Madrid*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 26 septiembre, 1930.

2.101. San José, Diego.—*Rincones del Madrid viejo. Desde el Pretel de los Consejos a la plaza de la Cruz Verde*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 15 octubre, 1930.

2.102. Soler, Luis.—*El paseo de la Castellana*, en *A B C*. Madrid, 9 noviembre, 1930.

2.103. Velasco Zazo, Antonio.—*De la Villa y Corte. ¿Desaparece la Puerta Cerrada?* en *Nuevo Mundo*. Madrid, 31 octubre, 1930.



